

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

MANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 10 - 16 junio 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 393

TODO PARA LOS HIJOS



TREINTA AÑOS DE LA REVOLUCION PORTUGUESA,
por Enrique Ruíz García (pág. 8)

Maquinaria para la Agricultura (pág. 13) * La verdad española en Africa del Norte, por R. Gil Benumeya (página 17) * Entrevista con Gloria Moncada (pág. 22) * Torreveja en Barcelona (pág. 25) * Ayuda al universitario (pág. 32) * Hervás, tierra del agua, por J. Sutil (página 50) * Entrevista con José Vicente Torrente (página 55) * «La rebelión de los niños», novela por Juan Antonio de Laiglesia
(Foto. — Portada de Cortina.)

VOZ Y VOTO PARA DOSCIENTAS TREINTA MIL FAMILIAS NUMEROSAS

NEVOS BENEFICIOS EN VIVIENDA, TRIBUTACION, ENSEÑANZA, PREVISION
TRANSPORTE SE ESTUDIARAN EN UN PROXIMO CONGRESO



TODAS VUELVEN LA CARA CUANDO EL DICTA

¿Por qué?

Sólo hay una causa:
la halitosis
(fetidez de aliento),
el defecto que usted
puede notar
en los demás
pero no en sí mismo.
Y que nadie
le descubrirá.

Pero usted puede evitarla

Enjuáguese frecuentemente la boca,
con ANTISEPTICO LISTERINE,
el más poderoso remedio
y la más segura protección
contra la halitosis.

ANTISEPTICO

LISTERINE

SUPRIME EL MAL ALIENTO



Complete la higiene de su boca usando
Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM,
la penetrante espuma activa antienzimática
que limpia profunda y completamente.

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

TODO PARA LOS HIJOS

VOZ Y VOTO
PARA 230.000
FAMILIAS
NUMEROSAS

Nuevos beneficios en vivienda, tributación, enseñanza, previsión y transporte se estudiarán en un próximo Congreso



La familia de Jesús Frago del Toro, periodista, escritor y humorista, ocho hijos en una familia ejemplar, que sumarán nueve en el próximo otoño

EL día 21 de este mes, más de dos mil hombres venidos de toda España se reunirán en el salón de actos del Instituto Nacional de Previsión de Madrid. De todas las capitales y pueblos españoles habrá en Madrid, este día, una representación. Es la sesión de apertura de un Congreso singular. Por primera vez en España, los padres de familia numerosa discutirán sus problemas, establecerán futuras líneas de acción, compulsarán opiniones y, en suma, aunarán fuerzas y directrices comunes.

Detrás de estos dos mil hombres quedan doscientos treinta mil individuos, en semejantes condiciones, que están esperando el feliz resultado de los trabajos.

A toda España han llegado, en las casas que gozan de la alegría de un gran número de hijos, unas cartas anunciadoras del Congreso. En ellas se invitaba al representante familiar a venir a Madrid. El Congreso va a durar desde el día 21 hasta el domingo 24. Cuatro días donde las palabras tomarán el cálido acento

de las defensas de aquello que es más querido: el bienestar y el futuro de los hijos que estudian, que trabajan o que, simplemente, corren revoltosos por los pasillos y las habitaciones de la casa.

Todas las profesiones y todas las provincias estarán presentes en el Congreso. Hombres de los Altos Hornos de Bilbao, de las industrias arroceras de Valencia, de las fábricas conserveras de Galicia, de las instalaciones textiles de Cataluña, de los olivares reticulados de la Alta Andalucía, de los nuevos campos colonizados de Extremadura; maestros, abogados, ingenieros, capataces, pescadores, catedráticos, etc., etc., formarán, en Madrid, la esencia de esa gran espina dorsal que es el conjunto de las familias numerosas españolas.

Tres clases de congresistas se reunirán en los salones del Instituto Nacional de Previsión, Alcalá, 56; en las dependencias del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, calle de Medinaceli, número 4; y en los amplios salones de la nueva Casa

Sindical, en el paseo del Prado.

Estas tres clases se dividen así:

Los adheridos son todos los voluntarios que quieran asistir a las discusiones del Congreso, aunque no sean padres de familia numerosa y aunque tampoco hayan rellenado el boletín de inscripción. Ellos, sin embargo, no tienen ni voz ni voto en las discusiones; sólo oír, ver y callar.

Los titulares son las personas que, en posesión del carnet de familia numerosa, han rellenado el boletín de inscripción. Tienen voz y voto en la discusión de las ponencias y son como los gestores activos de las nuevas orientaciones, soluciones y conclusiones que se adopten.

La última clase de congresistas está formada por entidades o corporaciones. Cuando surgió la idea de la celebración del Congreso, se enviaron a las cuatro mil Empresas más significativas de España instrucciones y demandas de inscripción para los obreros y productores que, dentro de las características del Congreso, estuvieran encuadrados en ellas.



Don Antonio Aparisi, rodeado de su numerosa familia

Todas han respondido o lo están haciendo. Las tres primeras en inscribirse en el Congreso han sido Agromán, el Banco Hispano Americano y la Empresa Nacional «Calvo Sotelo».

De esta forma, no ha quedado nadie sin que haya sido llamado. Y la verdad, cada uno en su esfera y en su posibilidad, todos han respondido.

LOS INTERESES DE DOS-CIENTAS MIL FAMILIAS ESPAÑOLAS

Por su carácter social, además de los aspectos religioso y moral que la definen, la Confederación Católica de Padres de Familia venía ocupándose desde hace ya muchos años de todos los problemas sociales de las familias numerosas españolas. El padre que tenía cuatro, cinco, diez o más hijos, encontraba en la Confederación un apoyo, un consuelo y siempre una solución para todas las papeletas que una familia numerosa implica.

Un día, la Confederación presentó al Gobierno un proyecto de ley, en que se coordinaba todo lo referente a la familia: nupcialidad, natalidad, exenciones. Aquel día fué exactamente el 18 de julio de 1951. Durante seis años, la Confederación Católica de Padres de Familia salió al frente de cuantos problemas se presentaron, pero llegó el momento en que era preciso desgajar de la Organización todo lo que se refería a las familias numerosas. Desde ese instante, en la mente de los directivos sólo hubo una idea: celebrar un Congreso na-

cional, del que naciera, como primer fruto, una nueva organización con carácter independiente. Una organización, cuyo objetivo primordial y único fuera la misión de atender y velar por los intereses de los padres de familias numerosas, por los intereses de esas doscientas treinta mil familias españolas que, reunidas, formarían un conjunto incontable de hijos, para quienes, solamente por el número, era necesario dedicar una atención, un cuidado y un desvelo especialísimos. Si el Gobierno y la ley habían ya previsto y legalizado leyes en favor de estas familias, justo era que fuesen los mismos padres quienes se preocupasen en una cooperación íntima, para sacar y obtener de aquellas leyes el provecho más sazonado, más equitativo y más justo que legalmente se pudiera sacar. Cuando las leyes son buenas, sólo hay que atender a los detalles. Y éste es el objetivo del Congreso.

—Este Congreso de familias numerosas va a pedir muy pocas cosas. Las conclusiones de nuestras ponencias no van a ser muchas—nos ha dicho el secretario general de la Organización

No serán muchas en cantidad, pero sí importantes en calidad y en fuerza de la demanda, que, poco más o menos, serán las siguientes:

EXACCIONES FISCALES. BENEFICIOS EN LA ENSEÑANZA Y PRIORIDAD EN LA VIVIENDA

El Congreso tratará de encontrar solución, o, por lo menos, las líneas más viables para ello, a la

multitud de cuestiones que a una familia numerosa se le preguntan. Pero, preferentemente, tres grandes grupos atraerán la atención de los ponentes y de los congresistas.

En primer lugar, los aspectos económicos, tales como la correlación entre los ingresos familiares y el número de hijos, la ordenación y mayor beneficio en las exacciones de índole fiscal, o la previsión para el futuro y la extensión de la rebaja ferroviaria, no sólo al simple billete, sino a los suplementos legalmente existentes, como butaca, lujo, velocidad, etc., ocuparán amplio motivo en la discusión previa para una aprobación definitiva que satisfaga las necesidades de las familias numerosas.

El segundo gran grupo de ponencias está integrado por la no menos importante cuestión de la enseñanza de los hijos. El capítulo de gastos escolares aumenta en progresión geométrica cuando vienen nuevos pequeños al hogar y estos pequeños alcanzan la época de ir al colegio, al Instituto o a la Universidad. Ya en este año, en este aspecto, se han conseguido algunas mejoras, como la facilidad dada a los estudiantes pertenecientes a familias numerosas para no presentar el carnet en diversos Centros simultáneos. Por ejemplo, el alumno que se examina de Reválida, antes tenía que presentar el carnet, primero en el colegio, después en el Instituto, y luego en la Universidad. Hoy basta con que lo haga en uno solo.

La otra gran aspiración del Congreso está encaminada a la



Don José Martínez Martínez, catedrático, padre de diecisiete hijos y ponente del Congreso de Familia Numerosa

cuestión vivienda. Si para todos esta cuestión es vital, y ya están en marcha los planes para su solución, para las familias numerosas, cada vez que aumenta el número de vástagos, el problema se agrava más. Por ello, el Congreso propugnará cuáles han de ser los medios para dar, por ejemplo, prioridad en la vivienda a las familias cuyo número de hijos pase de cuatro.

Se dedicará también una ponencia a casos prácticos. En el transcurso de ella, los que lo deseen podrán exponer el suyo propio. Si es cierto que un hombre es un mundo, una familia numerosa es, por lo menos, seis. Y, a veces, hasta diecisiete. Por eso, los casos pasarán de los diez mil.

UNA ORGANIZACION DE TIPO NACIONAL

Actualmente, la Sección de Familias Numerosas está adscrita al Ministerio de Trabajo. También es cierto que la Sección funciona magníficamente, sin ningún pero a su labor.

Por eso, el Congreso tiene un fin principal inmediato. Colaborar asidua y personalmente con este afán del Gobierno para favorecer en todo lo posible a aquellos matrimonios que vieron aumentar, año tras año, su prole en el hogar.

Sin embargo, ocurre, algunas veces, que por cierta dejadez de los mismos padres de familia, que viven apartados de los núcleos de población, ajenos en cierto modo a los medios de información, desconocen o saben a medias, los beneficios económicos que se deri-

van de la posesión o vigencia legal del carnet de familia numerosa. Ahí está el caso ocurrido a un agricultor de Cáceres, que, al oír por la radio la noticia del Congreso, escribía al Comité.

«Tengo nueve hijos y uno que viene de camino. ¿Me incluyen a mí en familia numerosa? Y de ser así, ¿cuáles son los beneficios?»

O de aquel otro que hace unos días oyó la noticia en la que se

reseñaba la convocatoria de las quince mil becas que para hijos de productores concede la Organización Sindical:

«Soy pescador. De los nueve hijos que tengo, ocho están en edad escolar. ¿Puedo aspirar a que se me conceda alguna beca?»

Otras veces ocurre que algunos están al borde de perder los beneficios o de no poderlos utilizar, porque la tarjeta acreditativa de



Uno de los futuros congresistas: don Julio Alcaide, rodeado de su esposa y sus once hijos



Familia numerosa: Sánchez-Marín. Otro congresista que acudirá a discutir y a defender sus intereses

ser familia numerosa no fué renovada a su debido tiempo. Para evitar estos inconvenientes, el Congreso aspira a integrar a todos los padres de familia numerosa en una Asociación, y por el solo hecho de pertenecer a ella en calidad de socio, la misma Asociación se preocuparía de efectuar la renovación de la tarjeta, con lo que los beneficios para la persona estarían siempre al día.

Para mejor llevar a cabo estas aspiraciones, se quiere que la Organización esté representada en toda España mediante Delegaciones regionales, provinciales y comarcales. De esta manera, con la ayuda de las Delegaciones del Ministerio de Trabajo, el padre de familia no tendrá que preocuparse de los trámites burocráticos; él, bastante tiene que ocuparse en su misma casa.

LA DIFÍCIL PROFESIÓN DE PADRE

Ser padre de siete, de diez o de doce hijos es algo que ha de exigir al menos aquella paciencia que dicen tuvo el mismo Job. Por eso, en España hay doscientos treinta mil padres que podrían

cambiar su nombre en el carnet de identidad por el famoso del personaje bíblico.

La operación más delicada de estos hombres consistirá, sin duda, en lograr que todos los hijos se pongan de acuerdo. Esto sería el primer paso: conseguir que todos tengan el mismo apetito, las mismas ganas de jugar y a la misma hora; los mismos deseos de estudiar y hasta el mismo momento elegido para llorar, si llega la hora, en el instante en que se le ocurre hacerlo al rorro de la cuna. La cosa debe ser de lo más complicado. Para el padre de familia numerosa, el día se reparte en dos jornadas muy distintas: la jornada de la fábrica, del taller, del laboratorio, del negocio, de la cátedra o del bufete, y la jornada casera, que le obliga a convertirse en madre. Mientras a uno la esposa le da de comer en la cocina, o le duerme en la cuna, o le unta los polvos de talco, que el padre se cuida de que los mayorcitos se sienten muy formales a la mesa del comedor, o sigan estudiando, o elijan la película del próximo domingo.

A los pequeños hay que prepararles las lecciones y los deberes del colegio. Y allá está el pacien-

te padre, cansado de su brega diaria, con el libro en la mano o el cuaderno y el lápiz, haciendo de pedagogo, mientras otro chico que todavía está libre de la edad escolar intenta subirse en la misma coronilla de quien le trajo al mundo, sencillamente porque le han venido ganas de jugar a los caballitos. Por esto, en el Reglamento del perfecto padre de familia numerosa, la primera ley es la paciencia. Paciencia, ciencia de maestro, un eterno buen humor o el arte de disimular lo contrario, y el milagro de saber dividirse en su trabajo para ganar para todos.

De todo esto, el Comité organizador del Congreso sabe mucho, y al Congreso aportará su experiencia. Los treinta y cuatro miembros del Comité suman un total de trescientos setenta y cuatro hijos. A más de doce hijos por padre. Esto es lo que se llama un Comité ejemplar.

Un Comité en el que el presidente—marqués de Vivei—tiene siete chicos; el vicepresidente—el conde de Santa Marta de Babilio, ex Alcalde de Madrid—, catorce, y uno de los ponentes—el catedrático don José Martínez Martínez—, diecisiete.

LEA TODOS LOS SABADOS

LA ESTAFETA LITERARIA

PRECIO 2 PESETAS



Dos padres con muchos hijos: dos futuros congresistas con pleno derecho a ello

UN CONGRESO SIN VINOS DE HONOR

El Congreso de Padres de Familia Numerosa se diferenciará de todos los celebrados en Madrid hasta ahora y de todos los Congresos celebrados en el mundo. Este Congreso se distinguirá por su austeridad, que también de esta virtud saben mucho los padres de familia. Ni «cocktails», ni vinos de honor, ni excursiones a Toledo o a El Escorial. Cuando el primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid propuso al secretario general del Congreso el dar a los congresistas una recepción y un vino de honor, el secretario respondió:

—Si es igual, yo preferiría una pequeña subvención de veinticinco pesetas por cada congresista.

Y el teniente de alcalde sonrió y aprobó. Como única distracción para estos dos mil padres de familia, el Comité gestiona un pase gratuito para entrar en la Feria Internacional del Campo. Nada más. Si esto se les concede, ellos quedarán contentos y satisfechos.

De todas las provincias españolas—y todas han respondido fielmente a la llamada—, la que más se ha distinguido hasta ahora por su fervorosa adhesión y por el número de inscritos, es, sin duda, Toledo, Toledo y su provincia.

Algunas Corporaciones oficiales envían al Congreso sus representaciones. Ahí está, por ejemplo, el Consejo Superior del Colegio de Veterinarios, o el Colegio de Médicos de Barcelona. Los jueces y secretarios de los Juzgados de Paz de Asturias se han ad-

herido todos en bloque. En la factoría de la Empresa «Calvo Sotelo» de Puertollano, los ciento veinticuatro trabajadores que cuentan en su familia a más de cuatro hijos, han formado un pequeño Comité local, en constante contacto con el Comité nacional. No hace muchos días, en la Organización se recibió un sobre que ponía en el lugar del remitente: «Destructor Gravina». Dentro del sobre venían la adhesión, el ruego de inscripción y unas cuantas

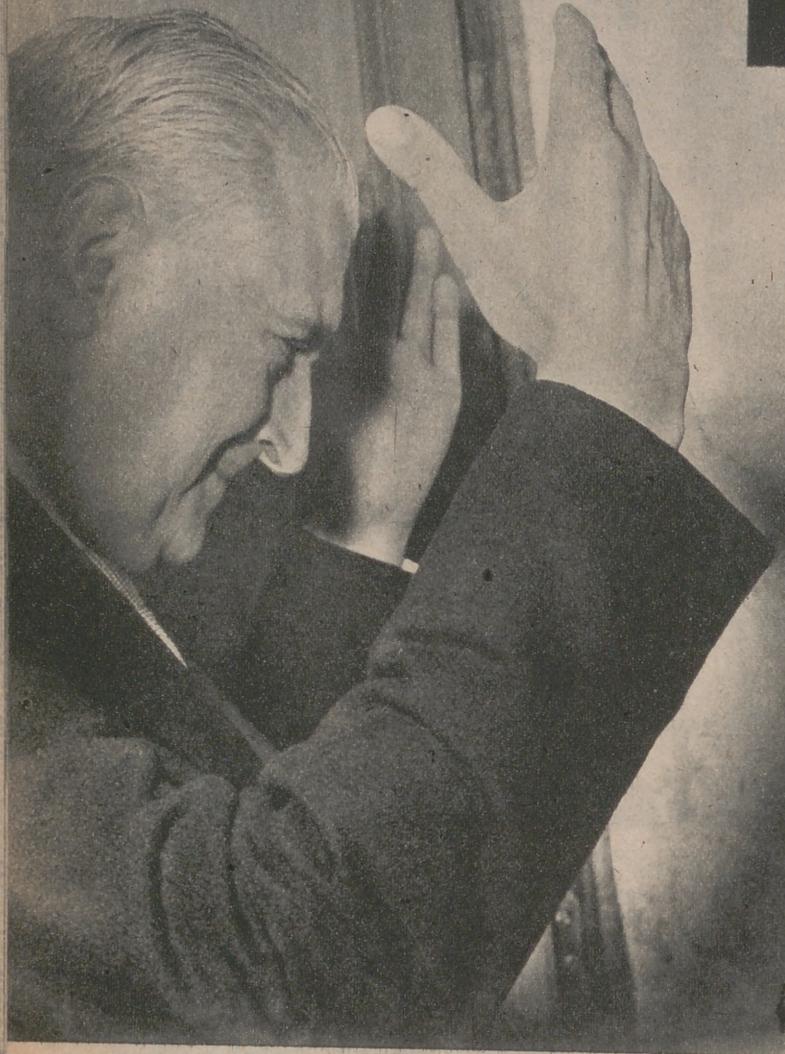
ponencias de todos los padres de familia numerosa que componen la tripulación del destructor. Cuando la noticia de la celebración del Congreso llegó hasta alta mar, también de alta mar hubo una contestación.

Así, de todas partes de España, los padres de familia numerosa han respondido al Congreso. Cuando ellos vuelvan a casa sabrán que, para el futuro, los hijos, todavía más, estarán doblemente protegidos.



El director de la sección de Fervientes Industriales del Patronato Juan de la Cierva, rodeado de su prole

Oliveira Salazar, el gran go-
bernante lusitano



TREINTA AÑOS



El general Carmona corresponde a las aclamaciones del pueblo el día que renovó su juramento como Jefe del Estado portugués

HISTORIA Y CRÓNICA

OLIVEIRA SALAZAR

LA LINEA DE LA SANGRE

MIL novecientos ocho. En la plaza del Comercio lisboeta, oscura por un gentío alegre y alborozado, se veía morir la tarde del 1 de febrero esperando a los Reyes que volvían de Villaviciosa. En el muelle estaba el joven Infante don Manuel, que había regresado a Lisboa días antes para proseguir sus estudios militares. Muy cerca. Joao Franco, el jefe del Gobierno. Como de costumbre no había mucha guardia. El gentío se adueñaba de todos los rincones. Los Reyes mientras tanto se habían embarcado en Barreiro y atravesaban en una «vedette» las aguas del Tajo.

La gente, tranquila, miraba los gestos de la Reina saludando a su segundo hijo, Don Manuel. En las arcadas de la plaza del Comercio escalando todo lo que pudiera servir de atalaya, muchos jóvenes estudiantes gritaban el ritual de la bienvenida.

Los Reyes no estuvieron mucho en el muelle. Subieron a un coche descubierta y avanzaron lentamente por la plaza hasta alcanzar la calle del Arsenal. Inesperadamente saliendo de los grupos de curiosos, un hombre armado se lanzó sobre el coche y disparó sobre Carlos I. La bala le

atravesó el cuello. El autor del atentado tuvo tiempo de disparar sobre Don Luis, el heredero. No sin que antes la Reina, puesta en pie, con un arrojo extraordinario, agrediera al hombre con el ramo de flores que depositaron en sus manos en la plaza del Comercio. Era, ciertamente, un arma bien débil. En aquel momento, desde otro ángulo de la calle del Arsenal, un segundo disparo, esta vez realizado por una carabina, hirió mortalmente al Príncipe heredero. Cuando el segundo asaltante se disponía a hacerlo sobre Don Manuel, la Reina lo protegió rapidísimamente con su cuerpo. Pero no fué necesario. Un oficial de la guardia caía sobre él y lo derribaba a sablazos. Y en aquel momento desde los arcos de la calle del Arsenal comenzaba el tiroteo contra el coche real...

El cortejo que entió poco después en el Palacio de las Necesidades llevaba en sí el germen de todos los demás acontecimientos portugueses hasta la Revolución de 1926. La Reina Amelia subió a un coche con Don Manuel. Detrás, silenciosamente, en dos coches cerrados, viajaban los cadáveres de Don Carlos I y Don Luis.

LA CRONICA DEL DES- ORDEN

Don Carlos de Braganza había subido al Trono de Portugal en 1889. Se adivina la década que iba a llevar al próximo siglo llena completamente de problemas. El gran pasado de Portugal gravitaba sobre la nación. En la lejána Angola, Inglaterra y Portugal chocan por un problema de fronteras. Era la cuestión del eterno «tú, hasta aquí», y «yo, hasta allí». Portugal tiene que inclinarse ante Inglaterra; pero la lesión de amor propio es manejada fríamente por los grupos políticos. La crisis se revela de la noche a la mañana: el 31 de enero de 1891 un confuso movimiento revolucionario estalla en Porto. Nadie sabe lo que ocurre; pero la noticia sorprende a todos: ha sido proclamada la República.

Claro que la República proclamada en Porto es un fantasma que hace sonreír a la gente. La facilidad con que se la aplasta no dejó preocupaciones a nadie. La vida transcurría bellamente, entre la peteza del sol y el vicio nacional de la división. Una moda resplandecía: las logias masonicas.

Una Asociación secreta, los Car-

DE REVOLUCION PORTUGUESA

En 1926, fecha trascendental para la historia portuguesa, fuerzas del Ejército cubren la carrera en un cortejo fúnebre



CA DE UN LARGO Y ORIGINAL PERIODO DE PAZ

R: EL HOMBRE, EL PROFESOR, EL GOBERNANTE

bonarios, con sus adeptos de rodillas y con los ojos vendados, hacía prestar un juramento que terminaba así: «en caso de ser perjuro, consiento que mi cuerpo sea quemado y mis cenizas arrojadas al viento...» Parecía, evidentemente, una broma. Las gentes medias decían a media voz que se trataba de una invención de los clericales.

Pero desde el fracasado movimiento de 1891 comienza una interminable agitación. En mayo de 1908, después de un motín, el Rey llama al Poder a Joao Franco, monárquico de una facción disidente, que tenía fama de hombre duro. El mismo día que el Rey era asesinado, el «Boletín Oficial» publicaba un decreto suspendiendo determinadas garantías y autorizando al Gobierno a enviar a Africa a los promotores de los disturbios...

EL ASALTO A LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO

Don Manuel fué proclamado Rey a los dieciocho años. En contraste con el pasado, se inicia una etapa gubernamental suave. Joao Franco deja de gobernar y unos meses después comienzan las elecciones. Los Carbonarios asaltan la iglesia de Santo Domingo.

¿Se busca el gran conflicto? ¿La sangre? Pues, la hay. La tropa interviene, y los muertos y heridos forman por sí solos un clarín. Desde el periódico «Mundo», dirigido por Alfonso Costa, comienza una violenta campaña contra la Monarquía.

En un estado de alarma, lo inverosímil cobra visos de realidad. Los rumores más fantásticos se convierten en hechos auténticos. Así están las cosas cuando en el Hospital de Locos de Lisboa el doctor Bombarda es asesinado por uno de los enfermos. Sin embargo, como el doctor Bombarda es republicano, la noticia se convierte en un acto político. Se dice entre cien rumores, que el loco fué instigado a hacerlo...

Así, en la noche del 3 de octubre de 1910 estalla la Revolución. En el silencio de la ciudad el cañonazo del crucero del almirante Reis despierta a todos. En los Regimientos se reparten armas a la población. Machado Santos, de una logia, dirige en las calles los grupos. Entre los que se despiertan en Palacio está el joven Rey de veinte años. Desde las aguas del Tajo bombardean tranquilamente el Palacio...

Un solo barco de guerra permanece, difícilmente, en manos de

los oficiales: el «Don Carlos». Según pasan las horas, la situación se hace más difícil. En las calles la rebeldía aumenta. En el «Don Carlos» hay una manera especial de terminar. Los marinos, con un enorme foco, iluminan el pequeño grupo de oficiales que con algunos marineros se agrupan en torno a una ametralladora. Poco tiempo duran allí.

«EN DOS GENERACIONES DESAPARECERA EL CATORICISMO»

Unos días más tarde, el 5 de octubre de 1910, quedaba proclamada la República. El día 8 se ponía en vigor la legislación contra las Congregaciones religiosas. Poco después, Afonso Costa promulgando la separación entre la Iglesia y el Estado, afirmaba «que en dos generaciones haría desaparecer el catolicismo». En el «Boletín» masónico de 1913 se le convertía en héroe de las reformas ascendiendo al grado «M», caballero Kadosch.

Son los años de la violencia. El sectarismo político invade de tal forma la nación, tanto como el manifiesto deseo de encontrar remedio. Así, el 5 de diciembre de 1917 Sidonio Paes apoyado por el Ejército, proclama la Dic-

tadura. Es curioso señalar que en aquellos años poca gente había dejado de formar parte de las logias. El propio Paes lo había hecho bajo el nombre de guerra de «Carlyle»... ¿Explica eso el inmediato porvenir? Acaso. El hecho cierto es que en 1918, cuando el Presidente llegaba a la estación de Rocio, dos hombres, saliendo de la multitud, disparaban contra él... Los disparos, como siempre, sembraron el pánico...

En fin; de 1910 a 1926 hubo dieciséis Revoluciones y cuarenta y seis cambios de Gobierno. «La profesión de revolucionario civil armado era oficialmente reconocida» dice un historiador.

Todavía quedaba, sin embargo, la terrible explosión de 1921. Realizada por una especie de «soviet anárquico», llegó el 19 de octubre a actos impresionantes. El propio Machado Santos, jefe de la Revolución de 1910, era asesinado implacablemente con muchos otros que fueron llevados al Arsenal y fusilados sumariamente. Los golpes de Estado se suceden. Los monárquicos se levantan en Porto... Cuando llega el año 1926 se espera un acontecimiento extraordinario. Nadie sabe qué; pero la indignación popular es tan grande, que el genio intenta echar a la calle a los diputados que están en la Asamblea...

LA REVOLUCION NACIONALISTA DEL 28 DE MAYO DE 1926

Hacia fines de mayo todos los resortes de la Revolución nacional estaban engrasados perfectamente. Desde muchos días antes, de cuartel a cuartel, de partido a partido, se da la voz de alarma. Se había elegido como Jefe de la Revolución a Alves Rocas; pero su muerte inesperada puso a la cabeza de la sublevación al mariscal Gomes da Costa, cuyo prestigio había nacido durante las campañas de Africa, primero, y más tarde por haber dirigido el Cuerpo expedicionario portugués en Francia durante la guerra mundial...

En las primeras horas de la mañana del día 28 apareció en los muros del Cuartel de Infantería número 8 de la ciudad de Braga un Manifiesto de doce líneas que anunciaba el levantamiento: «¡Portugueses! — comenzaba: — Para los hombres dignos y llenos de honor, la situación política del país es inadmisibles...»

En la noche del día 30 de mayo, el Comité Revolucionario de Lisboa, con la operación triunfante en toda la nación, se dispuso a obtener del Presidente

Benardino Machado la transmisión de Poderes; pero hasta el 2 de junio no lo hizo, invistiéndose como Presidente a Mendes Cabeçadas.

«Si la unidad revolucionaria era efectiva y potente en cuanto a la exasperación contra el caos de los últimos dieciséis años, no existía, evidentemente, unidad de criterio entre los jefes militares. Las divergencias entre el comandante Mendes Cabeçadas y Gomes da Costa fueron tan importantes que no se resolvieron nada más que cediendo la Presidencia al mariscal africano, quien, a su vez, unos días más tarde entregaba el Poder al general Carmoña, constituyéndose entonces el primer Gobierno de la Dictadura militar...

«ME VIENEN A BUSCAR PARA HACERME MINISTRO, MADRE...»

En el valle del Dao, la aldea de Santa Comba domina con sus blancas casitas de bajos techos el bello paisaje de los pomares. Entre estas casitas está la casa de María do Resgate. María do Resgate está enferma en la cama desde el primer domingo de junio de 1926, cuando oye pararse a la puerta un automóvil. Entre los vecinos de Vimieiro el caso no deja de ser un suceso sensacional. Les oye hablar con su hijo.

Un rato después entra en su cuarto Antonio Oliveira Salazar. Se miran un momento.

—Madre, ¿sabe? Quieren que vaya a Lisboa para ser ministro de Hacienda. Me cuesta mucho dejarla así. No sé qué hacer...

Sossegadamente, María do Resgate, miraba a su hijo con emoción. Le responde con su dura energía de campesina:

—Acepta. Si vienen hasta aquí es porque te necesitan. Vete, hijo mío.

Esta es la conversación histórica que se entabla entre María do Resgate y Oliveira Salazar, de treinta y siete años, profesor de la Universidad de Coimbra. Pero, ¿cómo se pensó en él?

Nadie parece haber respondido con certeza a la pregunta. Desde luego, fué el almirante Gomes da Costa quien le ofreció el cargo de ministro de Hacienda. El propio Mariscal dudaba. A uno de sus colegas le decía: «El Gobierno tiene que buscar lo que pueda en momentos como éstos. El ministro de Finanzas es un tal Salazar, de Coimbra, del que me

El entierro de los soldados muertos durante la revolución. El general Carmoña preside el duelo

han hablado muy bien... ¿Le conoce usted?

No le conocía. Salazar es un desconocido. Cuando llega a Lisboa se hospeda en un hotel, y mientras tanto, examina analíticamente la situación. Ve el mar de confusión y se dispone a telefonar al Ministerio. Busca el número del despacho del ministro y llama.

Al otro lado le contestan. Antonio Oliveira Salazar, sin hacer mucho caso, pregunta, a su vez:

—¿Quién está al aparato?

—El ministro de Finanzas—le responden—. ¿Qué deseaba?

—Nada. Quería saber, simplemente, si continuaba siendo ministro de Hacienda. Ya veo que no. Gracias.

Lo que había ocurrido ya lo sabe el lector. En aquellos días había caído Gomes da Costa, y con él sus ministros. Antonio Oliveira Salazar promete no volver a salir de sus libros. Al sábado siguiente, después de cinco días de confusión en Lisboa, regresa a Vimieiro a ver a su madre. Luego retorna nuevamente a la Universidad de Coimbra.

LOS DOS AÑOS DE DICTADURA MILITAR

De 1926 a 1928 la Dictadura militar restablece el orden en la calle y termina con los revolucionarios profesionales; pero las cuerdas fundamentales de la Revolución siguen siendo aún las de un Movimiento espontáneo, entre popular y militar, contra el caos. Esto es poco, y el desorden financiero no se restablece. El nuevo Gobierno carece de técnicos de hombres que dominen la situación.

La situación es desesperada, y lo es tanto, que se llega a solicitar la ayuda de la Sociedad de las Naciones, que concede el empréstito, pero siempre y cuando le sea posible controlar de forma autoritaria y absoluta la Hacienda portuguesa. En esa situación vuelve a sonar el nombre del profesor de Finanzas de la Universidad de Coimbra.

El día 27 de abril, Salazar tenía que hablar en el III Congreso del Centro Católico. Aquel mismo día las circunstancias le llevaban a la plaza del Comercio (de tan profunda y dramática historia), y subía lentamente las escaleras que llevaban al Ministerio de Hacienda. A su lado, silenciosos ante este extraño político de ojos oscuros y brillantes, que hablaba con un aire frío y profesional, suben dos personajes de la Revolución de 1926.

—Yo me quedo si se aceptan mis condiciones...



Da la impresión de que desea volver a Coimbra, donde vive como un asceta, frugalmente, sin beber ni fumar, en una pequeña habitación de la Universidad. Totalmente vestido de negro, con su perfil aquilino, repite:
—Mis condiciones...

LAS CONDICIONES DEL SEÑOR DOCTOR

El 27 de abril, Antonio Oliveira Salazar se hace cargo del Ministerio de Hacienda. En una breve declaración pública, muy dentro de las líneas características de su lenguaje, a veces irónico y cortante, siempre profesoral, expone sus condiciones al Gobierno y al país:

«Los principios rígidos que van a orientar nuestro trabajo muestran la voluntad decidida de regular, de una vez por todas, la vida financiera y económica de nuestro país. Me es preciso, en esta tarea difícil, la confianza absoluta, pero calma y serena, del país... Sé exactamente lo que quiero y a dónde voy. Daré al país toda clase de explicaciones y toda clase de elementos necesarios para apreciar la situación. Que el país discuta, que el país estudie que el país haga elecciones; pero que me obedezca y me permita trabajar...»

Inesperadamente, añade que no le gusta gobernar y que hay trenes todos los días para Coimbra, si no les parece bien.

Entonces la gente comienza a recorrer hacia atrás su existencia. Recuerdan que, efectivamente, fué elegido diputado en las elecciones de 1921, que vino al Parlamento una sola vez, vió lo que pasaba y se volvió a Coimbra, para no poner los pies más en la Cámara.

SALAZAR, EL HOMBRE

Es el mismo Salazar quien lo ha dicho: «Soy pobre; hijo de pobres»...

Su padre, Antonio de Oliveira, nació y murió en Vimieira, donde tenía una de las pequeñas casitas del pueblo. Un poco de tierra y el trabajo diario para otros patrones. Su madre, mujer inteligente, veía en su hijo, entre los demás, una promesa. El maestro de la aldea, Duarte, también lo decía. Así, cuando terminó sus estudios elementales, pasó al Seminario de Viseu, donde permaneció durante el período que va de 1900 a 1908.

El mismo, en una conferencia en la que defendía a dos profesores de la Universidad de acusaciones «idiotas», hablando de sí mismo (en entredicho también por haber pasado por un Seminario) decía: «Del Seminario nada digo. Hay personas que desconocen que puede haber en el alma de los otros cosas inolvidables y sagradas. Pobre, hijo de pobres, debo a aquella casa gran parte de una educación que de otra forma no tendría...»

Este discurso a que aludo, hecho por unas causas muy especiales, tiene su clásico «tic» impertinente. Dice las cosas irónicamente y con un clásico y limpio ir a la cuestión. «Después de salir del Seminario — prosigue —, reinaba entonces en Portugal Don Manuel. Había Monarquía y to-

dos éramos monárquicos, inclusive los republicanos. Mas no era de Monarquía de lo que se trataba, sino de educación...»

Es que el tema de la educación, de los problemas educacionales, son su Tabla de las Leyes en la juventud. Estudiante del Liceo, estudiante de la Universidad, Licenciado en Derecho, Profesor de la Sección de Ciencias Económicas, Oliveira Salazar comienza preocupándose intensamente por la educación de su país. Pero desde un punto de vista científico, analizando todos los ángulos. A los veinte años, el 1 de diciembre de 1909, daba su primera conferencia, ante el vivo asombro y el interés de sus propios profesores.

Mientras tanto, sus estudios los realiza con una enorme capacidad de sacrificio. Siempre con altas calificaciones en los exámenes. Separado totalmente de la política, sin aparente vocación hacia ella, sus intervenciones públicas o periodísticas habían estado referidas siempre a los temas profesionales. Fríos análisis de las finanzas, ensayos históricos, sociales. En 1919, orgulloso de ese aislamiento, decía: «No he hecho nunca manifestaciones públicas de carácter político que puedan dar motivo a la gente para juzgar mis convicciones íntimas. Nunca fuí condenado, nunca juzgado ni preso, «ni preso» — repite —; lo que es realmente, una prueba de valor dado que dentro de pocos años el cincuenta por ciento de la población portuguesa — monárquicos católicos, demócratas, evolucionistas, camachistas, sindicalistas, socialistas, sidonistas e indiferentes — habrán pasado sucesivamente por las penitenciarías de la República...» Su característico tono personal se adivina aquí con toda su claridad desconcertante.

SALAZAR EN LOS MOVIMIENTOS CATÓLICOS DE PORTUGAL

Mientras es estudiante, Salazar vive en una soledad que termina respetando sus compañeros. No frecuenta, a su lado, las cenas alegres que se desarrollan en «Cardosa», ni tampoco las tertulias de las librerías de Baixa. ¿Era completamente indiferente al gran rumor político de la época? Este estudioso no podía serlo. Una sólida estructura moral le defendía — dirá Teixeira — de los contagios fáciles. Pero, sin embargo, Salazar comienza a frecuentar el Centro Académico de la Democracia Cristiana. La «Rerum Novarum» está próxima y su vaticinio pesa decisivamente sobre todos. El semanario «El Imparcial», de orientación católica, preside el Movimiento de la juventud católica y universitaria de Coimbra. El jefe de Redacción, Francisco Veloso, está instalado en la calle de Paredes. Un día — cuenta un testigo —, se presenta allí un estudiante de larga capa negra caída sobre los delgados hombros. Deja sobre la mesa un artículo sobre un tema fundamental de la educación. El seudónimo es Alves da Silva. El verdadero nombre: Oliveira Salazar.

En mayo de 1914 el pensamien-



Salazar, con el general Craveiro Lopes, Presidente de la República portuguesa



En Santa Comba, en la casita donde nació, Oliveira Salazar sirve vino a los trabajadores de la finca de su padre

to político de Salazar llega al gran dilema: «Me impresionaba mucho la forma antirreligiosa tomada por la democracia en el mundo latino». Entonces estudia con toda atención el tema, que se transmite en conferencia bajo el título: «La Democracia y la Iglesia». Su pensamiento político y social adquiere ya entonces un rigor que no se alterará después. Por considerarlo de interés para quienes gusten seguir el pensamiento de aquel muchacho de veinticinco años, transcribo las notas de un periódico: «La Democracia como hecho histórico es



El jefe del Gobierno portugués, doctor Oliveira Salazar, recibe en su despacho a un grupo de las «Mocidade» de Angola

una conquista legítima, una corriente insuperable, pero perfectamente conciliable con el catolicismo. La necesidad de influir sobre la Democracia fué presentada por el propio Tocqueville cuando decía: «hay que instruirla, regular sus movimientos y adaptar su Gobierno a las épocas y a los lugares.» Todavía añade: «Cuando la Democracia concede privilegios a una clase en detrimento de otras, el resultado se llama demagogia, lo que es incompatible con la Iglesia, con la Historia, con la política y la razón humana...»

El local donde hablaba el joven orador fué asaltado, y numerosos miembros de la Juventud Católica, heridos. Recordando años después este incidente, Salazar se burlaba: «Era o regime da liberdade».

SALAZAR, EL GOBERNANTE

Si la vocación de profesor permanece siendo la que más orgu

Una representante de la comunidad cristiana de Malaca saluda al doctor Oliveira Salazar



llosamente exhibe el jefe del Gobierno portugués, su capacidad de gobernante está marcada por dos hechos decisivos. De un lado, por las reformas que realiza en las Finanzas hasta liquidar totalmente el período del pasado desorden financiero. Este equilibrio de los Presupuestos es la base de todas las grandes reformas realizadas en todos los terrenos de la Economía y de la Industria por Salazar. Se abren carreteras, se reorganiza el fantástico servicio del ferrocarril, que no sabía lo que era el horario. El propio Salazar examina todas las cuentas ministeriales, cribando hasta el máximo los gastos públicos. Como ministro de Finanzas tenía un sueldo pequeño, y sigue manteniéndose orgullosamente en su inicial período de pobreza.

Cuando hace algunos años se cae por unas escaleras del Ministerio y se rompe una pierna, el Estado quiso pagar los gastos del cirujano que fueron largos y costosos; pero Salazar se negó a ello, vendiendo, para obtener dinero, un campo que tenía de su madre en Santa Comba.

Este hombre, que vive en una hermosa casa próxima a la Asamblea, sigue teniendo una existencia solitaria, sencilla y adversa a toda publicidad, igual que cuando vivía en Coimbra. En su pueblo, que recorre andando, siguiendo la línea del ferrocarril, para alcanzar su casa, los campesinos y las gentes le siguen llamando «Señor Doctor». En su casa de Lisboa ocurre lo mismo. Tres mujeres están con él. Dos jóvenes que tiene adoptadas, Micas y Maria Antonia, y una gobernante, Matia La «quinta» tiene un gran jardín y a la puerta hay dos guardias. Las personas citadas en ella oyen decir a la criada: «Miraré a ver si está el señor doctor...»

EL GOBERNANTE, EN LA REFORMA DEL ESTADO

Treinta años de pacífica reforma, de realizaciones en orden de continua sucesión, merece despertar un gran interés. Sin violencias, ha mantenido un sistema original que ha dado a Portugal

un larguísimo período de paz interior y respeto universal que necesariamente repercutirá en su futuro. Hay que tener en cuenta que el general Carmona, presentado a las elecciones en 1926 (marzo, 25), permanece como Presidente de la República hasta el año 1951. fecha de su muerte. Después, elegido Presidente el general Craveiro Lopes, la Revolución portuguesa ha seguido ininterrumpidamente su camino.

Oliveira Salazar, que alcanzó el éxito de resolver los problemas económicos y caóticos de la nación (cosa que le auguró la oposición, que no conseguiría nunca), entró en una fase nueva de gobernante al hacerse cargo de la Presidencia del Consejo en el año 1932.

Desde ese momento el profesor de Coimbra plantea la reforma del Estado partiendo de tres puntos, que examina de cara a la Asamblea: a) La Dictadura no tiene otro objeto que restablecer el orden y, hecho esto, ceder el paso a las antiguas fórmulas constitucionales. b) La Dictadura es ella misma la solución del problema político. c) La Dictadura debe asegurar su sucesión creando un Estado nuevo. Entre estas tres versiones, dirá el historiador Poncins, Salazar escoge la última, creando la Constitución de la República Portuguesa, que era aprobada el 19 de marzo de 1933 por votación popular.

En la estructura del Estado la originalidad descansa en dos hechos: la Asamblea Nacional, constituida por 90 diputados elegidos por sufragio directo de los jefes de familia, tiene facultad para hacer leyes, interpretarlas, suspenderlas y abrogarlas; pero todo proyecto de la Asamblea Nacional debe ser estudiado y aprobado por la Cámara Corporativa, compuesta de representantes de las autarquías locales y de los intereses sociales, administrativos y culturales de la nación. Una división por especializaciones clasifica los proyectos a estudiar.

Las garantías y los límites del Estado se denuncian en toda la obra de Salazar como reposando en el Derecho y lo moral católica frente al Estado.

Al cabo de treinta años de aquella mañana del 26 de mayo en la que unos jóvenes oficiales colocaban en las paredes del Cuartel del Regimiento número 8 el Manifiesto de la Revolución, vale la pena destacar el espíritu esencial de Salazar: «No atacar las personas, sino las ideas. Hay que reformar sin revolucionar. Todas las Revoluciones, grandes y pequeñas, hacen siempre más amarga la vida de los pueblos, por lo que es preferible reformar a revolucionar, o revolucionar reformando...»

Lejos de la demagogia, con el aire clínico del profesional cristiano, Salazar ha puesto en marcha durante un enorme período de tiempo, desde el punto de vista de la obra de un solo hombre, una máquina de gobernar que tendrá errores, como todas las cosas, pero merece la mayor atención.

Enrique RUIZ GARCÍA

ir-
ne
su
nta
en-
828
e-
el
ta
ge-
ul-
in-

el
nas
na-
CO-
in-
de
el

fe-
or-
res
a
ra
le-
ce-
tu-
on
ic-
on
re
is-
ge-
ra-
zo

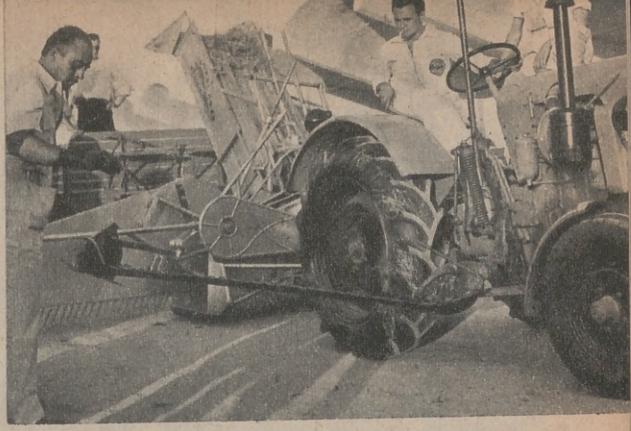
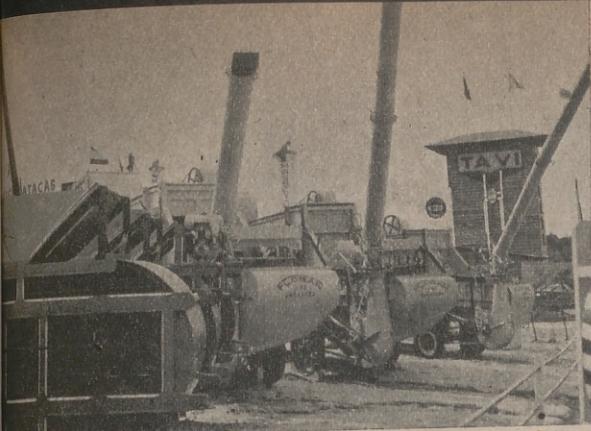
la
e-
os
a

y

l
o

e

y



INDUSTRIA PARA LA AGRICULTURA



NUEVOS MODELOS DE MAQUINAS EN LA III FERIA DEL CAMPO PROGRESO Y TECNICA DE LA FABRICACION NACIONAL LA ELECTRONICA AL SERVICIO DE LA DIFUSION ACUSTICA

LA Feria Internacional del Campo que se celebra en Madrid es un completo resumen de nuestra ganadería y de nuestra agricultura. Si vivos están, lustrosos y magníficos, los ejemplares, orgullo de las diferentes razas del reino animal, por los kilómetros cuadrados de la Feria pueden también verse y contemplarse aquellos elementos mecánicos que hacen posible el que la agricultura y la ganadería marchen para arriba, en un feliz camino del optimismo y de la realidad.

La Feria Internacional del Campo ha estrenado maquinaria agrícola. Máquinas que por primera vez han llegado y que pasarán a servir los campos españoles revalorizando las cosechas, y lo que es más importante, elevando el coeficiente de productividad de nuestra agricultura.

El forraje es elemento indispensable para mantener una ganadería floreciente y de alto rendimiento. Pues bien, por la Feria han mostrado su aptitud, en nueva presentación, sembradoras de pratenses sobre rodillos desterrnadores, guadañadoras de tractor, rastrillos henificadores de descarga lateral, empacadoras automáticas que con un solo hombre hacen más de 100 pacas por hora, segadoras picadoras que cargan simultáneamente un remolque para bascularlo al pie del silo, aparte del elevador que hace la carga del silo.

Estas son máquinas nuevas, novísimas, que están esperando entrar en funcionamiento en las praderas de cualquiera de los múltiples peticionarios que a ellas han llegado todos los días.

MAQUINARIA DE FABRICACION NACIONAL

Al lado de la maquinaria para forrajes, pueden admirarse igualmente, nuevos modelos de utensilios aptos para la recogida de cereales. Por la Feria del Campo han desfilado cosechadoras automáticas y de arrastre, muchas de ellas de fabricación nacional; máquinas para desmenuzar los rastrojos de cereales y facilitar el aprovechamiento de la paja para enterrarla fácilmente; segadoras acordonadoras de legumbres para grano, que reducen el coste de la recolección hasta una quinta parte y que, montadas en la trasera de un tractor, éste trabaja en marcha atrás, con lo que la cosecha es atacada de frente.

En máquinas de labranza, se han mostrado las grandes escarificadoras de subsuelo, indicadas



Junto a la maquinaria pesada, los artefactos de uso individual ponen en la Feria una nota de eficacia y a la vez de contraste

en aquellas labores profundas que necesitan de agua sin mezclar la tierra infértil del subsuelo con las capas superficiales.

Y luego, los tractores. Dos, de fabricación nacional, el «Ebro» y el «Lanz», han dado, majestuosos, la vuelta a la pista de exhibiciones. Junto a ellos, un tractor alemán con motor Diesel de 12 caballos, ocho velocidades para trabajar con aperos colgados corrientes o fresadoras excéntricas que permiten al tractor marchar por el centro de las calles mientras la herramienta labra hasta el pie de los árboles, pudiendo hacer el giro sobre una de las ruedas, que se detiene.

Parte de esta maquinaria, de esta maquinaria enormemente pesada, es de fabricación exterior. Pero junto a ella están las de fabricación nacional, como las trilladoras, las máquinas corrientes de siega y las clasificadoras de semillas. Asimismo se presentan diversos modelos de espolvoreadores, pulverizadores, atomizadores y vaporizadores, para ser empleados en las luchas contra las plagas del campo, que pretenden reducir la cantidad de agua necesaria para expandir el producto.

Para las laderas inclinadas o para los terrenos pequeños hay en la Feria modelos de motocultor de un solo eje, provistos de barras guadafiadoras, manejados por un hombre cogido a las manceras.

Junto a estos pequeños tractores personales, están los grandes tractores de cadenas, de más de cien caballos, con palas empujadoras para la nivelación, empleados en labores de colonización; las grandes traillas de fabricación nacional, que cargan hasta diez metros cúbicos; máquinas

para abrir canales o pozos, los arados de vertedera, las gradas de disco, que fabrica la S. A. C. A., y el tractor «Pegaso» de la E. N. A. S. A., que también se puede codear con los gigantes de más de 100 caballos de potencia.

La industria trabaja hoy más que nunca para la agricultura.

A SIETE MOTORES POR DIA

Junto a las grandes trilladoras, a los tractores de cien caballos de potencia; junto a las empacadoras, a las motoniveladoras o a las perforadoras que parecen sucesivamente reptantes monstruos o estiradas columnas que miran al cielo, por la Feria Internacional del Campo se escucha también el sincrónico ruido de los motores, de los motores simples y puros que no van adosados a maquinaria alguna, sino que sirven para poner en movimiento fuentes de riqueza: regadíos, pozos artesianos, bombas para elevar el agua o incluso grupos electrógenos que hacen funcionar una completa red auxiliar agrícola.

Los motores Diesel, cuando están en funcionamiento, semejan estáticos ciempiés que mueven al unísono sus patas. En el centro del espacio destinado a la maquinaria agrícola se alza, por ejemplo, el recinto de los motores Diesel Matacás, auténtico orgullo de la industria española. De las factorías de San Feliú de Llobregat salen, no sólo con destino a España, sino incluso a satisfacer pedidos del extranjero, motobombas, grupos electrógenos, motocompresores, grupos soldadura,

motores para accionamiento de molinos, de trilladoras, de prensas, maquinaria para obras públicas, equipos para el laboreo de minas, motores para tejerías mecánicas, para fábricas de yeso y de cemento, motores marinos, grupos auxiliares con dinamo y compresor, etc., etc. De los talleres de San Feliú de Llobregat, obra ejemplar de un hombre —Juan Matacás Ayma— que todo lo ha conseguido por su propio esfuerzo, salen siete motores diarios de una potencia que va desde el mínimo de 5 caballos hasta el gigantesco de 60.000. En sus laboratorios, a la altura de los mejores del mundo, se analizan todos los materiales y se verifican todas las piezas de los motores, con lo que de esta manera puede efectuarse un rápido arreglo de un motor sin más que sustituir la pieza deteriorada por otra en buen uso. Esta operación de verificación la tienen muy pocas casas de la especialidad.

Marchan y remarchan los motores Diesel con seguridad, con firmeza. Merced al esfuerzo de todas las industrias de fabricación de motores, España hoy puede verse libre, en un 80 por 100 de la importación de los mismos. El éxito se debe en su justa parte a los hombres que, como Juan Matacás Ayma, contribuyeron a que así fuera.

MAQUINARIA EN LAS OBRAS DE COLONIZACION

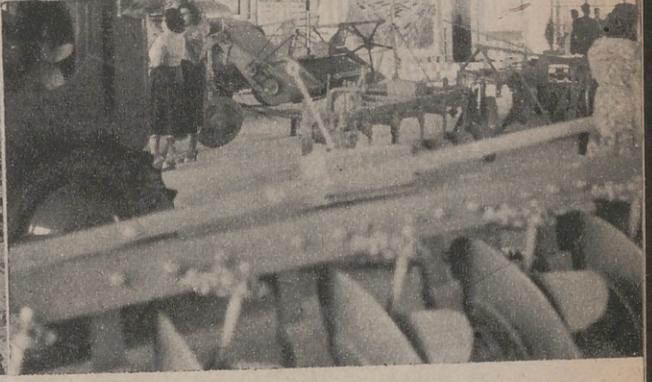
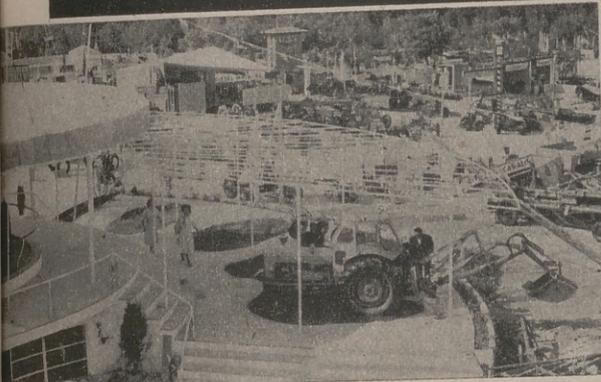
Toda esta síntesis de maquinaria agrícola exhibida, mostrada, en reposo o en funcionamiento, a lo largo de los varios kilómetros cuadrados de la III Feria Internacional del Campo de Madrid, tiene ya una realidad magnífica por las tierras de España,

Tractores de todo tipo se alinean en los «stands» o esperan la hora de la exhibición





En la Feria Internacional del Campo se exponen novísimos modelos de maquinaria para la Agricultura. Tractores, trilladoras, cosechadoras, etc., son signos evidentes de la preocupación estatal por la mecanización del campo



expresada en la ciencia cierta de los números.

El Instituto Nacional de Colonización en estos momentos desarrolla su actividad sobre 933.287 hectáreas. Aparte de que también actúa sobre otras 745.500 hectáreas declaradas de interés nacional para determinadas obras y mejoras, y no para una profunda y total transformación o colonización como las citadas en primer término. Estas obras de colonización directa afectan a 313.260 hectáreas, propiedad de dicho organismo y el resto de los propietarios ya existentes en las zonas sometidas a colonización.

Los tractores que surgen en las demostraciones tienen en su historia parte importante de lo conseguido.

En cuanto a regadíos, las redes de acequias del Instituto dominan actualmente 100.000 hectáreas y 112 nuevos pueblos y pesetas 1.300.000.000 de obras contratadas actualmente en curso dan idea de la magnitud del esfuerzo.

El F. N. C. extiende, además, su obra fuera de las zonas some-

tidas a su colonización o intervención directa, al prestar 21.251 auxilios a particulares que han querido transformar su finca y que han creado 168.261 hectáreas de pequeños regadíos, 80.600 hectáreas de plantaciones y otras mejoras y 2.352.240 metros cuadrados de nuevas edificaciones rurales, lo que supone una capitalización en obras y mejoras permanentes en fincas particulares de más de 3.000.000.000 de pesetas.

Por otra parte, el Ministerio de Agricultura, mediante estímulos de reservas o primas a determinados productos en tierras que sean transformadas por sus propietarios, ha conseguido que 116.700 hectáreas de baldíos se cultiven en la actualidad, y que 141.500 hectáreas se transformen de secano en regadío, lo que supone una inversión total de más de pesetas 1.300.000.000.

EL BENEFICIO DEL CRÉDITO AGRÍCOLA

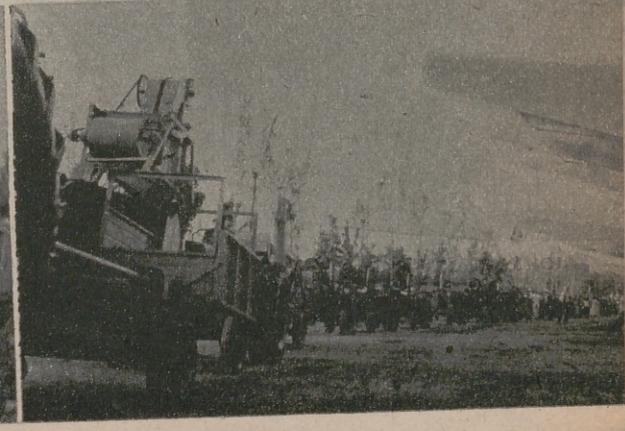
Es curioso ver, en esta Feria

Alineados para el desfile, la Feria muestra importantes nuevos modelos en el capítulo de maquinaria agrícola

del Campo, cómo se acercan a los lugares de Exposición de maquinaria agrícola hombres de todos los lugares de España. Porque una de las realidades que ha conseguido el Ministerio de Agricultura es la formación de una auténtica conciencia agrícola racional. Suben en los tractores, ponen en movimiento las trilladoras, accionan las palancas, preguntan el consumo, se enteran de todas las características. Y luego, a comprarlas. Unas veces, por sí solos; otras, con la ayuda de alguien.

Para que los agricultores dispongan de moderna maquinaria, el Servicio Nacional del Crédito Agrícola ha dado 975 préstamos por valor de 152.000.000 de pesetas, y para esta mejora y para toda clase de atenciones agrícolas, dicho Servicio tiene actualmente repartidos por el campo español 2.500.000.000 de pesetas.

El Servicio Nacional del Crédito Agrícola en especie, mediante la distribución de 380.000 toneladas de abonos y de 1.500 quintales mé-



...cos de semillas desinfectadas y seleccionadas. Dicho Servicio ha construido en estos últimos años, y tiene ya terminados, 235 silos y graneros, con una capacidad de más de 4.000.000 de quintales métricos, y tiene actualmente en construcción otros 102, con una capacidad de más de 2.000.000 de quintales métricos.

Máquinas, abonos y simientes son los que, mediatamente, han hecho evolucionar nuestra agricultura.

El progreso y el adelanto de ella están, por la Feria, palpables y tangibles.

LA MEJORA DE LAS PLANTAS INDUSTRIALES

Otro capítulo importante en esta feria agrícola y ganadera reside en la exposición de máquinas y procedimientos para combatir las plagas del campo. Ello ha llevado a resultados magníficos, sobre todo en ciertas plantas industriales.

Pues bien, en el algodón, la labor agronómica de aclimatación y mejora de variedades importadas, así como de obtención de nuestras variedades, el mayor rendimiento en la desmotación de la misma y los medios descubiertos para el combate de sus plagas, han hecho que el rendimiento por hectárea en fibra se

haya duplicado de quince años a esta parte, y que el algodón se extienda hoy en España desde Canarias hasta los pies de los Pirineos. Nuestra producción nacional, antes inexistente, es hoy de más de 170.000 balas, o sea, que cubre casi la mitad de nuestro consumo nacional y nos ahorra más de treinta millones de dólares. El tabaco, cultivo que hace unos años era inexistente en nuestro país, ha llegado a cubrir por lo menos el máximo posible de nuestra producción nacional, por limitaciones de las mezclas en la elaboración de las labores, y tenemos ya excedentes exportables. Respecto al azúcar, que antano traíamos de nuestras antiguas colonias de Cuba y Filipinas, ya hace muchos años los agrónomos Ayuso y Otero resolvieron la cuestión mediante la introducción del cultivo de la remolacha, que no sólo ha cubierto nuestras necesidades nacionales, sino que ha habido que limitar su cultivo por exceso de producción.

En semillas de remolacha seguimos siendo tributarios del extranjero, y gracias a la labor realizada en estos últimos años se ha liberado nuestro país de tales importaciones desde 1949, y se ha llegado a producir, en 1954, cerca de 4.000 toneladas de semilla, asegurando con creces el consumo nacional, que es del orden de 2.000 toneladas.

En la Feria Internacional del Campo, la electrónica, por medio de los altavoces, permite al público la recepción de toda clase de noticias referentes al certamen, además de difundir una música agradable y clara

LA ELECTRONICA, AL SERVICIO DE LA FERIA

Tras el ganado, junto a las máquinas, al lado de las semillas, la Feria del Campo muestra sus productos. Y, a la vez, los difunde por el aire. Los difunde, en nombre y en calidad, merced a la técnica electrónica española, presente invisiblemente en el Certamen. Bien es cierto que, en el campo de la técnica, la electrónica es la rama más importante, de mayores aplicaciones y de más ancho y esperanzado porvenir. Las más espectaculares manifestaciones modernas pueden llevarse a cabo merced a la amplificación electrónica. Pues bien, los altavoces de la Feria son espejo patente de una especialidad electrónica.

Uno de los servicios más perfectos, más eficientes de la Feria, es el de los altavoces. Merced a ellos, la Feria Internacional del Campo se halla alegrada, amenizada, optimista, por esa música que fluye incesantemente desde las torres metálicas de los altavoces. La música suaviza cuando está perfectamente difundida y dosificada. Pues bien; esta música de la Feria madrileña, se oye desde todas partes, en el justo tono para hacer que su audición sea de lo más agradable.

Las seis torres metálicas, de veinte metros de altura cada una, son seis monolitos elevados al servicio del público. Los 16 altavoces de cada torre hacen un total de 96 bocas de acero clamando en el aire en beneficio del orden y del oportuno servicio. Por ellos, una persona de las que visitan la Feria diariamente puede enterarse, al instante, de los concursos que se van a celebrar, de las llamadas de socorro, si las hay; de las retransmisiones que se verifican en el teatro o en otro lugar; de las informaciones que surgen impensadamente y que sólo mediante un servicio de altavoces puede realizarse.

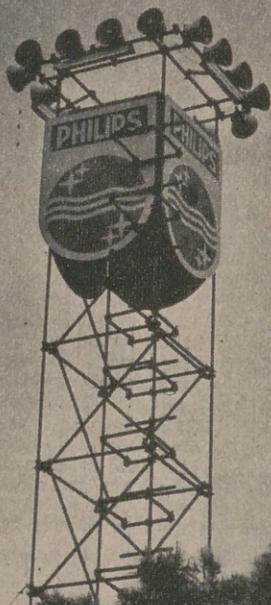
Los altavoces hacen posible que un recinto de las características de la III Feria Internacional del Campo, que comprende 700.000 metros cuadrados, que registra el paso diario de 100.000 visitantes y de 25.000 vehículos, que consta de diez kilómetros de carretera, que reúne a 4.000 expositores en 250 «stands», pueda disfrutar de un orden perfecto y de una información precisa y velocísima.

Sólo la electrónica hace posible esto. En la Feria madrileña ocurre ahora, cada uno en su estilo, lo mismo que ocurrió en el homenaje que Madrid tributó al Papa en el Estadio de Chamartín. Allí, los altavoces permitieron la difusión de la palabra, que no hubiera sido posible si no hubiera estado la amplificación electrónica. Ella hizo, entonces, que 125.000 católicos pudieran escuchar las distintas manifestaciones que les hicieron vibrar de entusiasmo durante el homenaje a Su Santidad.

Traspasado el río—el madrileño Manzanares—, aún se escucha el lejano eco de los altavoces. Se escucha también el lejano eco de los mugidos, de los balidos, del trepidar de los motores, del rumor de los visitantes.

En estos ecos está impresa y presente la gran realidad de España.

(Fotos Cortina)



LA VERDAD ESPAÑOLA EN AFRICA DEL NORTE

¿INFLUENCIA, PRESENCIA O CONVIVENCIA?

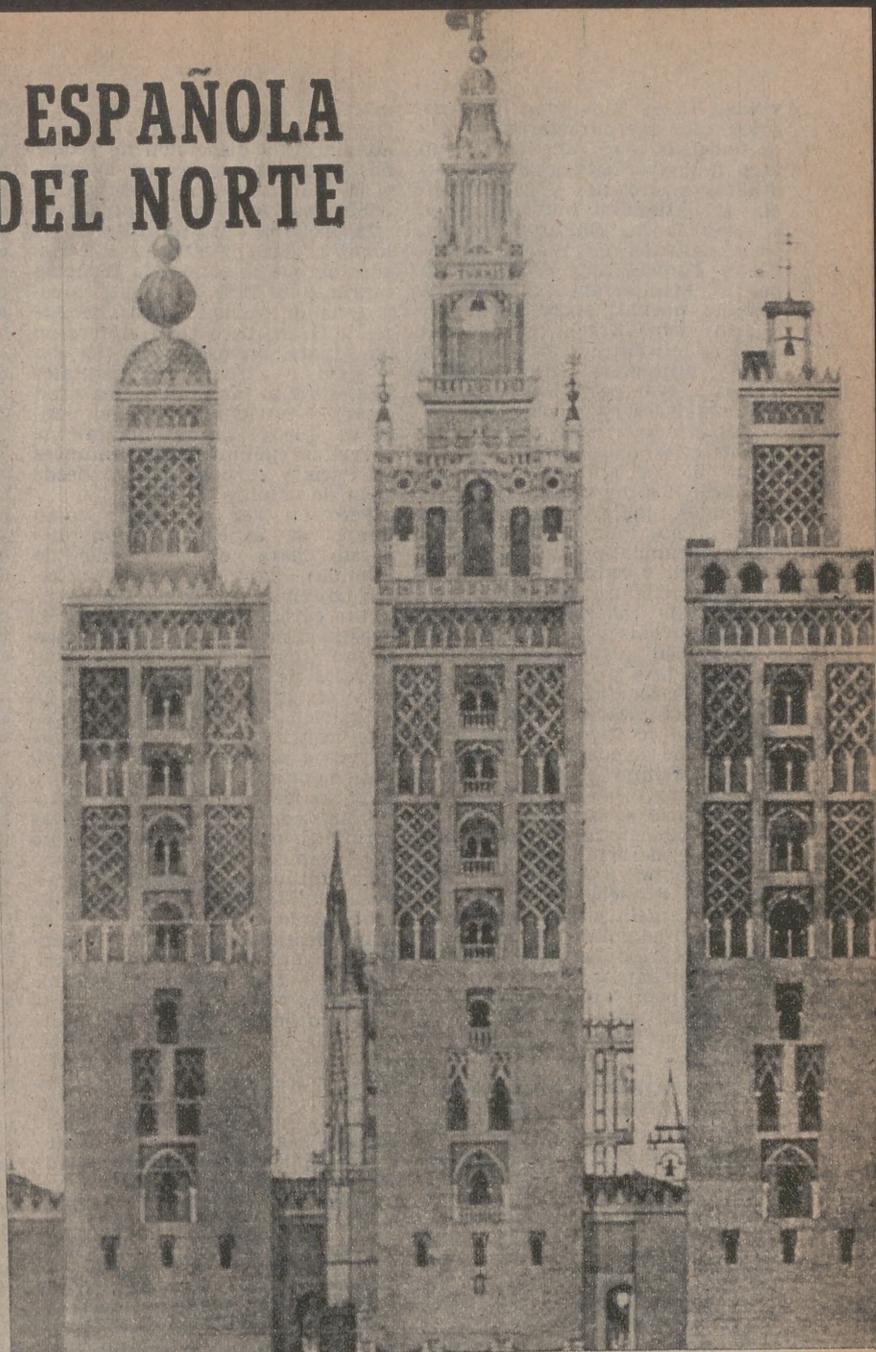
TODOS NOSOTROS SOMOS "LOS OCCIDENTALES DEL ORIENTE"

Por Rodolfo GIL BENUMEYA

DENTRO de Marruecos, detrás de Marruecos y alrededor de Marruecos, España se ha encontrado ahora bruscamente con la realidad de lo que se conoce por el nombre, un poco en galicismo, de Africa del Norte, y que autores clásicos llamaban en otros siglos «Berberia»; es decir, los países del sistema montuoso del Atlas. Y decimos que se ha encontrado España con Berberia, porque aunque Berberia estaba ahí siempre y el esfuerzo de los españoles sueltos no había dejado nunca de fecundarla, las vicisitudes de los Gobiernos de Madrid que se sucedieron desde el último tercio del siglo XIX habían llegado a reducir los horizontes de las acciones españolas posibles a los bordes que dan frente al Estrecho. La declaración de reconocimiento de independencia marroquí que España hizo en abril antes que nadie, así como el nombramiento del primer embajador que fué el español; el desfile en Rabat de las mehallas instruidas por jefes militares españoles, y otros varios hechos en los que España se ha adelantado por la buena fe al enlazar a España con las cuestiones de todo el Imperio sultaniano (donde oficialmente se han cortado con tijeras las fronteras), la ha enlazado a la vez con toda Berberia y algo más. No es ya ningún disparate decir que España limita al Sur con Túnez y Egipto tanto como con Marruecos.

«NO HAY MARRUECOS SIN ARGELIA»

El político argelino Ferhat Abbas, que fué hasta 1955 jefe del partido del Manifiesto y ahora actúa desde El Cairo y Damasco como un elemento central de enlace del Frente Nacional de Liberación, ha lanzado la frase de: «No hay Marruecos sin Argelia, ni Tunicia sin Argelia». Con esto se refiere Ferhat Abbas al hecho de que los acuerdos firmados por



Tres torres gemelas: la Giralda, de Sevilla (centro); la Kutubia, de Marraquex (derecha), y la Torre Hassan, de Rabat (izquierda) construidas por el mismo arquitecto árabe.

los Gobiernos de Rabat y Túnez con los Gobiernos de París respecto a las independencias de los dos ex Protectorados, no tendrían ninguna eficacia y hasta podrían ser inútiles si Argelia continuase dentro de un régimen más o menos de represión. Y en Túnez el periódico «Al Amal», que es el órgano del Neo Destur, ha llegado a calificar de «añagaza» los reconocimientos de independencias norteafricanas que excluyen a Argelia, pues Berberia o Africa del Norte es argelina en su mayor extensión.

Entretanto en Rabat la blanca, que es capital sultaniana marroquí, tanto como en la mayor urbe de Casablanca, se recuerda que el comienzo del precipitarse de la decadencia del Imperio del Sol Poniente, que llevó a la Conferencia de Algeciras de 1906 y los protectorados de 1912, estuvo en la conquista francesa de Argelia de 1830 y la guerra francomarroquí

de 1846. Desde entonces las fronteras marroquíes del Este comenzaron a ser desgastadas, y de ahí salieron muchos conflictos posteriores hasta la «crisis bereber» de 1930 y la crisis dinástica de 1953 a 1955.

Hoy la extensión superficial de Argelia asciende a un total de casi 2.205.000 kilómetros cuadrados, al lado de los 445.000 de Marruecos y los 156.000 de Tunicia, teniendo además en cuenta que la masa del territorio argelino envuelve a Marruecos y Tunicia por dos de sus cuatro lados (lo mismo que en parte a Libia) y toca por un borde a las fronteras del Sahara español. Claro está que en lo demográfico no existe la misma hegemonía, pues los 9.383.000 habitantes de Marruecos exceden a los 9.140.000 de Argelia, y luego Túnez o Tunicia tiene 3.600.000. Pero Argelia pesa también sobre el resto por varios motivos humanos, como el de la mo-

vilidad. Esta movilidad procede, sobre todo, de características climatológicas, pues mientras a un lado la mayor altura de las cordilleras marroquíes y la influencia del Atlántico multiplican en el país de los Sultanes los núcleos agrarios de radios limitados, y Tunicia, abierta de par en par al Mediterráneo es país de grandes pueblos entre olivares y huertos, sobre Argelia el predominio del desierto, las estepas y los cerros pedregosos hizo siempre que la mayor parte de la población arraigase poco sobre los suelos. Hasta hace sólo unas cuantas decenas de años más de la mitad de los antiguos argelinos (es decir, los musulmanes) vivían agrupados en grandes tribus errantes que iban de un lado para otro acampando bajo toldos de lana negra y empujando delante de ellas rebaños de decenas de millares de cabezas de ganado, pues las ovejas y los camellos al ir pastando arrastraban a sus dueños detrás y en busca de las hierbas. Después la extensión de la gran colonización francesa, al desarrollar cultivos industriales oficiales de exportación como el vinícola, redujo el radio de acción del pastoreo de las tribus, que en parte se hicieron cerealistas de poco rendimiento. Pero entonces se desarrolló la emigración temporal a los centros fabriles de Francia de una mano de obra argelina no especializada, con predominio de los campesinos ocasionales, que aprovechaban los largos meses de paro entre sus pobres recolecciones para ir a las minas del Rhin o a descargar en los puertos de Argel y Marsella.

EL PAIS DE LAS OCASIONES PERDIDAS

Las particularidades físicas de la climatología y el predominio de las zonas abiertas sobre las de agricultura recogida, influyeron también en la organización política de Argelia antes de la penetración francesa. Mientras Marruecos prolongaba las formas de los Imperios medievales de España musulmana y la «Regencia» de los Beys de Túnez era un antiguo Virreinato turco convertido en Principado, Argelia no era un Estado museo como el antiguo

marroquí ni un puente hacia el Oriente otomano como el tunecino, sino una dispersión de pequeñas ciudades navales en la costa y en el interior una confusión de tribus sueltas, con alguna que otra pequeña taifa religiosa en las zonas de oasis desérticas. Así después de que la conquista francesa suprimió en 1830 las pequeñas «bacerás de puente turcas de Argel u Orán, tuvo todo el terreno libre para organizar Argelia sin el peso de tradiciones estatales locales como las marroquíes y en parte la tunecina. Hasta el punto de que el mismo nombre de «Argelia» fué inventado entonces en París y se puso en uso desde el 14 de octubre de 1839.

Pero en vez de servir como campo de experimentación dispuesto para el desarrollo de fórmulas adaptadas a las realidades objetivas según el más puramente cartesiano espíritu francés, Argelia resultó el sitio donde más se notaron los vaivenes de los cambios de regímenes y ministerios en la capital francesa. La ocupación provisional, la ocupación restringida, la conquista violenta, el «reino árabe», el dominio colonial, la equiparación a Francia departamental, la autonomía administrativa y varias fórmulas más se intentaron no sucesivamente, sino pugnando unas fórmulas contra las otras, ensayándose todas a la vez y restableciéndose hoy lo que ayer se había desechado. También respecto a los habitantes autóctonos musulmanes, tan pronto se pensaba en darles tratos de raza deprimida como en elevarles a los privilegios de la ciudadanía francesa, en establecer con ellos un reparto de atribuciones o en expulsarles hacia el desierto. Varias de las fórmulas más pacíficas hubieran sido, en realidad, útiles si se hubiesen aplicado con continuidad. Pero cuando se quiso hacerlo ya era demasiado tarde. Así Argelia es, sobre todo, «el país de las ocasiones perdidas».

En el verano de 1930 yo me encontré casualmente con una de esas ocasiones perdidas. Llegando al puerto de Argel, desde Marsella, al entrar en la redonda bahía azulada un poco brumosa, la ciudad justificaba una vez más su nombre de colgada; porque casi todas las casas de la mayor parte de sus barrios descendían de prisa desde unos montes ha-

ta la ribera de los muelles, llenando de edificios unas veces grises, otras veces blancos, las ásperas pendientes que en los barrios nuevos tenían, en vez de calles, escaleras, y en los viejos callejones de la Casbah se decolaban a veces por verdaderos despeñaderos. Pero en aquel año había un nuevo elemento sobre aquel paisaje urbano y marino que parece una decoración. Era la profusión de banderas, banderines, gallardetes, etc., que festejaban el centenario de la conquista.

También se cumplían entonces los treinta años del último de los diversos regímenes administrativos locales, en el cual tres departamentos iguales a los de Francia metropolitana coexistían con el mando de un gobernador general de atribuciones coloniales y con una especie de asamblea parlamentaria de restringidos usos financieros, en la cual figuraban algunos representantes musulmanes. Ambas conmemoraciones confluían en la celebración de un sistema en el cual, una vez terminada la total ocupación al comenzar el siglo XX, se había hecho que los territorios argelinos estableciesen un cuadro completo de aprovechamiento planificador. Pero, en ese cuadro, a los antiguos habitantes del país sólo se les había reservado un papel de paisaje de fondo. También podía decirse que eran los coros de una representación en la cual nunca se les daban papeles de actores destacados. Pues en la valorización del suelo, lo mismo que en la organización social, en lo urbano de las grandes ciudades, etc., eran, sobre todo, utilizados como mano de obra.

Ese estado de cosas había arraigado por el silencio, por la rutina y por la existencia del código especial llamado «Indigenato», según el cual, los antiguos habitantes tenían mayores restricciones, menores sueldos y mayores castigos que los otros habitantes, aunque no menos obligaciones. Sin embargo, algunos de los antiguos argelinos musulmanes se habían elevado infiltrándose en el sistema administrativo oficial por medio de las escuelas francesas y sólo en lengua francesa, o también por méritos adquiridos como combatientes de la guerra de 1914; aunque su elevación y equiparación a los franceses metropolitanos era por concesiones a los individuos sueltos, no a grupos ni a comunidades de la masa del pueblo musulmán no «emancipado» jurídicamente y que seguía bajo indigenato restringido. En todo caso, se entendía que las posibilidades de redención para las masas musulmanas sólo estaban en la extensión a un número cada vez más amplio de personas de las ventajas de la cultura francesa o los usos franceses y el espíritu de lo nacional francés, que para los argelinos (escasos de tradiciones nacionales unitarias árabes) era entonces sinónimo de la modernización y las mejoras. Pero en aquel famoso verano de 1930 debajo de las banderas y gallardetes comenzaron a sonar párrafos de discursos en los cuales se exaltaba el hecho de la fuerza en la conquista militar de un siglo atrás, a la vez que se recalcaban las diferencias de «vencedores» y

En la región de Spax se extiende el olivar más grande del mundo. El trabajo español ha hecho las mayores cosas de cultivos fijos del Africa del Norte.



«vencidos». E inmediatamente nació sobre el suelo argelino, como reacción a esos discursos, el primer movimiento político local musulmán, que tuvo la curiosa particularidad de ser un nacionalismo al revés, es decir, no hacia fuera, sino hacia dentro; no para separarse del sistema francés, sino para meterse más dentro de dicho sistema, suprimiendo las discriminaciones y las diferencias impuestas. Entonces me decía en Argel un médico musulmán (pues gran parte del despertar argelino lo iniciaron médicos y farmacéuticos): «Ya que tenemos las mismas cargas, queremos también tener los mismos derechos.» Y los portavoces de aquel movimiento musulmán asimilacionista (algunos de los cuales se calificaban con satisfacción con el nombre de «musulmanes franceses») estuvieron hasta el estallido de la segunda guerra mundial reclamando el programa de igualdad con representación proporcional de los musulmanes en el Parlamento de París. Pero en París se le decía: «Vosotros sois árabes, no franceses.» Y así para Francia transcurrió la mayor «ocasión perdida».

Después de transcurrir más de diez años, es decir, a finales de 1940, volví a pasar por Argel, que entonces estaba bajo régimen de Vichy, sin observar grandes diferencias en el programa de los portavoces de los élites musulmanas, pues (aparte los dos importantes grupos más nacionalistas de los Ulemas tradicionalistas y el movimiento obrerista autóctono del P. P. A.) predominaba aun la tendencia de decir a los gobernantes de Francia: «Queremos ser iguales a vosotros.» Pero el desembarco norteamericano en África del Norte, desde noviembre de 1942, precipitó los acontecimientos, a la vez que se fueron acentuando las contradicciones, como la de que, habiendo desempeñado Argel el papel de capital de la «Francia libre» y de Francia en general no se hubiese contado con los antiguos hijos del país, pues el almirante Darlan rechazó en diciembre de 1942 un manifiesto que le presentaron algunos de los portavoces argelinos autóctonos más asimilados a la metrópoli, y en septiembre de 1953 varios de los referidos portavoces fueron encarcelados por orden de las autoridades degaullistas. Entonces París volvió a perder una nueva ocasión, porque todos los sectores políticos musulmanes organizados se corrieron hacia el autonomismo, pidiendo un Estado nacional argelino, aunque no en contra de Francia, sino integrado dentro del sistema de la «Unión Francesa», lo mismo que los antiguos Dominios ingleses dentro del sistema británico. No consiguieron más que el Estatuto argelino de 1947, que fue fruto de un menguado compromiso entre sus deseos y el centralismo parisiense. Pero ni siquiera el Estatuto de 1947 llegó a aplicarse nunca íntegramente, y por eso llegó la insurrección armada que comenzó en 1953.

UN SEGUNDO MUNDO NORTEAFRICANO DE TRABAJADORES ESPAÑOLES

Entretanto que en los países del Atlas o Berbería se desarrollaba la ruidosa historia, externa y visi-



Túnez, «hija de Sevilla», donde una extraña Giralda local se suspende en el aire, apoyándose sobre los techos de las casas contiguas



Los trabajadores españoles fueron esenciales para levantar los nuevos barrios de Casablanca

ble de la colonización y absorción francesa, con las diversas reacciones de las masas de población de lenguas árabe y «kabila», las tendencias muchas veces seculares de los movimientos humanos en los países complementarios que van de los Pirineos al desierto volvían a poner en marcha los movimientos emigratorios españoles medievales. Mientras las tropas de Francia con otras fuerzas indígenas y de la Legión Extranjera ocupaban territorios y esta-

blecían administraciones departamentales, miles y miles de hijos de las provincias de Valencia y Alicante, de Murcia o Almería y las Baleares, llegaban a la vez para la gran labor silenciosa, pero magnífica, de recrear la riqueza de un país desgastado por varios siglos de disgregación tribal. Esos braceros españoles sanearon zonas pantanosas en unas partes y ganaron terrenos al desierto en otras, además de ser los primeros obreros de las nuevas industrias,

los restablecedores de muchas artesanías, y los elementos indispensables de grandes actividades como la construcción de modernos edificios. Al cabo de un siglo y cuarto de tal labor quedan aun en Berbería central 93.000 españoles con tal ciudadanía. Pero eso no da idea de la importancia que tuvieron, pues, los descendientes de muchos de ellos fueron absorbidos al cabo de varias generaciones por las escuelas francesas, hasta el punto de que, por ejemplo, en el departamento de Gran el fondo más denso de los «neofranceses» o «neos» locales son de origen español. Otras decenas de millares fueron los que no dejaron huellas ni descendencia porque los saneamientos de zonas de endemias y epidemias y otras causas diversas hacían entre ellos estragos, pero otros que venían detrás continuaban su obra gracias a la cual no sólo se modernizaba el suelo, sino que surgían nuevas poblaciones. Y mucho de eso ocurrió también al organizar en Marruecos la zona francesa, donde los trabajadores españoles fueron esenciales al levantar los nuevos barrios de Casablanca y Rabat.

«¡Aquí los andaluces lo hacen todo, y todo lo construyen!», decía nada menos que hace seiscientos y setecientos años algún que otro historiador de lengua árabe observando como durante el Imperio almohade y los Estados musulmanes occidentales que se sucedieron hasta mucho después de la desaparición del reino de Granada se llenaron de inmigrantes que llegaban desde la España cristiano-musulmana entonces llamada «Al Andalus», no sólo procedentes de Córdoba, Granada y Sevilla, sino de Toledo, Badajoz, Valencia y hasta Tortosa, fueron los que levantaron palacios y mezquitas, murallas, puertos monumentales y alcaicerías; los que introdujeron las artes artesanas de cueros, cerámicas, metales, tapices, maderas, decorados, etc.; los que escribieron los textos enseñados en las Universidades musulmanas; los que crearon vegas de huertas e hicieron arraigar cultivos fijos en zonas de tribus. Además, fundaron ciudades en Marruecos, Argelia y Túnicia, tales como Tetuán, Xauen, Orán, Ugdá, Tenes, etc., además de hacer o rehacer partes de Fez, Marrakex, Argel, Tiemcen, Bizerta y muchas pequeñas localidades rurales. Muchos más llegaron con las expulsiones de los moriscos bajo Felipe III. Por el desgaste del ambiente casi todos esos hispano-musulmanes se fundieron y mezclaron en el ambiente hasta que sus descendientes fueron llamados «marroquíes», mauresques, «turcos», «tangarinos» y otros diversos nombres tan convencionales como el de «neos» de sus compatriotas cristianos del siglo XIX absorbidos en lo francés.

No ha sido, sin embargo, una pura pérdida la fusión de ese segundo mundo norteafricano continuo y persistente de los trabajadores españoles en los ambientes de Berbería, pues ellos han servido como elemento de unificación de poblaciones y de mejor adaptación a los suelos. Desde el primer punto de vista es evidente que la acción de la cultura andaluza de lengua árabe facilitó la arabización norteafricana fun-

diendo a españoles y bereberes, a árabes del Oriente, turcos, negros, algunos judíos y emigrantes europeos, en normas uniformes como aquellas en que se apoyan tanto el Estado marroquí (lejano sucesor de los almoravides y almohades de forma sevillana) como el Estado tunecino que fundó un Rey de taifá de Sevilla. Desde el segundo punto le vista ya hemos dicho que el trabajo español ha hecho en Africa del Norte las mayores zonas de cultivos fijos, como la Oranía en Argelia, el valle del río Meyerda en Túnicia.

EN ARGELIA NO HAY UN TRONO

Hace algunas semanas que en Madrid y en el edificio de la calle de Medinaceli que contiene algunos de los Institutos del Consejo Superior, cierta conocida asociación de estudios internacionales congregaba numeroso público para escuchar la exposición objetiva de un español de Argelia, el cual hacía notar cómo en el país central de Africa del Norte el haberlo hecho todo de nuevo en el aspecto humano porque no existían tradiciones nacionales fijas anteriores, permite construir libremente una posible «Argelia nacional» aprovechando a la vez los factores norteafricanos, árabes, españoles y franceses. «En Argelia no hay un Trono», se ha dicho como expresión de lo original de un país donde hasta la formación del nacionalismo de los grupos musulmanes más exacerbados se ha iniciado a través de escuelas civiles de formas europeas. Si las luchas actuales de la «Resistencia» guerrillera y la represión militar no hubiesen sacado de quicio la evolución natural, Argelia debería haber llegado a una autonomía o independencia interna compatible con la Unión Francesa; estableciendo una convivencia de ciudadanos musulmanes cristianos y judíos dentro de un espíritu común de una cultura creada por usos del mismo estilo de los pueblos mediterráneos.

En enero del corriente año el «Frente Nacional de Liberación», ya decía que en Argelia debía establecerse un «Estado argelino soberano democrático y social, sin distinción de raza ni de confesión», aunque siguiendo una línea estatal del Islam admitían la existencia de los cristianos nacidos en Argelia que quisiesen pasar a

ser «argelinos». También es de notar que en el uso de los musulmanes está allí muy difundido el nombre de «Kif Kif» (igual, igual). Dado a los españoles, sobre todo los de condición modesta, para expresar que ninguna diferencia ni oposición naturales les separan de los argelinos antiguos. Y el citado expositor español de Argelia en el centro madrileño ha hecho constar que: «Argelia está ahí, al lado de ese Camino Real que es el Mediterráneo, con una economía muy semejante a la del Levante español. España ha aportado mucha sangre y muchos brazos a su constitución como país civilizado, y esa sangre y esos brazos seguirán en su día constituyendo una gran parte del funcionamiento demográfico de la futura nación».

ORGULLO EN LA TIERRA MORÁ

Más allá de Argelia y de su capital colgada al borde de los cerros de la bahía, está toda blanca y tendida en un llano entre lagunas la ciudad de Túnez «hija de Sevilla», donde una extraña Giralda local se suspende en el aire apoyándose sobre los techos de las casas contiguas. Y Túnez es otro ejemplo claro de lo continuo en las utilidades del factor español, pues si los moros y moriscos de Valencia, Zaragoza, Tarragona y Triana hicieron o rehicieron allí la mitad de los pueblos y ciudades, entre 1945 y 1955 otros españoles cristianos de Valencia y Murcia han transformado de nuevo la estructura urbana de la capital en sus barrios musulmanes de un modo muy curioso.

Así, dando vueltas y revueltas a través de los cambios y las contingencias del resto del Norte de Africa no marroquí, se viene siempre a parar en la necesidad de revalorizar el factor geográfico inmutable; ese factor que hace paralelas las posibilidades de las dos riberas del borde más al Oeste del Mediterráneo, lo mismo frente a Algeciras que frente a Palma de Mallorca. Tanto porque los climas y suelos semejantes aconsejan que en la salvación de los campos norteafricanos se utilicen los métodos y la técnica españoles, como por la necesidad de que los Estados independientes, como el marroquí y en parte el tunecino, seguirán dependiendo del factor trabajador de los españoles peninsulares, sobre todo técnicos y obreros calificados.

Al fin y al cabo lo mismo que el sur de Italia fué una vez para los griegos clásicos el «Far West» occidental más ancho y estimulante donde su civilización se extendía. España, junto con Africa del Norte, fué en el apogeo de la civilización árabe próxima-oriental su Extremo Occidente de mayor anchura y mayor vigor. Así España y Berbería siguen siendo juntas, para los egipcios, los sirios o los iraquíes, su propio Occidente, su «Maghreb», todo eso que en el uso popular antiguo español se conocía como «tierra mora», lo mismo al borde del Ebro que al del azul golfo tunecino de Gabes y los Gelbes con evocaciones de Cervantes. Y el sentimiento de la «tierra mora» común es además un factor vivo actual del Norte de Africa ante el resto del mundo árabe en el cual impone su originalidad.



La vieja «medina» de Túnez recorda a sus hermanas mayores, las ciudades andaluzas

TEATRO AL AIRE LIBRE

1956

Compañía "Lope de Vega"

Director: **JOSE TAMAYO**

O B R A S

"Cyrano de Bergerac" "Proceso de Jesús"
"Fuenteovejuna" "Tyestes"
"Los intereses creados" "El gran teatro del mundo"
"El Alcalde de Zalamea" "Edipo"

I N T E R P R E T E S

Manuel Dicenta Ana María Méndez
Andrés Mejuto José Bruguera
Ana María Noé Társila Criado
Alfonso Muñoz José Codoñer

y la colaboración de

Aurora Bautista — Francisco Rabal — María Dolores Pradera

GRANDES REPRESENTACIONES EN:

Teatro Romano de Mérida — Fuenteovejuna — Alcalá de Henares

| | | | |
|---------|----------|------------|------------|
| Toledo | Avila | Burgos | Gerona |
| Jaén | Santiago | La Coruña | Zaragoza |
| Cáceres | Vitoria | Palencia | Huesca |
| León | Valencia | Oviedo | Pontevedra |
| Orense | Alicante | Salamanca | Ferrol |
| Zamora | Gijón | Valladolid | Soria |
| Vigo | Bilbao | Albacete | Melilla |
| Segovia | Almería | Lugo | Ceuta |

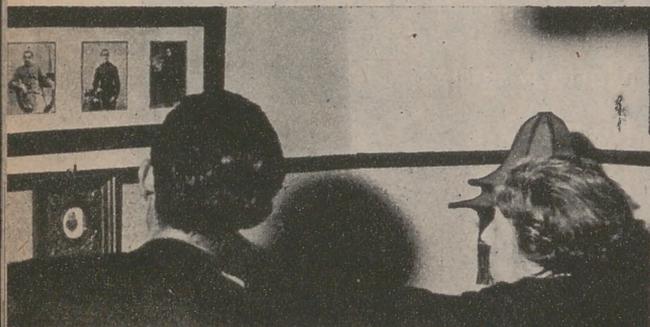
y la **Primera Gran Semana del teatro en San Sebastián**

UN PERSONAJE IMPORTANTE

GLORIA MONCADA FUNCIONARIA JUBILADA

ESTUVO EN LA AVANZADILLA DE LAS
MUJERES QUE SUPIERON CONQUISTAR
NUEVOS HORIZONTES PARA
EL TRABAJO FEMENINO

Sus compañeros del Cuerpo Técnico
Administrativo del Ministerio de
Asuntos Exteriores le han rendido un
homenaje



No hace muchos días, en un salón del hotel Victoria de Madrid, más de cien personas se reunían para celebrar un homenaje. En la mesa presidencial, el director de Organizaciones Internacionales del Ministerio de Asuntos Exteriores, algunos jefes del Departamento y en el centro una mujer de setenta años. El homenaje es cálido y sentido. Hay frases de cariño, de admiración y de despedida. A los postres, el director de Organizaciones Internacionales, señor Aniel Quiroga, impone a la agasajada el lazo de la Orden de Isabel la Católica. Es un premio que se concede a la dama por sus servicios al Estado: un servicio diario que ha llenado justamente treinta y seis años en la vida de esta mujer. La dama se llama Gloria Moncada Blanco.

El día 3 de junio de 1920 la señorita Gloria Moncada ingresa como funcionaria del Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y el día 24 de abril de 1956 la señorita Moncada recibe su jubilación. Es la primera jubilación de un funcionario femenino del Cuerpo Técnico Administrativo en el Ministerio de Asuntos

Gloria Moncada nos muestra sus recuerdos y nos evoca su vida

Exteriores. Y posiblemente sea algo más. Gloria Moncada está en la avanzadilla de las mujeres que supieron conquistar un pedazo de terreno de una tierra que entonces a la mujer le estaba casi vedado: un puesto en la Administración pública y una máquina de escribir en la mesa de una oficina.

La señorita Gloria Moncada, aunque ella lo dice, y lo dirá también el «Boletín Oficial» del día de su jubilación, ha cumplido ya sus setenta años, pero no lo parece. A la puerta de su pequeño palacete, la señorita me recibe con una sonrisa y una pregunta:

—Pero ¿usted cree que yo soy un personaje importante?

Gloria Moncada viste de negro, cano el cabello, una expresión de bondad en su rostro y unos ojos vivos que desmienten los años.

—Usted lo que tiene que hacer es no preguntarme mucho, porque de memoria ya no anda una bien.

«EN CASA, TODOS ERAN MILITARES»

El palacete de la calle de Jorge Juan está cubierto de enredaderas, acacias, un seto alto que le rodea con la geometría perfecta de un jardín andaluz.

—Hace veintiocho años que vivo aquí. Me mudé cuando todavía vivían mi madre y mi hermana. Mis cuatro hermanos eran todos militares y todos murieron muy jóvenes: Manuel, que murió cuando la guerra de Cuba, en la acción de Cacajicara; Jaime, que era ayudante de mi padre, y murió cuatro meses después que él; Carlos, capitán en Gerona y cuarto cuando la gripe del 20, y el más pequeño, Luis, que muere cuando sólo le faltan dos meses para salir de teniente de la Academia de Infantería de Toledo. Yo nací en Puerto Rico, en San Juan. Allí estaba mi padre de teniente coronel del Estado Mayor español. Aunque nacido en Valencia, él pertenecía a los Moncadas catalanes y baleares, que después se extendieron por las provincias de Levante, por Murcia y Cartagena. Mi madre era de Granada y fue la última de la familia que me que-



Dos fachadas del Ministerio de Asuntos Exteriores. El palacio de Santa Cruz luce desde hace unos años nuevas torres

dó. Murfó aquí, en esta casa, hace ahora quince años.

—¿Vive usted sola?

—Sí. Completamente sola. Una muchacha me hace las cosas de la casa.

Hemos entrado a un pequeño saloncito lleno de flores, de pequeños y recortados estantes cargados de libros y repartidos por los cuatro rincones de la habitación. De las paredes cuelgan cuadros con escenas de guerra, que recuerdan a los famosos tapices de Goya. Fotografías de seres queridos. Falta el retrato del soldado de Cuba con el puro en la mano, la silla y la maceta, porque los Moncadas tuvieron siempre buen gusto. En esta habitación pequeña hay todo un símbolo y una historia, de un trozo entrañable de la vida de España. En el centro del testero, de frente, un señor de bigotes pulcramente retorcidos, que viste con las insignias y uniforme de general del Ejército español.

—Este es mi padre. Se llamaba Luis. Estuvo varias veces en Cuba y murió de general de división, siendo Gobernador Militar de Cartagena en el año 1908. La primera vez que vinimos a España después de nacer yo, apenas tenía un año, y recuerdo que mis padres contaban muchas diabluras mías durante la travesía. Llegamos a Santander; después, a Madrid, a Jaca, otra vez a Cuba; de nuevo en Madrid, en Valencia y últimamente en Cartagena.

La señorita Moncada recuerda aquellos días de sus quince años en el Club Náutico de Cartagena. Como hija de militar, tuvo esa vida nómada por lugares exóticos y provincias españolas, que ahora, y pese a su advertencia de que de memoria no andaba muy bien, recuerda con pintorescos detalles que ya tienen casi sabor de historia. De pequeña comenzó sus estudios en Madrid, en el colegio de Marie Terese, con unas monjas francesas. En Valencia

estudia con las mismas monjas, en el colegio de Nuestra Señora de Loreto.

—Cuando nos quedamos solas mi madre, mi hermana Magdalena y yo, tuvimos las hermanas que colocarnos para poder llevar adelante la casa. Fíjese, a mi madre, como único retiro de la paga de general de mi padre, le habían quedado solamente trescientas pesetas, y a pesar de que aquellos eran otros tiempos y el dinero dicen que tenía otro valor, trescientas pesetas no eran más que sesenta duros. Apenas si teníamos para pagar el alquiler de la casa de la calle de Hermosilla donde entonces vivíamos. A mi madre, allá por el año 26, le había dado el Gobierno la Cruz del Sufrimiento por la Patria. Comenzamos a prepararnos para algunas oposiciones en una academia de la calle de la Montera, que ya no recuerdo cómo se llamaba. Lo que sí recuerdo muy

bien es que éramos nosotras solas las mujeres que había en la clase. Cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores convocó para unas plazas vacantes oposiciones restringidas, en ellas me presenté yo. Mi hermana Magdalena fué unos días más tarde a unas oposiciones en la casa de la Deuda y Clases Pasivas.

MAQUINA Y TAQUIGRAFIA, DOS ASIGNATURAS PRINCIPALES

Se celebraban los exámenes en un salón del mismo Ministerio de Asuntos Exteriores, en la plaza de Santa Cruz. Poco antes el Ministerio había estado en unas dependencias del Palacio Real. Con Gloria Moncada, se presenta otra señorita, Amparo García Suárez. Son las dos únicas mujeres.

—Antes, para nosotras todo eran dificultades. Existía la creencia de que la mujer debía quedarse en casa para remendar y zurcir calcetines, o en todo caso para tocar el piano en las fies-



Una actitud de Gloria Moncada durante la entrevista



Una fotografía de otros tiempos refresca la memoria de la funcionaria jubilada

tas particulares de sociedad y pintar acuarelitas. Cuando más, si se veía obligada a vivir de su trabajo, se hacía modista, sombrerera, florista o maestra nacional. De entonces a esas chicas guapas y simpáticas que están hoy detrás de un mostrador en una cafetería, ha llovido mucho y han tenido que pasar muchas cosas. Como un acontecimiento recuerdo que cuando aprobamos mi compañera y yo vinieron todos los periodistas de Madrid y salimos retratadas en los periódicos.

—¿Cómo fueron aquellos exámenes?

La señorita Gloria Moncada se sonríe y hace un gesto muy significativo con sus manos.

—Entonces la cosa era mucho más fácil que ahora. El único idioma que nos pedían era el francés. Yo había aprendido también taquigrafía, que después me valió de mucho. Hasta le debo a ella que me subieran el sueldo. Del Tribunal recuerdo al Subsecretario de entonces, don Emilio Palacios, y el que más tarde había de ser jefe de mi sección, don José de Londecho y Allendesalazar. El día 3 de junio de 1920 salieron las listas de aprobados, y allí estaba mi nombre casi al principio del papel. La mecanografía era de lo mejor que se me daba. Llegué a tener las mismas pulsaciones que creo piden ahora en las oposiciones más exigentes. Cuando ingresé había ya cumplido treinta años. Tampoco era ninguna niña, porque antes, mientras vivieron mis hermanos y mi padre, a nadie de la familia se le había ocurrido que algún día tendríamos la necesidad de vivir en casa de los sueldos de las dos pequeñas.

SIETE MINISTROS EN LA CARTERA DE EXTERIORES

En la Oficina Española de la Sociedad de Naciones del Ministerio de Asuntos Exteriores hay una mesa que durante muchos años la ocupará la señorita Gloria. En 1920 es Ministro el marqués de Lema. Don José Londecho es el jefe de la Sección. Cinco años más tarde, de la Sociedad de Naciones, donde había ingresado como oficial de tercera clase, pasa a la Subsecretaría con don Fernando Espinosa de los Monteros. Cuando Primo de Rivera se hizo cargo de la car-

tera de Asuntos Exteriores, la señorita Moncada trabaja a las órdenes de don Bernardo Almeida. Para estas cosas puramente administrativas los setenta años de la señorita Gloria han perdido mucha memoria.

—No recuerdo si entonces era Ministro González Ontoria o el duque de Alba. Quizá sería el conde de Romanones. Después me pasaron a la Sección de Política, con el conde de San Esteban de Cañongo. Sí, creo que esto era cuando el duque de Alba, porque entonces fué cuando se marchó Almeida de la Sección.

En los treinta y seis años de servicio Gloria Moncada ha recorrido muchos departamentos. Su nombre ha subido muchos puestos en la lista del escalafón. Funcionaria ejemplar, a lo largo de estos treinta y seis años sólo en dos ocasiones, en que una enfermedad grave la retiene en cama, la señorita Moncada se ve obligada a faltar en su oficina. Sus compañeros recuerdan su asistencia y puntualidad en el trabajo.

—Cuando el conde de Jordana fué Ministro yo estaba en Consulares. Más tarde pasé con él a su Secretaría y allí estuve hasta que el conde murió por el año 43. Después, unos años en Pasaportes, con don José de Lequerica, y últimamente volví a la misma sección en que ingresé a mis treinta años, sólo que ahora el nombre ha cambiado. Mi primitiva sección de la Sociedad de Naciones se llama Organismos Internacionales.

—¿Cuándo había más trabajo en la Sección?

—Ahora se trabaja mucho más y con más intensidad. Entonces apenas si había asuntos diarios que despachar. El trabajo arrechaba al pajar. El trabajo arrechaba a diez o quince últimos años las cosas habían cambiado de la noche al día. Sobre todo, desde que España ingresó en la O. N. U., en mi departamento no hay tiempo para el descanso.

LA JUBILACION NO MATA LAS ILUSIONES

Cuando le llega la jubilación, la señorita Gloria Moncada Blanco es jefe superior de Administración Civil de primera clase. En el escalafón queda ya sólo una última categoría de ascensos por alcanzar.

—Cuando ingresé ganaba 50 duros. Mi última paga en activo venía a ser de una 2.500 pesetas. Ahora todavía no sé el retiro que

me quedará. Lo que siento es que después de tantos años, sólo por unos días, me he quedado fuera de la última subida económica a los funcionarios.

La señorita Gloria ha dicho estas últimas palabras con el dele de un poquitín de tristeza; pero su cara, sus ojos, siguen alegres y risueños como siempre.

—Yo nunca me había aburrido en la vida. La oficina daba su trabajo y sus preocupaciones. Ahora me dedico a hacer lo que no he tenido tiempo para dedicarme en estos treinta y seis años; organizo la casa, me preparo las comidas, algunos ratos para coser y miles cosas que antes no podía atender con mi trabajo. Muchos días me paso de visita por la oficina. Los compañeros me quieren mucho y allí tengo muy buenas amigas y muy buenos amigos. Algunos días, Julián Gómez y Atanasio García, que están en el Archivo de Organismos Internacionales, donde yo trabajaba, me llaman por teléfono, y algunas tardes vamos al cine o al teatro. Las amigas suelen venir a casa a tomar café y a charlar un rato conmigo. Yo soy la más vieja de todas; pero ellas dicen que no lo pasan mal a mi lado.

Como en sus mejores años, la señorita Moncada tiene ahora sus proyectos de viajes, de excursiones y de hacer algún arreglo que otro en su casa.

—Todo depende de mi habilitado, de las perras que me quedan de retiro. Siempre me ha gustado viajar. Los viajes, el cine, el teatro, la lectura y las flores han sido siempre mis mayores diversiones.

Mientras habla, la señorita Moncada mira un manojo de rosas y claveles frescos en un artístico jarrón que preside la habitación y aquellos estantes llenos de libros, de novelas y de revistas que cubren los testeros.

—Todavía me acuerdo muy bien de aquellas películas del cine mudo que se proyectaban en varias jornadas, como «La moneda rota», «El proceso de Clemensó» o las historietas de la Bertini.

—¿Qué novelas le gustaban más, las de ahora o las de su tiempo?

—Yo no sé si va usted a pensar mal de mí, pero muchas novelas de ahora me cuesta trabajo entenderlas. A mí me siguen gustando más aquellas novelas de Galdós, de Pereda, de Palacio Valdés, de la Pardo Bazán, de Concha Espina y las poesías de Rubén Darío, de Gabriel y Galán, y hasta las de Campoamor. Y no miente, porque entre los libros de su biblioteca salen los títulos de «El tren expreso», «Poesías extremeñas», «Azul», «La niña de Luzmel», «La esfinge maragata», «El cisne negro», «Riverita», «Los majos de Cádiz» y «La hermana San Sulpicio».

—Por las tardes, cuando hace mal tiempo, me quedo en casa y releo las novelas de mi juventud. Otros días al cine o al teatro.

La señorita Gloria Moncada me acompaña hasta el jardín que rodea su casa.

—Las flores, éstas son ahora mis mejores amigas. Los jardines hay que mimarlos como si fueran niños pequeños.

Ernesto SALCEDO

(Fotos de Mora.)

LA PRIMERA HERMANDAD DE TORREVEJENSES AUSENTES
HA SURGIDO EN EL BARRIO MARINERO DE LA BARCELONETA

TORREVIEJA,

(Capital Barcelona)

LIMITA AL OESTE CON CARACAS



El coro de la naciente Hermandad cantando populares habaneras



Los marinos de Torrevieja son... Lea usted lo que dice Anastasio



Uno de los salones del local de la Hermandad en un día festivo

UNO, por llevar más de un cuarto de siglo en el ejercicio del periodismo, se cree con notoria suficiencia para saberlo todo y lo bastante curtido para no asombrarse ya de nada. Por esto uno está ya un poquitín avergonzado al tener que confesar cómo a través de un periódico pueblerino, vino en conocimiento de este extraordinario aserto: Barcelona es, aparte de otras muchísimas cosas menos trascendentes, la capital de Torrevieja.

UN VALS MARINERO EN LA BARCELONETA

Claro está que el periódico no lo decía así, ni mucho menos. Aunque motivos de ufanarse no les faltan, la publicación no presume tanto. Se llama «Vista Alegre», y la editan en Torrevieja, este pueblo mediterráneo que, al decir de «Atanasio», patrón de un barco costero, y de quien se hablará más adelante «con ser muy pequeño, es más grande que Barcelona».

El aserto se desprende de los artículos y reportajes dedicados a la Ciudad Condal. Y uno, que vive en ella, tiene que enterarse, al cabo de los días, que la sub-

ciudad pesquera de la Barceloneta —no decimos barriada porque según el último censo tiene 70 000 habitantes— ha nacido una Hermandad de torrevejenses, medida por el mismo mar y al ritmo de las habaneras, hoy incor-



La mascota de la Hermandad, hijo del secretario

poradas definitivamente al folklore nacional, por obra y gracia de los emigrantes de aquella población.

En la calle de Balboa, y en el número 11, una mañana primavera hicimos el «descubrimiento» de la Hermandad. Al entrar en el local —casa nueva para una Torrevieja—, un numeroso coro cantaba «La golondrina de amor», vals que viene a ser algo así como el «himno nacional» de Torrevieja. Para comprenderlo es preciso oírlo y «verlo» cantar. Las mujeres, sentadas con los brazos entrelazados, lo entonan moviéndose rítmicamente, en tanto los hombres, de pie y con las piernas abiertas, siguen idéntico vaivén cual si a bordo estuvieran. Uno, mediterráneo al fin, siente indescriptible emoción, y para disimularla pregunta:

—¿Estoy en Barcelona o navego en bergantín?

—Está usted en Torrevieja; está usted en Cuba o en cualquier barco de estos que van y vienen, costeando el litoral español y trasportando la preciada y codiciada sal que usted come todos los días, casi desde que comenzó la explotación de las salinas torrevejenses.

LA «CONSUL» Y LA HERMANDAD

Sería absurdo intentar describir ahora Torrevejeja. Otros han dicho ya en EL ESPAÑOL cuanto se puede decir de tan gran pequeño pueblo, de sus habaneras y de su idiosincrasia; pero de la magnífica familia de torrevejenses que hay en Barcelona no se ha escrito todavía la anécdota.

Este hogar surgió de la añoranza. Antes, una popular vendedora de mercado, Carmen la de la «plasa» —dicho así, con «ese», como lo exige la fonética indígena—, venía a ser una especie de cónsul femenino del pueblo. Cuantos viven en Barcelona y son oriundos de Torrevejeja, los marineros que llegaban, quienes se iban... todos tenían que acudir a ella para saber de sus amigos, paisanos o deudos, contarle sus cuñitas y rememorar viejos recuerdos. Luego, algunos, con la nostalgia pegada en el alma—y la nostalgia levantina se pega como el salobre—, pensaron organizarse en Hermandad, Hermandad, porque expresa más el vínculo que los une que no cualquier otra nomenclatura.

Surgió con el ímpetu del viento de Levante. Y la preside ese hombre polifacético que hace años lleva el timón de la difícil nave de los periodistas barceloneses: Diego Ramírez Pastor, uno de los torrevejenses más ilustres y, como tal, dado también a las grandes aventuras, y a los exagerados sentimentalismos.

QUIEN ES QUIEN

A su alrededor comparten las tareas directivas un hombre del mar varado en la Barceloneta, con su barco sobre las aguas y su negocio de velería, en tierra firme, el vicepresidente don Juan Bautista Buandes.

El tesorero merece párrafo aparte. Se llama Antonio Solano, es jefe de Recaudaciones de Radio Barcelona y no puede pasar dos meses sin visitar Torrevejeja. Sus hijas nacieron en Barcelona, pero una de ellas estuvo en el pueblo cuando tenía once años, y no se sabe a ciencia cierta qué bebedizos le dieron, pero es el caso que en Torrevejeja sigue y allí se casó. La otra, Asunción, se echó novio en Barcelona. Un locutor de la radio antes citada, ca talán de origen, y digo de origen porque ha dejado prácticamente de serlo desde que estuvo en aquel pueblo alicantino. La familia Solano le empujó a conocerlo; en Torrevejeja fué «víctima» del hechizo, y hoy, Joaquín Díez, no sólo siente, piensa y ama en torrevejense, sino que canta habaneras y «La golondrina de amor» como el más «salado» de los hijos de aquella población. Es nada menos que el solista del coro.

Otro «caso» es el del secretario, Mariano Alarcón Boj. Su esposa no puede ser más torrevejense, ya que es hija de un guardia municipal de allí y de la «conserja» de Educación y Descanso, sede de los cantores de habaneras que han popularizado el folkloré de allí y son conocidos con el nombre de los del «Alpargate». Alarcón y su esposa son

los padres de la «mascota» de la Hermandad, el pequeño de dos años que hasta hoy presumía de ser el socio más joven. Ahora ha sido desbancado porque acaban de inscribir a un recién nacido.

Siguen en la lista de directivos el vicesecretario, Antonio Lucas Vera; los vocales Emilio Clemates, Vicente Esteve, José Luis Ballester (bajo en el coro) y la vocal femenina Nieves Clares.

A esta vocal —funcionaria desde hace treinta y ocho años del Ayuntamiento de Barcelona— se debe la Sección Femenina de la Hermandad. Ha infundido en sus compañeras tal entusiasmo, que trabajan sin reposo. Una de las misiones que se han impuesto es hacer ellas —nada de comprar las cosas— una canastilla que, una vez lista, será enviada a Torrevejeja y destinada a la primera niña pobre que nazca. Esta, desde el momento de la adjudicación de la canastilla, será proclamada «ahijada de la Hermandad» y desde Barcelona cuidarán de ella hasta que se case. Incluso de vestirla.

Ropero, visitas a los enfermos y otras cosas están en marcha al impulso de esta Sección.

150 FAMILIAS, UN CORO Y UN ACORDEONISTA

Integran la Hermandad más de ciento cincuenta familias. Lo que significa, sin exagerar, unos 600 socios. Y todavía quedan muchos paisanos sin enterarse de su existencia.

Parece imposible que aglutine tanto a estas familias el sentimiento de amor a la tierra, habida cuenta de que se trata, no de una casa regional que comprende muchísimas poblaciones, sino de una Hermandad limitada a un solo pueblo, y, aún, pueblo de emigrantes. Tan contagioso es este vínculo de amor que precisamente, mientras charlábamos con un grupo, nos hicieron observar la llegada, por primera vez, de una señora y de cómo, no más entrar, se unía al coro para entonar una de las habaneras. Luego supimos que se llama Josefina Champinc, y que de tanto oír a sus amistades hablar de la Hermandad se había decidido ir a



El Patrón del «Sada», «Crispiano», con su esposa e hijo, el lobezno de mar que ha atravesado varias veces el Atlántico

ver lo que era». Y ya resuelto quedarse para siempre, sobre todo porque el coro le recordaba las rondas de cuando era mozo.

Esto del coro también tiene su aquí. Lo dirige el maestro Jose Cerdán, quien ha compuesto una habanera titulada «Añoranza» —así, con la «s» torrevejense— que viene a ser como el himno de la Hermandad y número obligado en cada actuación o ensayo.

La «orquesta» del coro la constituye un acordeón, tocado a las mil maravillas por la nieta del maestro, Rosa María Pont, que con sólo once años de edad se ha manifestado como una gran artista.

Cuando hablo al maestro y a un grupo de cantores de la emoción que me ha producido «La golondrina de amor», se empeñan en interpretarlo nuevamente y dedicármelo. Pero uno, que es gato viejo, adivina a través del gesto cordial y señor la intención de la dedicatoria, que no es otra que ésta: dedicárselo a Juan Aparicio, a quien tanto quieren por su amor, por su comprensión del alma torrevejense y cuyo recuerdo les ha traído este representante de EL ESPAÑOL. No hago, pues, otra cosa que traspasar el brindis afectivo a la persona a quien realmente iba dirigido y agradecerle a él la ocasión para adentrarme en el espíritu de estos levantinos, y a ellos el motivo.

Mientras los del coro descansan—si descansan es seguir cantando en el bar—charlamos con los Giménez, buena familia de trotamundos o surcamares. Aquí está Antonio, residente en Vigo; Francisco, capitán de corbeta en Barcelona; Vicente, que acaba de llegar de Palma y que se han congregado, como es natural, en la casa de la Hermandad. Y aún me hablan de otro Antonio que vive en Málaga. A cual más enamorado del mar, de Torrevejeja y de las habaneras que pronto vuelven a sonar a su alrededor y arrancan pucheritos de emoción a más de uno de entre los oyentes.

—¿Hay muchos cantores?—preguntamos para romper un poco esta casi religiosa tensión...

—¡Por Dios, hablen «abnico!» (bajito)—advierte el maestro Cerdán, que se dispone a dirigir otra vez.

—Pues el número depende casi siempre del barco que haya llegado, ya que todos los marineros torrevejenses vienen a engrosarlo.

—¿Hay ahora alguno de estos barcos en el puerto?

—Tres. Y queremos que vaya usted—nos invita el patrón de uno de ellos.

LA CREMA Y EL GOLFO

Pero antes debemos apurar la entrevista en tierra. Vamos a otro grupo en el que, al lado de una mujer, maestra en el difícil arte de remendar los pantalones de marinero de su marido, está Josefina Caro, modista de alta costura. Se echa de menos la presencia, hoy, de la señora De Perellada—de soltera, Concha Albentosa—; nos presentan, además, a Maruja Galiana, hija de un importante hombre de negocios y

casada con Manolo Pérez... quien está discutiendo con Emilio Clemares, alto funcionario de Aduana y vocal de la Junta, como queda dicho.

La esposa de Clemares también forma parte del grupo. Es la hija del «secretario», y se llama Genoveva Pérez. Decimos hija del «secretario» porque su padre lo fue durante años de Torrevejeja, y por el cargo era y es todavía conocido. De «secretario», allí no ha habido ni hay más que uno, tanto amó y ama con delectación de cotogenario, a Torrevejeja, a pesar de no haber nacido allí, sino a un suspiro de distancia: en San Miguel de Salinas.

Y en medio del grupo que podríamos decir constituye la crema de la Hermandad, surge «Pedrin».

Este es un hombre de temple, aunque trashumante y gco en un sentido nada peyorativo. Se conoce al dedillo tierras y mares exóticos y rememora los coscorrones que de pequeño había prodigado a manos llenas al que hoy es su presidente, Ramirez Pastor.

—¡Claro!— nos explica—. Y o iba al colegio con Diego. Su padre, don Diego, lo dirigía, y, como yo he sido bastante gofillo, el maestro me arreaba alguna caricia que yo, generosamente, devolvía con interés; a su hijo, que es más joven, y entonces no podía conmigo.

Ambos se ríen mucho al rememorar aquellos tiempos. Y Pedrin se empeña en invitarnos a unas «palomas»—esa bebida torrevejense, de anís y agua— y paga con un billete de cien pesetas, el más pequeño que lleva en su abultada cartera.

—No tengo cambio más que de cincuenta— le advierte el camarero.

—Entonces toma diez duros— responde Pedrin.

Y partiendo en dos el billete, deja la mitad sobre el mostrador.

LA «VEDRIOLA»

La Hermandad tiene gastos extraordinarios. La canastilla y otras necesidades de tipo asistencial. El propósito es no dar sablazos, y se cumple a rajatabla. A tales efectos tienen instalada una «vedriola»—término torrevejense que designa a la hucha—, que se llena en dos o tres domingos.

Con ello se proponen, además... Pero esto ya forma parte del futuro, y no podemos revelarlo. Del mismo modo que nada diremos del proyectado cuadro escénico, de la... imagen de la Purísima «Conesión», patrona de Torrevejeja y de la Hermandad...

Es mejor no decir más por ahora y tocar con los pies en el suelo. Aunque esto no sea más que en sentido figurado, pues, a poco, nos hallamos sobre la cubierta de un barquito velero anclado en el muelle y adonde nos han llevado para conocer a otros torrevejenses.

UN «CRUCERO» RAPIDO

Iniciamos— con Andrés, reportero gráfico torrevejense también—este breve y rápido «crucero» a bordo del «Rada de Valencia», saltando, cual piratas endomingados, por la barandilla de estribor. Su patrón, Juan Gómez,



Después de «abordar» un barco cargado de sal torrevejense, nuestro colaborador se enfrenta con la tripulación.

a quien interrumpimos en su siesta, nos recibe con ojos somnolientos, pero que se le alegran en seguida al hablarle de Torrevejeja. Nos dice que allí le llamaban «Anastasio»; que lleva embarcado desde 1913 y que la mayor parte de su tripulación es de aquel pueblo. Nos presenta al marinero Miguel Ortega y al cocinero Angel Moliner, de entre ellos. Este último dicen que hace un insuperable arroz a la marinera...

—¿Qué opina de los marinos torrevejenses?— preguntamos a «Anastasio».

—Que del mundo son los mejores y, a veces, también los más melones.

No sabemos exactamente si lo dice por la reluciente calva.

A poco estamos en otro barco, «Rada de Castellón», cuyo patrón, José Mazón Valera, aunque reside ahora en Valencia, no puede olvidar a su pueblo, que es, también para él, lo mejor del mundo. le llaman el «Seren» y nos da una lección de marinería. Precisamente se disponía a ensayar una emisora y asistimos al cambio de impresiones con la radio costera, José Boj Molero, el «Negro», nos dice que allí hay siete torrevejenses y un «forastero» de Ibiza. A éste le preguntamos qué opina de sus compañeros:

—Son unos pelmazos. No hacen más que hablar de Torrevejeja.

CANARIOS MARINEROS Y UN LOBEZNO DE MAR

El tercero de los barcos «abordados» es el «Sada». Su patrón es Crispín Martínez, el «Crispiano», que nos ha acompañado durante la visita a los demás, junto con algunos directivos de la Hermandad.

Se muestra orgulloso de su barco y de la tripulación, integrada exclusivamente por paisanos.

Es imposible atender a todos a la vez. Suenan nombres, pero más que nada los apodos el «Sipia», los «Florentinos», «Piguerrillos» y otros. Este «Piguerrillos» es el cocinero y está encantado con cierta sopa de estas que venden ya preparadas. Tanto, que la pone todos los días.

—Si la casa lo supiera—dice el patrón—yo creo que nos subvencionaría.

Nos enseñan una jaula de canarios.

—Tenemos cría de ellos. Yo creo que es el único barco con canarios marineros.

Llega una mujer con un niño. —Sin mi esposa y mi hijo, que me acompañan a menudo. Sobre todo el niño—José María Martínez Montesinos—, pues tiene tanto «selo» al mar que cuando salgo sin él coge una «lantera» de espanto.

Y, orgulloso, añade: —Tiene cuatro años y ha hecho varias veces la travesía del Atlántico.

—Dirás de un «pedasito» del Atlántico—corrige otro—, pues no hacemos más ruta que la de Larrache a Barcelona, pasando por Torrevejeja.

—Bueno, pero sumando «pedasitos» resulta un Atlántico entero.

—¿Ustedes viven en Torrevejeja?

—¡Claro que sí! No se puede vivir en otro sitio mejor.

—¿Le gusta el mar?

—Sólo hay una cosa que me guste más, el canto. Por el canto dejaría el barco. Ya de joven—y lo es mucho—cantaba habaneras a las amigas cuando íbamos de ronda. Ahora, cuando llevo, lo primero que hago es ir a engrosar el coro de la Hermandad.

LIMITES DE TORREVEJEJA

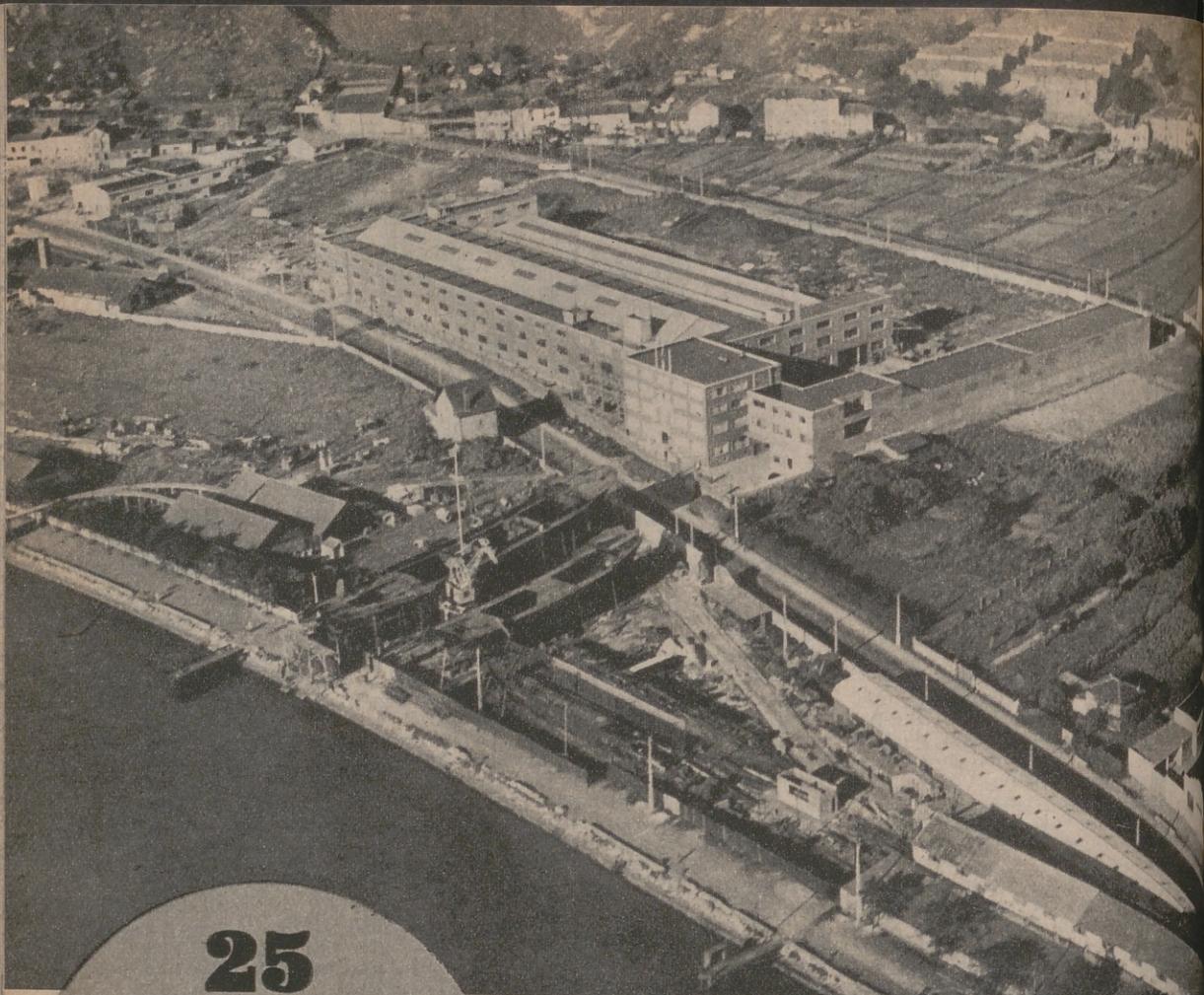
Todos estos torrevejenses sueñan con la extensión de las Hermandades por el mundo, y aun con una gran Federación que las agrupe a todas, con distintivo único e idénticos ideales. Ahora, Palma de Mallorca, Valencia, Vigo, Málaga y otras poblaciones de la Península se preparan para organizar las suyas.

Incluso en Caracas ha llegado la «añoransa». Tienen allí noticia de la Hermandad, y varios emigrantes se disponen a organizar la suya. Uno de ellos, Viriato Alarcón Andréu, es un personaje tan importante que, con sólo poner «Villa Torrevejeja», Caracas, en el sobre, le llegan las cartas.

Por esto, cuando pensamos en la nueva nomenclatura geográfica iniciada con la afirmación de que Torrevejeja tiene por capital a Barcelona, se nos viene a los puntos de la pluma esta otra:

«Y limita al Oeste con Caracas».

E. BUSQUETS MOLAS

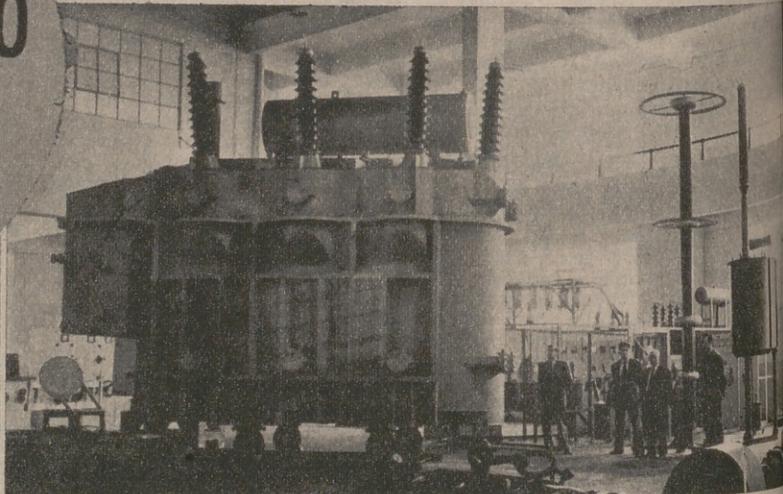


Vista panorámica de la fábrica de Erandio

25
ANIVERSARIO
1931
1956

**TRANSFORMADORES
ELECTRICOS CON
REGULACION
BAJO CARGA**

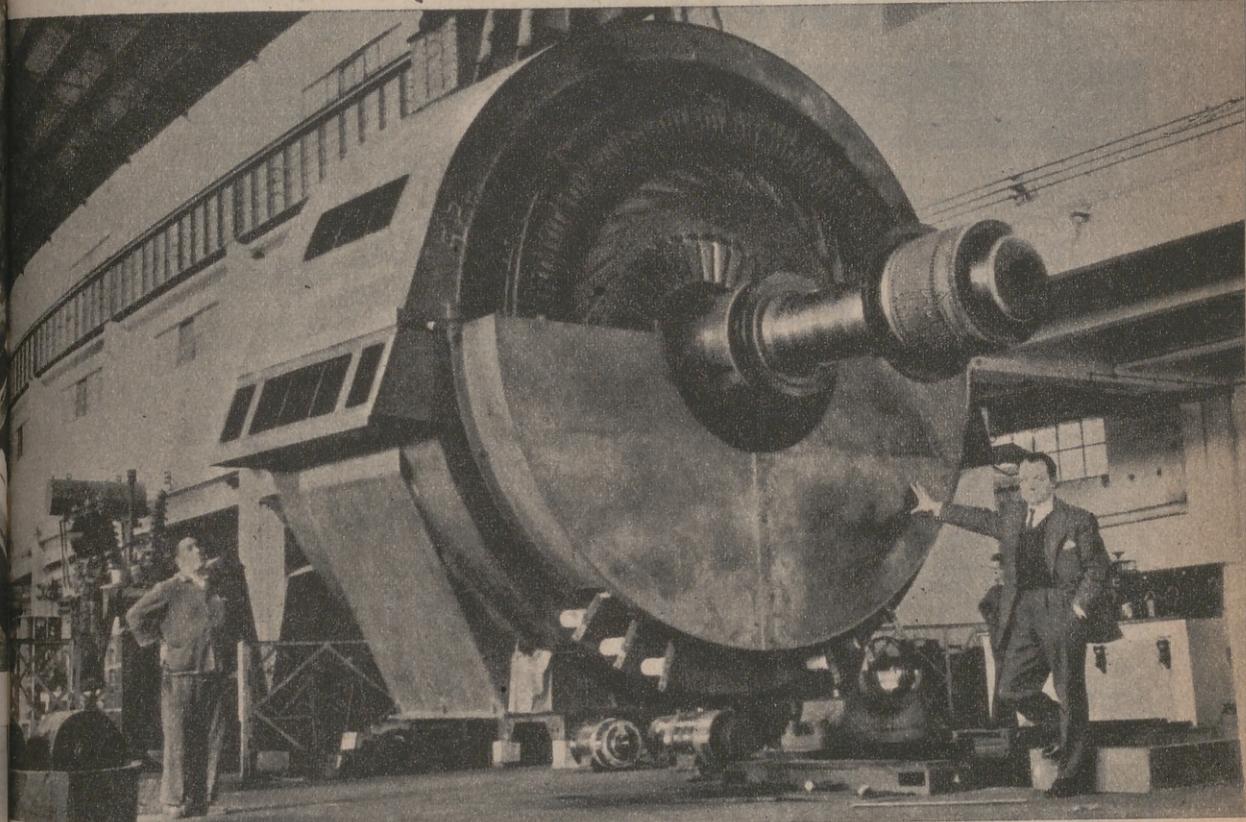
**ALTERNADORES
MOTORES ELECTRICOS
MATERIAL DE TRACCION
ELECTRICA
APARATA**



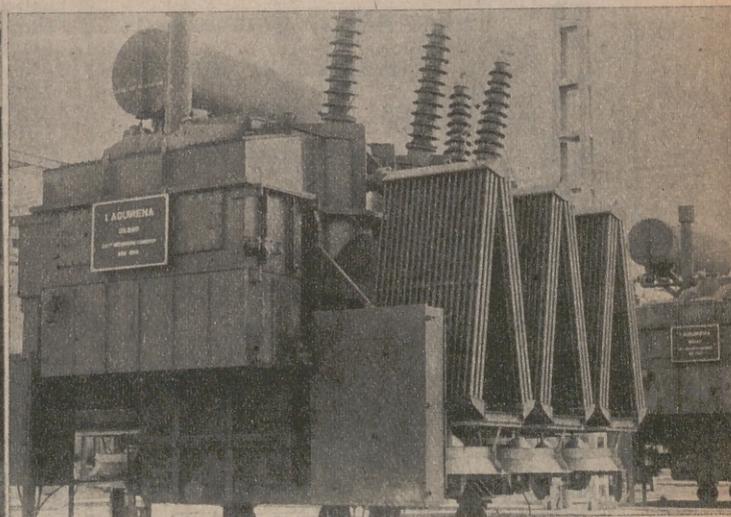
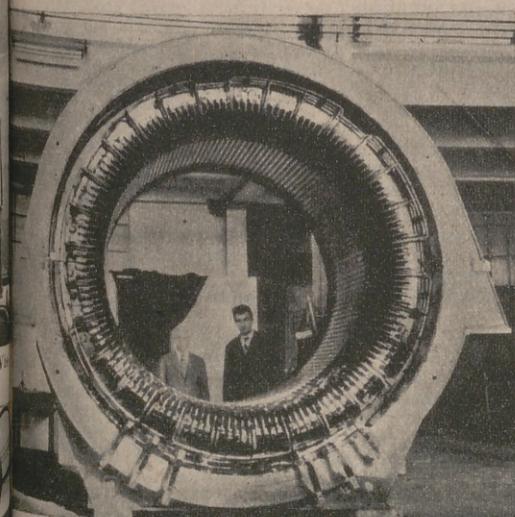
Arriba: Transformador en el laboratorio para su ensayo. Abajo: Vista de una de las nave; de montaje



ALGUNAS REALIZACIONES DE INDUSTRIAS AGUIRENA, S. A. (BILBAO)



Alternador trifásico de 14.400 KVA, en última fase de construcción



Estator de alternador trifásico de gran potencia

Transformadores de 15.000 KVA a 132.000 voltios, con regulación de carga, en servicio

SOCIEDAD CONSTITUIDA PARA LA CONSTRUCCION
DE MAQUINARIA ELECTRICA DE TODAS CLASES

Con la colaboración técnica de ATHELIERS DE SÉCHERON Ginebra (Suiza)

MODERNIDAD DE MENENDEZ Y PELAYO

Por Martín ALONSO

«Nuestra Patria» eres tú; tú la encarnaste como nadie en el mundo la ha encarnado.

LA modernidad literaria tiene muchos matices. Un libro que invita a gozar de su lectura, es moderno, si nos abre el camino para acercarnos poco a poco a la vibrante actualidad o para ponernos en contacto con la vida y hacernos mejores con su clima.

Un segundo matiz es la modernidad anticipada. Existen algunos artistas de una capacidad vibratoria tan sensible a través del tiempo, como los poetas Jorge Manrique y Bécquer, que se adelantaron a sus contemporáneos, con los medios de expresión, en muchos años y a veces en más de un siglo.

Hay otra tercera modernidad en las Letras, que yo llamaría de «radiación normativa», y es, a la vez, vibración y órbita segura. Se trata de la modernidad de aquellos poetas y prosistas dotados de tal potencia luminosa, que en medio de las vacilaciones vanguardistas, sirven de orientación o punto de arranque en la verdad literaria.

HIPNOTISMO

I
P
N
O
T
I
S
M
O

Aprenda a magnetizar, transmitir el pensamiento, a desarrollar sus facultades mentales, cómo desprenderse de los malos hábitos y triunfar en todas las actividades. Solicite folleto ilustrado mandando 2 pesetas en sellos, para franqueo cerrado al Prof. Himmagsú. Apartado n.º 12.052 dpto. I. Barcelona.

Don
calle n.º
Residencia

Estos tres cánones de modernidad determinan plenamente la obra histórica y criticoliteraria de Menéndez y Pelayo. Sus libros, copiosos de ideas y de formas, como los «Heterodoxos españoles», «La ciencia española», «Orígenes de la novela», «Ideas estéticas», «Antología de poetas castellanos», «Poesía hispanoamericana» y «Estudios de crítica histórica y literaria», tienen la condición especialísima de buscar el amoroso contacto con la obra viva, de hacernos pensar por cuenta propia, de aprender a escribir la Historia «sine ira et studio», sin resentimiento ni pasión, con amenidad y simpatía.

Su espíritu, sediento siempre de verdad y de belleza, ensambió en una fórmula moderna la tradición y el progreso, como valoraciones complementarias, porque no hay pueblo que vuelva la espalda al pasado, ni existe tradición sin el progreso que la origine. La tradición es el mayorazgo espiritual de una sociedad culta. Ha dicho Menéndez y Pelayo: «Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya propia sin caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil.»

Menéndez y Pelayo, con una intuición madrugadora en el quehacer de la crítica literaria, se adelantó en más de cincuenta años a los de su generación. Con modernidad intensamente radiativa extendió su influjo mental y nos transmitió su técnica valorativa con nuevo sello y norma inconfundible. Su obra, como un astro, tiene dos órbitas, una, de luz que guía, y otra, de calor que estimula y encanta. La frase que Dante consagró a Virgilio encuentra aquí su propia atmósfera: «Tu duca, tu signore e tu maestro.» Nos has dejado tú, que eres nuestro guía, nuestro señor y nuestro maestro.

El autor de los «Heterodoxos» cultivó otras dos especies de modernidad. La primera es «ideológica»; la segunda, «militante». Es el pensador de las grandes síntesis ideológicas, como Donoso fué el artífice de las grandes síntesis históricas.

Milagro viviente de la ciencia, a los veintidós años había explorado, con notable éxito, en las principales bibliotecas de Europa. Su forma expresiva no es mero ornato retórico, sino espíritu y medula de la misma Historia. Hombre de tan vasta cultura y de un espíritu tan ponderado y universal como tal vez no se haya conocido desde Santo Tomás o San Isidoro. Aquella su potencialidad de lectura, que parecía adivinación; aquella memoria, inmenso arsenal de noticias; aquel entendimiento poderoso, taller de ideas magistrales; aquella pujanza para condensar las generaciones y semblanzas literarias; aquel señorío en las lenguas clásicas y modernas; aquel poder moderador para acallar las pasiones en la hora del comentario; aquella reciedumbre de voluntad para acometer empresas colosales; aquel hechizo singular que comunicaba a las materias más áridas; aquella madurez discursiva que llegaba a las raíces de la Teología y la Metafísica, o la flexibilidad con que discurría por los errores de los heresiarcas y los arrobos de los místicos; aquella presencia, en fin, de gran señor de las Letras, con que nos llevaba de sorpresa en sorpresa, son la ciencia de su vida, el secreto de su arte y el imperio de su inteligencia renovadora.

Llamó «modernidad militante» al vigor apologetico de afirmación española y católica. Su amor de patriota se fundía en la fe del creyente. Es una modernidad apologetica del hombre que no soslaya en su razón vital la llamada de la gracia, ni la llamada de Dios a su conciencia. Menéndez y Pelayo sentía en su sangre el hervor religioso, comprendía mejor que nadie el alcance heroico de nuestras Cruzadas contra el fatalismo musulmán, que apareció en Oriente sobre las ruinas de Bizancio, y contra el fatalismo protestante, que clavó la falsa reforma en el corazón de Europa. Fuerte como un apóstol de la cristiandad, sentó plaza en el cuadro de los apologetas, al estilo de Osio y Tajón, de San Eulogio, Alvaro de Córdoba y el abad Esperaindeo. Movió su pluma de hombre de fe a la manera de los polemistas del siglo XIX, y tuvo siempre en cuenta que la heterodoxia es extranjera, y que el pensar a lo católico era sinónimo de filosofar a lo español.

Modernidad es, en su origen (del latín «modus», ahora), la calidad de lo reciente, de lo de ahora. Es una autoctonía especial de cultura, de una cultura nacida en su propio país, alentada con la formación humanística y el progreso de las ciencias.

*Todo tiene
un símbolo*



EL AMOR

**EL SIMBOLO
DEL BEBEDOR**

**ES EL COÑAC
FUNDADOR**

*que está...
¡como nunca!*



FUNDADOR

Pedro Domecq

AL ESTUDIANTE NO SE LE



El Colegio Mayor «José Antonio», en la Ciudad Universitaria de Madrid. Catorce Colegios Mayores para hombres y seis para mujeres sostiene el S. E. U. en los distintos Distritos Universitarios

AQUEL estudiante era huérfano. Además de él había otros cuatro hermanos en casa. Sí, Rafael Sanz Arias tenía dificultades serias para poder seguir su tercer curso de Veterinaria.

Ahora bien, Rafael sabía lo que se jugaba en aquella baza. Durante algunos meses se le vió serio y retraído por los pasillos de la Facultad de Veterinaria. Al poco tiempo tomó una decisión energética. Una mañana se presentó en la B. U. T. (Bolsa Universitaria de Trabajo) y tuvo suerte.

La B. U. T. logró encontrarle una ocupación remunerada en la Sección de Nutrición Animal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Así ha podido continuar sus estudios y al mismo tiempo empieza a conseguir una práctica que le será muy útil más adelante. La dignidad del trabajo personal se hace mayor de edad en estos casos.

Algunos llegan en esa primera mañana del curso a las puertas de las Universidades. Llegan de todos los pueblos de España a Barcelona, Granada, La Laguna, Madrid, Murcia, Oviedo, Salamanca, Santiago, Sevilla, Valencia, Valladolid o Zaragoza.

Se les ve en esta primera mañana deambular desde muy temprano por los alrededores de sus Facultades.

A la hora de entrar en clase, por vez primera en la Universidad, a muchos de ellos se les ocurre murmurar una frase breve:

—Que sea lo que Dios quiera.

Luego, si hay un bote cerca le dan una vigorosa patada.

Estos muchachos, así, tan sin querer la cosa, se saben al dedillo toda una estructura orgánica y organizada de la Universidad. No sería difícil hacerles recordar en unos minutos, por ejemplo, los capítulos de ayuda al universitario del año anterior.

—Exactamente, en el curso 1955-1956 fueron 2.968.600 pesetas las destinadas a becas y subvenciones y 906.450 las pesetas destinadas a becas y subvenciones para comedores universitarios.

Se saben esto y otra cosas más porque, en primer lugar, una pequeña parte de las pesetas destinadas a becas y subvenciones van a parar a los bolsillos de este asturiano, de aquel extremeño o de este otro que es de Teruel. Así pueden empezar y terminar una carrera.

Muchos como éstos llegan en aquella primera mañana del curso a las puertas de cualquiera de las doce Universidades: Barcelona, Granada, La Laguna, Madrid, Murcia, Oviedo, Salamanca, Santiago, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza. Y es que también la Universidad los necesita.

Todos ellos más o menos se conocen el presupuesto de gastos del año anterior, por un total de pesetas 12.650.374, del S. E. U. Están enterados de a dónde van a parar estas pesetas y saben que es la misma cantidad de doce millones y pico exactamente, el total de la columna de ingresos.

LA «BOLSA DEL LIBRO»

Algunos han tenido que estudiar el Bachillerato en los libros de otros compañeros. Estos saben de las dificultades de estudiar así.

Por eso se interesaron desde un principio de aquello que se habla-



Arriba: Un reconocimiento en el S. E. U. Abajo: Terraza en el S. E. U. cohete



DEJADO SOLO

ORGANIZACION AYUDA AL UNIVERSITARIO

SINDICATO GENTICAMENTE JUVENIL



Solemne momento de imposición de beca a un colegial universitario



del Centro de Información y Orientación «Guía»



Aspecto de uno de los comedores para estudiantes del S. E. U.

ba en los pasillos de los Institutos de La Coruña. Del servicio aquél de la Bolsa del Libro.

Solamente en el curso pasado, en el Distrito Universitario de Barcelona se gastaron 27.600 pesetas en préstamos de libros de texto. Más de 37.000 en el de Madrid. En Santiago, 20.450 pesetas. En Valladolid, 31.850. Más de 12.000 en Murcia. En todas las Universidades funciona este servicio.

La primera Bolsa del Libro se creó, pues, en La Coruña, en el año 1938. Su puesta en marcha y resultados sirvieron de norma para todas las que más tarde habrían de entrar en funcionamiento.

Los libros se piden a principio del curso, se dispone de ellos durante todo el año y hay que tratarlos bien para devolverlos al final.

Solamente si el estudiante conseguía matrícula de honor le quedaban en propiedad; si no, pasarían al año siguiente a manos de otro, y así sucesivamente.

—Yo he conseguido bastantes —me dice un catalán.

Luego me explica aquello de la Cooperativa del S. E. U.

—En 1954 Santiago Joaniquet,

Jefe del Distrito Universitario de Barcelona, tuvo una idea que se apresuró a llevar a la práctica. Se trataba de poner en funcionamiento una Cooperativa para aliviar en lo posible algunas de las cargas que durante sus estudios ha de soportar todo estudiante. La cosa comenzó por los libros y los apuntes. Más tarde se interesó al comercio de Barcelona, que hacía importantes descuentos a la Cooperativa en cualquiera de los artículos que una persona necesita.

—¿Cómo empezó a funcionar la Cooperativa?

—Al principio la edición de apuntes fué sacada a concurso. Este trabajo se le adjudicó a la Casa Ellanms, que ofreció las condiciones más ventajosas. Los apuntes se vendían en la Cooperativa a 0,30 ó 0,40 pesetas folio. Luego se pensó que la Cooperativa adquiriese las multicoopistas y hacer ella misma la tirada.

—¿Y respecto a los libros?

—Para mover debidamente aquello se necesitaba mucho dinero. Ahora, desde el primer momento, se consiguió un descuento del 15 al 25 por 100.

La Bolsa del Libro ha entre-

gado ya gratuitamente miles y miles de libros de texto.

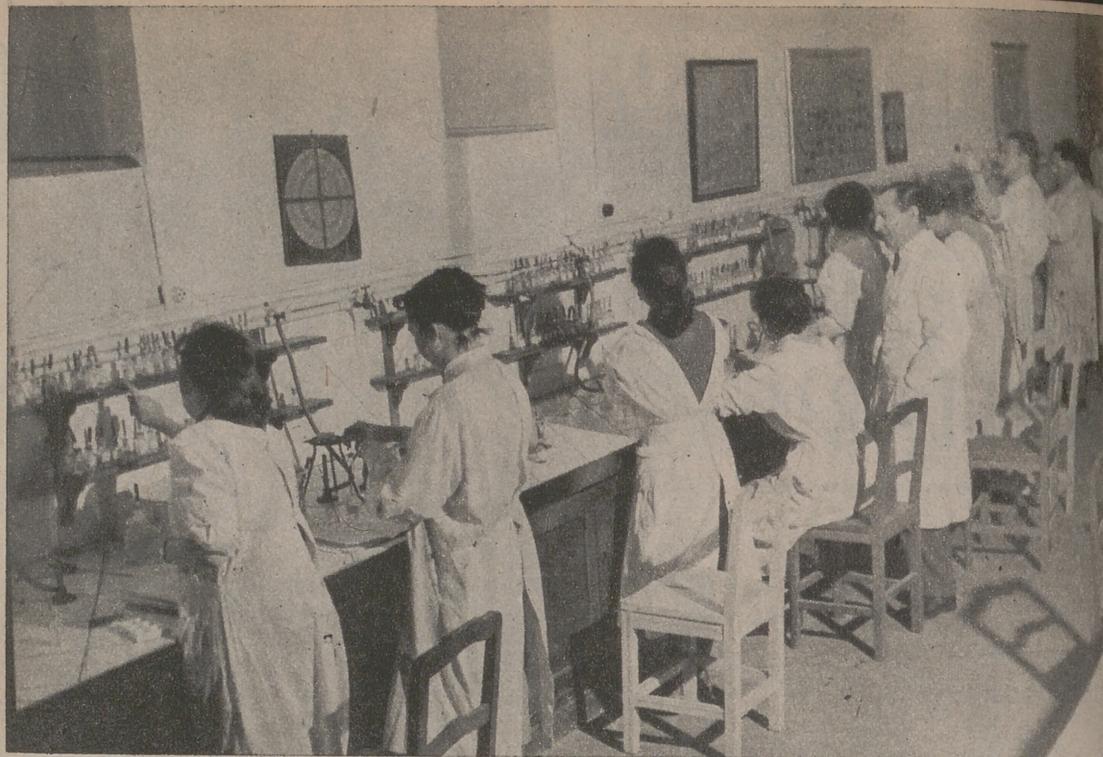
LAS BECAS TIENEN HISTORIA

El S. E. U. nació el 21 de noviembre de 1933. Un estudiante de Arquitectura, Manuel Valdés Larrañaga presentó en esta fecha los Estatutos en la Dirección General de Seguridad. Después de diversas vicisitudes administrativas fueron aprobados en el mes de marzo del 34 cuando el Sindicato Español Universitario era ya una realidad.

En su artículo primero el S. E. U. se proponía:

«Apartado h) Hacer asequible la enseñanza a todo español capacitado».

En 1934 se eligió a Manuel Valdés Larrañaga Jefe Nacional del Sindicato, y al año siguiente se eligió en su sustitución a Alejandro Salazar Salvador. Otros dos de los nombres que nos interesa conocer son los de José Miguel Guitarte, que regresó enfermo de Rusia en 1942 ocupando nuevamente su puesto al frente del Sindicato hasta su muerte, y el de Matías Montero, el primer estudiante caído.



Laboratorio de la Academia Profesional de Ciencias

Y nos interesa conocerlos porque ahora existen unas posibilidades de estudio detrás de nombres como éstos: Becas «Alejandro Salazar» para los que cursan estudios superiores universitarios y de Escuela Especial. Bajo esta denominación son unos 350 a 500 los que cada año pueden estudiar. El importe de esta beca oscila entre 4.500 pesetas y 7.500 y lleva el beneficio de la matrícula gratuita para sus titulares.

Desde el curso 1942-43 al 1954-55 han disfrutado de este beneficio concreto 3.631 estudiantes, con unos gastos totales de pesetas 15.245.840. Durante el curso pasado se favoreció a 289 estudiantes por un importe total de 1.664.920. pesetas.

DEPARTAMENTO DE AYUDA UNIVERSITARIA

En la Universidad se ve a menudo con frecuencia un folleto en el que se explicaban todas las posibilidades que el estudiante universitario podía aprovechar en el Sindicato. El folleto tenía más de 70 páginas.

Estaba bien hecho y, sobre todo, estaba hecho para que se entendiera. Allí se aclaraba el sentido de algunas otras becas, junto debajo de un título de capítulo que decía: «Departamento de Ayuda Universitaria.»

La beca «José Miguel Gultarte» se concede al licenciado que prepara su tesis o realiza estudios de doctorado. También se destina para los viajes de ampliación de estudios. Tienen una dotación de 6.000 pesetas.

Dentro de las becas que se conceden para los estudiantes ya graduados tiene importancia las llamadas «Matías Montero», dotadas con 16.000 pesetas, que son subvencionadas por el Ministerio de Educación Nacional. Son las becas de mayor cuantía que se

conceden en España. Están destinadas a doctores que preparan oposiciones a cátedras de Universidad.

Desde 1945 hasta el año pasado han sido unos 460 los becarios, con un total por ambas becas de cerca de tres millones de pesetas

CINCO MIL COMIDAS DIARIAS EN LOS COMEDORES UNIVERSITARIOS

Un andaluz que iba para abogado comía en uno de los comedores universitarios del S. E. U. Tenía una media beca para uno de los comedores del Distrito Universitario de Madrid. Creo que era el de la calle de Embajadores. Por comida y cena pagaba al día, y creo que seguirá pagando, cinco pesetas.

El precio de las dos comidas para los no becados es de unas 13 pesetas. En Madrid la capacidad de los Comedores Universitarios es de 690 plazas, y hacen falta más. Por eso se están organizando nuevos comedores. Uno cerca de la Ciudad Universitaria y otro por San Bernardo. En estos nuevos se implantará el sistema de autoserivicio, lo cual permitirá una mayor capacidad y difusión de los comedores.

En toda España se sirven diariamente a estos precios, que no necesitan comentario, más de 5.000 comidas y cenas para estudiantes

INTERCAMBIO CULTURAL Y EL BUZÓN MUNDIAL UNIVERITARIO

Un estudiante español puede inscribirse para trabajar en un campo de trabajo de universitarios en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Italia, Suiza, Bélgica, Finlandia, Suecia, Austria, Holanda, Argentina, Filipinas, Méjico, Noruega Uru-

guay, Brasil, Canadá y El Líbano. Este es un modo fácil y barato de aprender un idioma.

Luego puede solicitar aquí, si no ha hecho las suficientes amistades, al Departamento que lleva eso del «Buzón Mundial Universitario», un intercambio de correspondencia con otro colega suyo del que puede elegir edad, sexo, preferencias intelectuales y estudios. A los pocos días recibe de Estocolmo, Berlín, Buenos Aires o Nueva York una simpática carta en sueco, alemán, español o inglés que empieza así, poco más o menos: «Querido amigo: Ayer, al volver de clase, me encontré con tu dirección, que yo también había solicitado. Aquí no nos divertimos apenas...» etcétera.

A este Departamento del S. E. U., que se llama de «Intercambio Cultural», se puede pedir todo eso y más. A través de él se pueden inscribir en los cursos de verano de cualquier Universidad extranjera. Se puede informar cualquier estudiante español de Comedores, Residencias y actividades de las Asociaciones estudiantiles extranjeras en los diecinueve países anteriores, que son los que tienen normalmente organizado este servicio.

DEPARTAMENTO DE TRABAJO UNIVERSITARIO

El Departamento de Trabajo Universitario funciona para todos los estudiantes españoles que deseen, durante las vacaciones de verano, compartir con los obreros las nada académicas tareas de arrancar a la roca el mineral útil, por poner un ejemplo. A estos campos que se organizan todos los veranos acuden también universitarios extranjeros, en correspondencia a los que de nosotros van a campos de trabajo universitario en otros países.



Albergue universitario del S. E. U., en La Granja

Este contacto, muy útil para las actividades posteriores del médico o del jurista, del arquitecto o del ingeniero industrial por la enorme dimensión humana que se adquiere, se hace sin necesidad de ninguna aportación económica por parte de los estudiantes. La organización del S. E. U. se ocupa de los desplazamientos hasta los lugares donde las faenas se realizan. De la alimentación de estos estudiantes obreros se ocupa asimismo el Departamento del Trabajo Universitario.

—Es maravilloso: no te tienes que preocupar de nada. Trabajas como cada quisque y te deducen del sueldo una cantidad para pagar tu alimentación y el viaje. Esta cantidad que te descuentan no sube del 60 por 100 de lo que cobras, y depende en todo caso del sueldo.

—¿Cuándo se empezó con este tipo de actividades?

—Mira, el trabajo universitario tiene unos antecedentes sencillos, pero consistentes. Se inició con carácter nacional en 1952 y ya tiene una notable difusión.

Organizaciones similares a ésta que están a disposición del estudiante son el Servicio de Trabajo Dominical y las Bolsas Universitarias de Trabajo. En estas últimas se consigue trabajo a los universitarios que lo necesitan para pagarse sus estudios o simplemente subsistir a horas compatibles con el horario de estudio de la Universidad.

TUNAS, T. E. U. Y CINE-CLUB

En cada Facultad o Escuela Especial siempre hay un grupo de estudiantes que tiene ganas de hacer algo. Las reuniones de estos muchachos están presidi-

das por una serie de cualidades: juventud, humor, alegría, pasión, y así sucesivamente. La dimensión artística que cada uno lleva dentro de sí muchas veces

suele manifestarse dentro de la Universidad.

Muchos estudiantes han empezado estudiando Filosofía y luego han acabado dirigiendo un



El Departamento de Trabajo funciona para todos los estudiantes que deseen durante las vacaciones compartir sus faenas con los obreros de las más diversas profesiones

Teatro de Ensayo hasta entrar profesionalmente en este arte. Otros mandaron unas cuartillas a cualquiera de las numerosas publicaciones que tiene el S. E. U. y que para eso están, para que se les manden ideas. Allí gustaron. El que iba para médico solicita una beca «Ramiro Ledesma», que subvenciona el Frente de Juventudes, como tantas otras, y cambia de agujas y ahora estudia en la Escuela Oficial de Periodismo. El año pasado estudiaron Periodismo ocho becarios. En total han sido 37 los que han estudiado gracias a las becas «Ramiro Ledesma» en esta Escuela Especial.

En la Universidad siempre hay tipos con ganas de organizar algo. Los T. E. U. (Teatro Español Universitario), los Cine Clubs, las tunas... Y es que el Sindicato Español Universitario es un Sindicato auténticamente juvenil y requiere la participación activa de todos sus miembros para conseguir la vitalidad y el dinamismo necesarios.

El Departamento de Actividades Culturales no es uno de los menos necesarios en una Universidad.

FORMACION PROFESIONAL Y CENTRO GUIA

Al estudiante no se le ha dejado solo. Hay dos servicios especialmente importantes: las Academias de Formación Profesional y el Centro Guía, las dos depen-

dientes de la Obra de Formación Profesional.

Los universitarios tienen estas dos posibilidades: la de estudiar aquellos que no pueden acudir a las clases oficiales por su trabajo u otras razones y al mismo tiempo completar las enseñanzas de la Universidad siguiendo sus mismas directrices y con la colaboración en muchos casos de los mismos profesores. Las cuotas son extraordinariamente pequeñas. Las Academias de Formación Profesional fueron creadas por orden ministerial del 2 de marzo de 1953. Actualmente funcionan en España 28 Academias, muchas de ellas situadas en lugares donde no hay Universidad, evitando de este modo costosos desplazamientos a capitales de los Distritos Universitarios y facilitando en otros muchos casos la posibilidad de iniciar unos estudios que si se tratasen de comenzar a base de desplazamientos prolongados durante todo el curso, no serían posibles.

Otra de las posibilidades que la Obra de Formación Profesional ofrece a través del Centro Guía, consiste en tener al corriente al joven universitario de cuanto se relaciona con la carrera que ha elegido por medio de una sección llamada de Orientación. La Sección de Trámite que está reconocida oficialmente por el Ministerio de Educación Nacional se ocupa de todo el papeleo académico.

El boletín informativo «Guía», que se publica quincenalmente al precio de 0,75 pesetas, incluye en sus páginas todos los anuncios de oposiciones, concursos, becas, premios y subvenciones. También se divulgan todas las ofertas y demandas de trabajo relacionadas con las actividades del estudiante.

CLINICAS, SANATORIOS, ALBERGUES, COLEGIOS MAYORES Y SEGURO ESCOLAR

Todos estos servicios de ayuda para el estudiante ahí están. No solamente se hace lo posible en cuanto a los problemas y necesidades más inmediatas y perentorias, vigilando la marcha del universitario a través de esa vida distinta, confirmadora y vital de una carrera. Todas las dimensiones; las artísticas, las culturales, las vacaciones y expansiones necesarias pueden realizarse en la Universidad.

El servicio de Albergues y Marchas funciona en tres turnos de veinticinco días cada uno durante los meses de verano. En Bergondo (La Coruña), el «José Antonio», en Pueyo de Jaca (Huesca), el «José Miguel Guitarte», en Navia (Asturias), en Marbella (Málaga), en Gerona y en Camerías se tuesta la piel de los estudiantes masculinos. En Bagur (Gerona), en Navacerrada (Madrid), en La Granja y en el Albergue de Grande (Pontevedra), las muchachas estudiantes oxigenan sus pulmones.

Las clínicas del S. E. U. se ocupan desde 1940 por Orden del Ministerio de Educación Nacional de efectuar el reconocimiento antituberculoso que es obligatorio para el ingreso en las diferentes Facultades.

El sanatorio de Alcohete está a una altura de 900 metros en la provincia de Guadalajara, a unos 70 kilómetros de Madrid. Aquí, los estudiantes disponen de cine, teatro, mesas de juego, taller de aeromodellismo, etc.

Es frecuente que los estudiantes de cualquier Distrito Universitario, que generalmente no necesitan ningún pretexto para organizar sus festivales artísticos, se pongan serios una vez y cobrando la entrada en cualquiera de ellos, hagan propaganda y llenen un teatro para mandar unos libros o unos litros de sangre a Alcohete.

Las donaciones de sangre de universitarios para universitarios, cuando eran necesarias, cubrían en exceso las necesidades del sanatorio.

De las viejas Universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá, en los siglos XVI y XVII se toma la idea de los Colegios Mayores. Hogares que continúan la labor de formación del universitario.

En la actualidad son catorce los Colegios Mayores para hombres y seis para mujeres. En la Universidad funciona también el Seguro Escolar previniendo el infortunio familiar y la enfermedad del estudiante. También se hacen a través de él prestaciones y ayudas económicas de todo tipo.

Fernando M. ETCHEVERRY



Una representación del T. E. U. El departamento de Actividades Culturales estimula la organización de estos grupos artísticos, tunas y cine-clubs

¡Por fin!



Todos los cristales ZEISS llevan grabada esta marca de garantía. ¡Exíjala!

Vuelven a estar a la venta en España los famosos cristales

ZEISS PUNKTAL



• DE VENTA EXCLUSIVA EN LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES •

JORDAN



LA REBELION DE LOS NIÑOS

Las revoluciones, las guerras y demás procedimientos para revolver el río de la vida en beneficio de unos cuantos pescadores tienen como comienzo una cosa que en el lenguaje de los técnicos se llama «chispazo».

Sin «chispazo» no hay guerra ni revolución posible, ni trilita que estalle ni gasolina que arda.

También en aquella revolución, una de las más pavorosas que registra la Historia, hubo su «pequeño chispazo». Y digo pequeño porque los niños suelen serlo, y fueron ellos los protagonistas de aquel cataclismo.

Pero procedamos con cierto método, si queremos describir los trágicos sucesos de aquella revolución chiquita «de bolsillo», que, sin embargo, conmovió los ámbitos de España allá por los años de 1970 '71 y '72.

Ahora recién estrenado el año 2000, con esa serena objetividad que da al historiador el ocuparse de hechos pasados, y a la vista de los documentos y testimonios más auténticos, me decido a relatar los acontecimientos fundamentales de lo que ha pasado a los libros de texto con el nombre de «La rebelión de los niños».

Fué en la primavera del año de 1970 cuando estalló la revolución infantil. Entonces yo tenía doce años y estaba preparando mi examen de ingreso en el bachillerato. Reconozco que no andaba demasiado adelantado para mi edad; pero un historiador debe ser ante todo sincero, caiga quien caiga, aunque caiga él.

Y siguiendo por este duro camino de la verdad, confesaré que no sólo no era yo un niño prodigio, sino que en mi colegio estaba catalogado como «niño distraído», tierno y conmovedor eufemismo con que mis profesores designaban a los alumnos que jamás llegarían a ser nada en la vida.

NOVELA

Por Juan Antonio de LAIGLESIA

Por esta condición mía de «despistado» no me di cuenta de lo que se estaba fraguando a mi alrededor hasta que tuve la revolución encima. Mis compañeros se miraban de un modo extraño, se reían cuando no venía a

cuanto y aguantaban las reprimendas del «profe» con un estoicismo digno de las Catacumbas.

¿Qué pasaba allí? Allí y en la calle, y en casa, pasaba algo. Algo muy raro. Yo era hijo único y por consiguiente, en mi casa no había más niños que yo. Pero como mi casa era la cuarta parte del piso de otra casa más grande y los otros pedazos de la casa grande eran la casa de muchísimos niños, en la casa grande también pasaba algo.

Me encontraba con mis vecinillos en el ascensor o en la escalera y los que nunca me habían saludado me saludaban, y los que lo habían hecho siempre parecía que se habían olvidado de mí.

Una tarde, en el colegio, después de un recreo aburridísimo, porque nadie quería jugar conmigo, le pregunté a mi compañero de banco:

—Oye, Rendueles, ¿quieres decirme qué estás tramando? A mí también me divertiría entrar en vuestra banda.

Rendueles me miró con desprecio. Comprendí que había metido la pata y traté de arreglarlo:

—Ya sé que no es cosa de broma. Por eso mismo me parece muy mal que no hayáis contado conmigo.

Rendueles, en lugar de contestarme, se volvió a los demás y les guiñó un ojo. García de la Puente, el primero de la clase, asintió con la cabeza y le guiñó otro de los suyos. Entonces Rendueles se metió la mano en el bolsillo, sacó un cromó y me lo dió.

Era el diplodocus, de la serie de animales prehistóricos del álbum de las Maravillas del Univer-

80. Un cromó muy vulgar, de esos que todos tenemos en el montón inservible de los «repes».

Me encogí de hombros y quise devolvérselo; pero Rendueles me dió un codazo, porque el profesor miraba en aquel momento.

—Fíjate en lo que pone detrás—me susurró, mirando al techo.

Leí por centésima vez el texto de la parte engomada. Un texto que me sabía de memoria. Pero advertí que en aquel cromó había una variante: alguien había escrito con bolígrafo, debajo de la vida química del diplococus, una sencilla frase de dos palabras, enmarcada en expresivos signos de admiración:

—¡Viva Jaimito!—leí en alta voz.

Rendueles me fulminó y todos los demás, incluso García de la Puente, siempre tan correctito, me devoraron simbólicamente con la mirada.

—Te espero a la salida—gruñó Rendueles, reivindicando su diplococus.

Los demás aprobaron su determinación, y en las caras de todos advertí que aquella tarde tendría que dejar fuera de combate a todos los aspirantes a ingresar en las clases superiores, es decir, las del piso de arriba.

Lo más probable era que me aplicasen la ley «linchamiento», que en el mundo infantil se llama «masculillo». Y este ensañamiento colectivo, que a cualquiera le hubiese puesto la carne de gallina y los pelos de punta, a mí, por el contrario, me llenó de una alegría y un gozo inefables.

No soy valiente, no. Sigo en mi papel de historiador veraz y cuento las cosas con la ecuanimidad y ponderación que me he propuesto. Mi júbilo se debía simplemente a la esperanza de llegar, al fin, a desentrañar el misterio que me rodeaba. Me pegarían, me arrastrarían, me desharían vivo; pero al menos me dirían por qué.

Cuando sonó la campana y, cartera en mano, rompimos filas, atropellándonos en la puerta de la calle, mi corazón latía más de prisa. Vuelvo a repetir que no sentía otra emoción que la de la curiosidad.

En la acera de enfrente, torva y amenazadoramente, me esperaba la clase en pleno. Rendueles le dió a otro su cartera y, apretando los puños, se adelantó a recibirme con uno de sus celeberrimos directos a la mandíbula.

—¡Tú te has burlado de Jaimito!—babeó, rechinando los dientes.—¡Y de Jaimito no se burla nadie!

—¿Quién es Jaimito?—pregunté, con esa ingenuidad que tanto había contribuido a clasificarme entre los distraídos.

El puño de Rendueles se detuvo a unos milímetros de mi barbilla y el pobre muchacho se quedó tan quieto y puso una cara tan desangelada que sentí por él verdadera lástima. Su nariz achatada y sus labios hinchados estaban al alcance de mi mano. Podía elegir blanco, seguro de hacer diana; pero no quise aprovecharme. Al contrario, le hice reaccionar y cerrar la guardia, repitiendo:

—¿Quién es Jaimito?

—¡Además de burlarte de él quieres burlarte de nosotros?

El linchamiento iba a comenzar. Todos tomaban posiciones para el «masculillo», pues sabido es que en esta clase de diversiones sólo lo pasan bien los que están en primera fila.

Me agarraron de las piernas y de los brazos y ya se disponían a golpearme contra las losetas de la acera una, dos, tres, las veces que hiciese falta para dejarme en el sitio, cuando García de la Puente, que no se divertía, porque estaba muy atrás, se abrió paso a codazos y a empujones, se encará con mis verdugos y suspendió la ejecución:

—¡So!tadle!—ordenó—. ¿Qué diría el jefe? Nada de violencias. Todo menos llamar la atención. ¡Cuidado, que viene el guardia! ¡Dispersarse!

Rendueles protestó. Había que castigar a aquel insolente. El insolente era yo.

—No te apures—tranquilizó García de la Puente—. Esta misma noche comparecerá ante el jefe.

El mismo decidirá lo que haya que hacer con él. Cuando el guardia llegó porra en alto, mis compañeros se habían desbandado y sólo quedaba a mi lado, silbando y mirando a las nubes, el misterioso e inquietante, pecosó y larguirucho, José Enrique García de la Puente.

—¿Qué ha sucedido aquí?—preguntó el guardia, rabioso de no haber ensayado un porrazo nuevo que le habían enseñado el día anterior.

García de la Puente, cándido y angelical, contestó con esa voz temblona y entrecortada que tanto agradecen los guardias:

—Cosas de chiquillos, señor guardia. Uno, que había pisado el césped de ese bordillo y hemos tenido que darle su merecido. Los niños que no respetan las plantas y martirizan a los animales son unos niños malos, que merecen unos buenos azotes para que aprendan.

—Muy bien—sonrió el guardia satisfecho, haciendo juegos malabares con su porra—. Eso está pero que muy bien. Sigue por ese camino y llegarás a ser un hombre de provecho. Toma, para que te compres un caramelo—y le dió cinco céntimos.

El guardia se alejaba muy contento de aquella bondad y sumisión de la infancia actual, la de entonces, sin ver el odio que relampagueaba en los ojos de García de la Puente y su gesto de desprecio al arrojar su miserable perra chica por el enrejado de una alcantarilla:

—De modo que un caramelo, ¿verdad?—masculló con los labios apretados—. Ya te daremos caramelitos a ti—y después, cogiéndome de un brazo, me dijo: Vamos.

La palabra «vamos» es totalmente inofensiva. Existen otras que pueden hacer temblar a un niño: Coco, Camuñas, Sacamantecas... Pero «vamos»...

Sin embargo, García de la Puente la pronunció de una manera tan escalofriante que no pude dominar un estremecimiento:

—¿Vamos? ¿A dónde?

—Al Cuartel General. Esta misma noche serás juzgado.

* * *

El Cuartel General revolucionario era un palacete con jardín, de los pocos que aún servían de vivienda a sus propietarios. Hoy todos se han convertido en oficinas, incluso aquel donde me conducía García de la Puente aquella tarde.

Un chiquillo montaba en «bic» por los vericuetos del parque, perseguido por los ladridos de un perro al que trataba de asustar con el timbre y con rápidos e inopinados frenazos de la rueda de atrás.

García de la Puente se agarró a la verja y le llamó.

—Jaimito!

—¡Ah! ¿Pero ése es Jaimito? ¿Vuestro jefe?

García de la Puente asintió con la cabeza y volvió a llamar al ciclista.

—¡Entra, hombre!—contestó, sin bajarse de la bicicleta—. ¡Está la puerta abierta!—y siguió dando vueltas perseguido por el chuco.

A mí, francamente, aquel jefe me defraudó. Era un niño como nosotros, con más dinero, claro, y con «bic», que no es ninguna tontería. Pero aquella ingenuidad, aquel retozar con un perrito faldero, que no tenía ni medio mordisco... No comprendía el ¡Viva Jaimito! del diplococus. Por mí, que viviera, sí, que viviera muchos años, pero sin estropear una estampa, aunque fuese de las facilitas.

Me sacó de mis cavilaciones García de la Puente, que tiró de mí y me metió en el jardín. El perrito vino a olerme los zapatos. El olor de los de mi compañero debía sabérselo de memoria, porque no le hizo ni caso.

—¡Ring! ¡Ring!—venía diciendo el timbre de la «bic» de Jaimito.

Pero, ¿cómo? ¿Es que iba a embestirnos? ¡El colmo! La broma idiota de todos los niños mimados que se dedican a asustar a los amigos con su bicicleta recién estrenada, haciendo como que van a atropellarles y frenando con las dos ruedas cuando saltan para apartarse.

—¡Frrrr! ¡Frrrrrr!—frenaron las dos ruedas de Jaimito a medio metro de nosotros.

Lo que yo había pensado: el clásico niño mimado, el clásico niño idiota. Levanté la vista para mirarle y... ¡tuve que rectificar! ¡Dos ojos negros, profundos, impresionantes, me estaban haciendo la radiografía del cráneo! ¡Aquellos dos puntos cegadores eran dos lámparas de rayos X! ¡Qué ojos! No pude sostener la mirada más de una décima de segundo, pero fué un resplandor tan violento que, aun al cabo de los años, cuando vuelvo a verlos retratados ante mí, siento algo así como un vértigo sobrecogedor, que me hace pestañear y fro-tarme los párpados hasta que la imagen se va. Y al día siguiente, invariablemente, amanezco con conjuntivitis.

Lo demás de Jaimito era corriente, por no decir vulgar. Unos pelos negros y alborotados, unas orejas algo separadas y en punta, una cabeza demasiado grande para un cuerpecillo menudo, con bra-

zos y piernas de alambre... Nada interesante. Sólo aquellos ojos que más vale olvidar, porque si no, mañana tengo que sacar las gafas negras del armario.

García de la Puente me presentó al jefe, advirtiéndole que yo venía a escuchar su veredicto, porque había estado a punto de quebrantar la moral combativa del grupo que él mandaba, riéndome de las consignas clandestinas que repartían los delegados de propaganda.

Yo no me atrevía a levantar la vista, temiendo encontrar escrita en los ojos del jefe la palabra «Mascullillo». Pero Jaimito parecía no escuchar a mi compañero de clase y tocaba desafortunadamente el timbre de su bicicleta, excitando a su perrito y animándole a ladrar.

Más tarde me enteré de que aquella frívola actitud del conductor de las masas infantiles no era sino la piel de corde que el lobo se echaba sobre los hombros porque su abuelita le estaba vigilando desde su gabinete, y la viejecilla era tan suspicaz que si no veía a su nieto hacer el gan-o, pensaba que el niño estaba malo y había que meterle en la cama, ponerle el termómetro y llamar al doctor.

García de la Puente, que estaba en el secreto, echó una ojeada a la ventana del gabinete y sonrió servilmente a la anciana, que fingía zurcir unos calcetines, como si en aquel palacio no se tiraran los calcetines con la floración de su primer tomate.

—¡Venid! ¡A la leonera! ¡Allí podremos hablar!

Las palabras de Jaimito eran tajantes, como su voz, fina y aguda, que sonaba a latigazo.

Le seguimos por un sendero de gravilla, mientras él, delante, serpenteaba con la «bicicleta» y saltaba como un polichinela para tranquilizar a la abuela.

La leonera de Jaimito era deslumbrante. Todos los niños teníamos nuestra leonera, que solía ser un cuarto de armarios o un trastero sin ventilación, donde nos encerraban nuestros padres para que no les diéramos la lata: una verdadera jaula de los leones, con todas las angustias e incomodidades de este tipo de prisiones caseras. Pero la leonera de Jaimito era enorme: el semisótano del palacete. Una biblioteca con todo lo que se ha escrito para amansar a las fieras, y se ha escrito mucho, cubría una de las cuatro paredes. En la de enfrente, una anaquelera con todo lo que se ha fabricado para entretenerlas, que se ha fabricado, también, bastante. Al fondo, un gimnasio en miniatura, para las fieras con vocación simiesca y arborícola, y en el tabique de entrada, un pequeño escenario con pantalla de proyección, para las fieras aficionadas a los espectáculos.

Este es el alucinante esquema de aquel paraíso con luz fluorescente y aire acondicionado, donde Jaimito recibía a sus amigos, y donde entré yo con los ojos muy abiertos y de puntillas, como quien entra en una catedral.

¡Una tarde en aquella leonera y después morir!

En éxtasis recorrían mis ojos los libros, los juguetes luego. Después, los libros otra vez. Los juguetes. Los libros. Los juguetes... Como el espectador de un partido de tenis, temía enloquecer de tanto decir que no con la cabeza.

Pero Jaimito me trajo a la realidad. Ni a él ni a García de la Puente le interesaban aquellas niferias. Yo estaba allí para ser juzgado y no para mirar escaparates como un paleta.

—¿Qué delito ha cometido? —preguntó Jaimito, cruzándose de brazos y clavándome... eso que me produce conjuntivitis.

—Se ha burlado de ti, jefe —acusó García de la Puente.

Me defendí bastante bien. Alegue mi ignorancia y mi manía de cazar moscas en clase para arrancarles las alas.

—Tengo una caja llena de alas, pero mi ilusión es llegar a tener un kilo. Ya os podéis figurar la cantidad de moscas que tendré que cazar para llegar al kilo. Abultan bastante, pero no pesan nada.

Jaimito soltó la carcajada.

—Es un infeliz —dictaminó—; puede llegar a ser un buen elemento.

—¿Tú crees? —y el larguirucho de García de la Puente arrugó los labios con aire de incredulidad—. Es medio tonto.

—Pero tiene paciencia, constancia, y es un soñador. Buenas condiciones para ser nifista.

—¿Nifista? ¿Qué significaba aquello? Era la primera vez que escuchaba aquella palabra: ¡Nifista! Sonaba a un camelo como una casa.

—Yo no quiero ser nifista —dije—. Voy a ser arquitecto como mi padre.

El jefe y su lugarteniente soltaron una doble y sincronizada carcajada.

—El nifismo, para que te enteres —quiso explicar García de la Puente, pero se hizo un tacaño. El nifismo es...; que te lo diga éste, que lo sabe.

—Mi querido amigo —y Jaimito, paternal, me puso las manos sobre los hombros—, el nifismo es la doctrina de nuestro movimiento. El movimiento en pro de la redención de la infancia abandonada.

—¡Ah! —comprendí—, en favor de los niños pobres.

—Pobres o ricos, da igual —prosiguió Jaimito, embalandose—. La infancia, en nuestro país, está totalmente abandonada.

—Regular —interrumpí yo.

García de la Puente me quiso pegar. Pero el jefe le miró como diciéndole:

—¿No ves que es un pobre catecúmeno?

Y siguió catequizándose. Yo, la mitad de su discurso no lo entendía. Pero transcribí la otra mitad, que consta en el «Manifiesto Infantil», uno de cuyos ejemplares, toscamente grabado con una imprentilla de letras de goma en el reverso de un envoltorio de chocolatina, conservo aun como documento fehaciente de tan luctuosos sucesos.

El documento dice así:

«Nosotros, los niños de toda España, reunidos en torno a nuestro jefe, declaramos:

1.º Que España en el país donde, en proporción al número de habitantes, viven más niños que en ningún otro.

2.º Que eso nos gusta y nos parece bien. Porque las cigüeñas están para traer niños a las casas, y no gatos, y perros, y canarios, y caballos de carreras.

3.º Que a pesar de gustarnos eso de ser los reyes y los cielos de las casas, estamos harto de la cornilla de tanto besuqueo y tanta palabrería, y queremos realidades y hechos.

4.º Que estos hechos no son otros que los que se derivan de la Justicia Infantil, meta de nuestra revolución.

5.º Que esta revolución, no asustarse los mayores, no será como las vuestras, a base de zambombazos y salvajadas, porque hay que ver lo salvajes que sois los mayores cuando os ponéis a lo bruto. Nuestra revolución no derramará ni una gota de sangre, pero será terrible, porque os dejará su gota de lágrima, ni para muestra.

6.º Que si queréis evitar lo que se os viene encima, tenéis que darnos:

a) Una Prensa infantil tan buena, por lo menos, como la vuestra, con sus noticias, sus reportajes y toda la pesca. Ya estamos hartos de aventuras y chistes, como si fuéramos unos imbéciles, ¡qué caramba!

b) Unos teatros donde os gastéis las pesetas (o mo en las revistas esas que tanto os gustan y que son una verdadera birria, pero que allí no os dable soltar dinero para que salgan señoras en traje de baño; en cambio, para una función infantil donde sale Robin, que es lo bueno, vais y le vestís de macero porque os sale más barato.

c) Unas películas para nosotros, pero sólo para nosotros, y no de esas «aptas» o «toleradas», que nos colocan en situación de inferioridad, como a invitados de compromiso.

d) Y programas de radio con regalos tan buenos como los que os dan a vosotros, y no un cabalillo con la pata rota, o una bolsita de caramelos chupados.

e) Y parques de atracciones, y cafeterías infantiles, y farmacias especiales, con medicinas agradables de tomar, y ante todo y sobre todo:

f) ¡Cariño operante y no parlante! ¡Amor eficaz y no lenguaraz!

Todo esto tenéis que darnos los mayores, cada uno en la medida de sus posibilidades. No queremos sacrificios. Justicia, Justicia nada más.

Y 7.º Que para no ser pesados, terminamos con un llamamiento a todos los mayores en favor de la infancia irredenta, que clama por sus derechos olvidados y menospreciados, pero que algún día se harán realidad gracias al nifismo redentor.

¡Viva Jaimito!

Salí de casa del jefe con la sensación desagradable de haberme embarcado para un destino desconocido, en una nave abarrotada de pasajeros que hablaban un idioma extranjero, y con un peligro de naufragar en cualquier momento, cayendo a un mar infestado de tiburones, y sin saber nadar.

García de la Puente me advirtió escuetamente al despedirse de mí:

—Recibirás tu cromo con instrucciones.

Todavía estoy esperando ese cromo. La revolución infantil estalló sin mí. Tengo el consuelo de pensar que ésa fué la causa de su fracaso. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos y procedamos con la objetividad del historiador, de la que lamento haberme apartado con la interpolación que antecede acerca de mis impresiones personales sobre mi visita a la sede del partido niñista.

«El chispazo» se produjo al día siguiente, cuando el mismo guardia que había regalado cinco céntimos a García de la Puente le dió un azote por embadurnar una tapia con el grito exaltado de ¡Viva Jaimito!

Aparentemente no había pasado nada. Los periódicos de los mayores, como era de suponer, no recogieron la noticia. Un guardia que azota a un niño no es noticia. Un niño que azota a un guardia, sí. Pero García de la Puente se tragó su humillación y se fué llorando como un bebé para no despertar sospechas. Sin embargo, en el cuartel general del sótano del palacete se reunieron los prohombres, o mejor proniños, de la conjura, y los inocentes cromos repetidos pasaron de mano en mano con la consigna aterradora: «Orí, orí. Vale.»

La revolución estaba en marcha. Al día siguiente, el único niño que fué al colegio era este humilde y despistado cronista. Los demás estaban en casa, con la gripe.

La gripe había sido elegida por la Junta Revolucionaria Infantil como cortina de humo para encubrir aquella huelga de libros caídos, porque la gripe es una enfermedad de etiología tan vaga, tan inconcreta, que puede servir de tapadera a cualquier trastorno de diagnóstico difícil.

Al principio se pensó en unas anginas, pero desde que los padres y las madres tienen linterna en casa y saben manejar una cuchara de sopa y poner inyecciones y supositorios, se acabaron las anginas escolares.

No di clase aquel día. El director del colegio me pidió que le ayudara a encontrar en la guía los teléfonos de mis compañeros. El, con la lista de alumnos y yo con la de abonados, estuvimos como se dice colgados del teléfono.

—¿Por qué no ha venido Fulanito?

—Está con la gripe. Mañana irá.

—¿Por qué no ha venido Menganito?

—Está con la gripe. Mañana irá.

—¿Diga? ¿Perenganito? ¿Con la gripe también? Mañana vendrá?

Por la noche, el director tenía las orejas coloradas como dos tomates y el auricular abrasaba como si hubiera estado al sol.

Segui yendo unos cuantos días, hasta que me dijeron que no volviera mientras durase la epidemia.

La Prensa de los mayores empezó a ocuparse del asunto. Los médicos no encontraban en sus enfermitos ninguno de los síntomas tradicionales de la enfermedad que tantas veces ellos mismos habían usado de comodín.

—Este niño no tiene nada —dictaminaron al principio—. Puede ir al colegio.

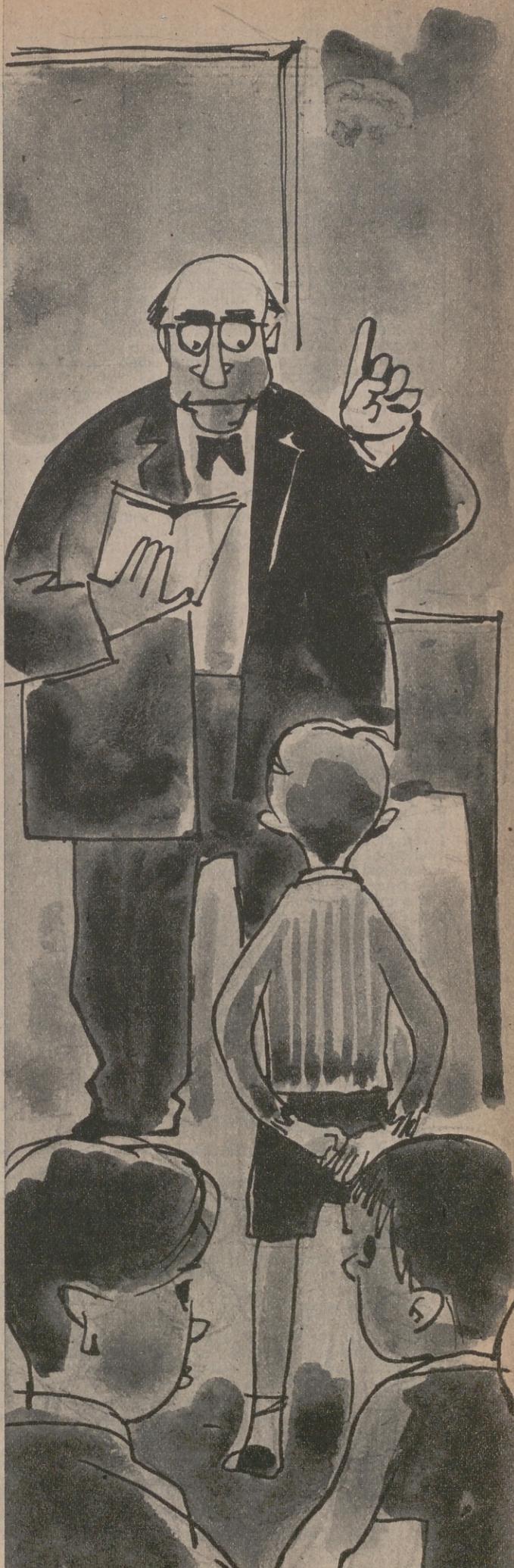
Pero como las órdenes de la Junta eran tan severas, cada enfermito se buscaba sus síntomas particulares. Unos se quejaban a gritos de dolor de cabeza, otros se desmayaban cuando llegaba el abuelo, tan sensible siempre a la salud del nieto; algunos bebían agua tibia del grifo ese que dice que es caliente, y se ponían a morir; y hubo un caso heroico, el de una niña que, viéndose perdida y ya con el uniforme encima, y la boina además, se tragó un frasco entero de aceite de hígado de bacalao y se metió en la cama con el hígado en cuenta.

—Indudablemente —rectificaron los médicos—, estos niños tienen algo.

Los colegios y las escuelas de todo el país permanecieron cerrados durante el resto del curso. Se suspendieron los exámenes y se concedió una prórroga hasta que la epidemia se marchase con sus microbios a otra parte. Los laboratorios lanzaron nuevos productos, únicos eficaces contra la «gripe maligna», y los lugares de verano enfocaron su publicidad desde un ángulo distinto al tradicional pintoresquismo folklórico: el de la sanidad infantil.

—Eso está bien —sonreía Jaimito desde su leonera, convertida en Pentágono de la rebelión—. Empezan a ocuparse de nosotros. Ahora es el momento de presentar nuestra petición al director general de Enseñanza Elemental.

Y el señor director general de Enseñanza Elemental y Primeras Letras, que era un mayor como un castillo, recibió al día siguiente un cromo re-



petido del diplodocus, en cuyo reverso se leía: «Contra la gripe maligna, textos amenos y divertidos, con bonitos dibujos y un lenguaje sin repièces ni palabras raras.»

El diplodocus con música pasó a informe de la Dirección General de Policía y Buenas Costumbres. Aquella era la prueba de que los médicos eran unos tios estupendos y habían dicho desde el primer momento que los niños no tenían nada, aunque después hubiesen rectificado, movidos por una desorientación disculpable ante una conjura tan perfectamente organizada y una simulación tan irreprochable.

El director general de Policía, otro mayor como otro castillo, y además con bigote, que vale más, metió en su carpeta el diplodocus acusador, pero su hija se lo quitó y lo pegó en su álbum.

—Niñerías —pensó el director general, y contestó a su colega que el asunto «no había lugar», frasecita que le gustaba repetir porque, como buen mayor, también decía sus palabras raras.

¡Ay, si hubiera sabido que su hija tenía el «díplo» «repe» y que había destruido la prueba, igual que en una ocasión se había tomado un frasco entero de aceite de hígado de bacalao!... Pero los mayores siempre viven en la inopia cuando se trata de las cosas que ellos llaman niñerías.

Y octubre empezó con otra epidemia mucho más descarada. La «vaguitis». Una epidemia insultante y lesiva para la autoridad de los mayores. Una epidemia a cara descubierta. El niño que iba al colegio tenía que ir en coche, y allí se dormía.

Por fin, el director general de Enseñanza Elemental claudicó. Mandó publicar nuevos libros de texto, atrayentes, multicolores, llenos de anécdotas y de acertijos, y en un lenguaje del que se habían desterrado los vocablos esotéricos de difícil comprensión sin el manejo del diccionario.

Y súbitamente, la vaguitis desapareció. Los colegios y las escuelas se llenaron de nuevo de risas y de carreras, y los maestros abrazaron a sus amados discípulos, y las maestras, más efusivas, besaron a sus niñas en mitad de la frente.

Cumplido el objetivo, la revolución infantil parecía haber terminado. Pero aquel no era sino el primer escalón del plan quinquenal niñista.

Los mayores olvidaron la extraña epidemia con la prisa y las ganas que se tienen de olvidar una pesadilla. La vida escolar seguía su ritmo alegre y despreocupado, con las nuevas normas dictadas en favor de los educandos. Nada de palmetas, ni vueltas al patio, ni planas de castigo. Sonrisas y caramelos. Y en algunos colegios, los caros, patatas fritas además.

Los mayores, que habían mirado a los pequeños como bichos raros, con un viejo en la tripa, o con una bomba de relojería, que era peor, volvieron a cantar al afeitarse y a charlar con las amigas por teléfono. Todo había vuelto, al parecer, a la normalidad. Pero, sí, sí. Que se creían ellos eso, pero que no era eso.

Otra vez la imagen odiada del diplodocus, con su cabecita de alfiler, su cuerpo de ballena y su cuello de jirafa, empezó a multiplicarse por las aulas, encizajando las conciencias.

—¿No queréis patatas fritas?

—No, muchas gracias, señor profesor.

—¿Y un caramelin?

—Nos sienta mal, señor profesor.

—¿Y un refresco?

—Muchas gracias. Tomaremos un vaso de agua, que es lo más sano.

Los maestros no necesitaron telefonearse para comprender que una nueva oleada de terror se cernía sobre los mayores. Comunicaron rápidamente la infausta nueva a los padres de las angelicales criaturas.

—Su chica ha perdido el apetito, señora.

—¿Qué me va a decir a mí? En casa sólo prueba el pan.

—Aquí, el agua.

Pan y agua! Este era el lema austero de la segunda huelga revolucionaria. Pan y agua hasta desterrar los vasazos de leche con nata, la sopa de fideos y el flan de sobre, principales y abominados ingredientes de la eterna dieta infantil.

De aquella huelga silenciosa y lánguida, que llenó los parques de niños pálidos y melancólicos, sin ganas de jugar, ni de reírse siquiera, y que duró cerca de dos meses, diciembre y enero, surgieron nuevas conquistas para el mundo infantil. Piperos, castañeras, barquilleros y demás buhoneros acostumbrados a engañar a la chiquillería con procedimientos muy parecidos a los de aquellos antiguos

navegantes que cambiaban baratijas por lingotes de oro macizo, toda la grey de vendedores de palomitas de maíz y similares desaparecieron por completo de la circulación. Las confiterías y pastelerías aguantaron un poco más, pero también tuvieron que echar los cierres.

Solamente cuando el jefe del Sindicato de la Alimentación Manufacturada recibió la visita del diplodocus fatídico, con una nota al dorso que decía: «Pedimos comida apta para menores», y el bueno del hombre, escarmentado en cabeza propia porque en su casa había huelga numerosa, se decidió a intervenir energicamente; solamente entonces las aguas volvieron a su cauce, y los panes a la panera.

Estupendos y lujosos restaurantes infantiles abrieron sus puertas, donde gigantesco granadero de alto morrión y pecho cubierto de medallas saludaban militarmente a los niños que se dignaban entrar con sus padres a tomar un aperitivo o a celebrar el banquete del santo o el chocolate del diploma.

Cafeterías con camareras vestidas de hadas y de princesas servían meriendas especiales, bajo la vigilancia de un médico puericultor disfrazado de Al Babá, que, además de inspeccionar si los huevos de los batidos eran frescos y los bollos del día, hacía juegos malabares en un tablado, contaba cuentos a los pequeños clientes y les regalaba gotitas de limón.

La competencia era tan extraordinaria, que hasta apareció un «cabaret» para niños. Cabaret en el buen sentido, es decir, distinto a los de los mayores, que siempre se empeñan en tomarlo todo por el lado malo.

«La Cueva del Ratoncito Pérez», que así se llamó aquel cabaret, daba meriendas con «show». Un «show» sin señoras con muchas piernas y muy poquita voz, y sin señores con muy poquita gracia y muy poquísima vergüenza. No, no. Era aquel un «show» de los buenos, con payasos, prestidigitadores, contorsionistas, domadores de pulgas... Y cada niño se llevaba su globo, sin tenerse que comprar un par de zapatos o una gabardina de pléxiglas, como en los tiempos heroicos de la escavitud.

La competencia también entró en el ramo de la alimentación cotidiana. Los periódicos publicaban anuncios de sopas ¡sin fideos! y rogaban a las madres que pidiesen opinión a sus hijos sobre el sabor exquisito de aquellos flanes a base de huevo ¡de verdad!

Los niños creían haber llegado a la meta de sus aspiraciones, y sus risas y sus cabriolas inundaban de luz y de alegría el hasta entonces torvo y ceñido panorama nacional.

Los mayores se habían resignado a aquella niñería y no sólo la toleraban, sino que también habían aprendido a reír y a dar cabriolas.

Sólo un ser se mantenía impasible y frío en medio de la júbilos tormenta que enardecía los corazones. Aquel ser, no es necesario decir quién era, clavaba sus negros y profundos ojos en el azul del cielo, a través de los barrotos de su leonera modelo, y murmuraba apretando los dientes:

—¡Más allá! ¡Aún más allá! ¡Aún mucho más allá! ¡Aún muchísimo más allá!

La huelga de lectores de publicaciones infantiles no se hizo esperar. Los quioscos callejeros estallaron de papel almacenado y nadie recogió aquellos garabatos con rugidos y detonaciones, y trancazos y pufetazos, que habían contribuido al embrutecimiento de tantos cerebrillos de antes de la revolución.

Los editores, reunidos para estudiar una declaración conjunta de quiebra, que siempre salía más barata, preguntaban nerviosos al cartero si había para ellos algún diplodocus salvador. Pero sólo recibieron un ejemplar atrasado de uno de los mejores rotativos entonces en circulación, con el crucigrama resuelto y una frase escrita con bolígrafo debajo de la cabecera que decía: «Queremos una cosa parecida a esto, sólo que en mejor.»

Así nació el diario infantil «El Diplodocus», cosa descarada al temido y deseado animal prehistórico repetido, para aplacar su ira y calmar su sed de justicia.

«El Diplodocus» inició su vida tomando un poco a broma su propia labor de informar y distraer a «los mocitos». Esta palabrega «mocitos» cayó muy mal en las altas esferas del partido niñista, porque oía a vocabulario antiguo, donde el pitoreo a la infancia estaba de moda y un «mocito» era un

«hombrecito», un hombre sin hacer, y no un niño hecho y derecho, que era lo que le pegaba.

Pero pronto se dieron cuenta los redactores de «El Diplococus» que aquel era un camino equivocado, y que, puestos a hacer las cosas, había que hacerlas bien. Los lectores recibieron la consigna de llorar y llorar porque «El Diplococus» les insultaba y les llamaba «mocitos», y en todas las casas se oyó un herrido largo y sostenido que acabó con la paciencia de los mayores y les impulsó a incendiar «El Diplococus». con todos sus habitantes, si no rectificaban, en recuadro de primera plana, y en un número especial dedicado a la exaltación del niño y execración del mocito.

No quiero cansar a mis lectores, si tengo alguno (y perdonen esta estupidez que se dice siempre por rutina, porque si supiera que no iba a tener ninguno, en lugar de sentarme delante de la máquina me marcharía a tomar café) no quiero cansarles, con el relato minucioso de todas y cada una de las conquistas que en los distintos aspectos del bienestar vital consiguieron las turbas revolucionarias de Jaimito. Copio simplemente un documento fechado en 29 de febrero de 1972, declarado «Día del Niño» por la Junta Suprema del Partido Niñista, y que posee el doble interés de marcar el punto álgido de la parábola, y al mismo tiempo la iniciación del descenso en picado de una rebelión que como todas las que se desorbitan, y se desorbitan casi todas, terminó en agua de borrajas.

El documento es una hoja del diario de Jaimito, y dice así:

«Hoy, gran reunión en la leonera del partido, con asistencia de mis principales colaboradores y colaboradoras. Paquita, la de Pedregal, ha hecho una labor extraordinaria, consiguiendo que la rama femenina, siempre más débil y propensa a doblegarse, imponga también su criterio en los puntos fundamentales que la causa le ha encomendado. En su informe al pleno dijo que ya las niñas se peinaban solas, sin ayuda de mamá. Y se peinan como quieren y no como antes las obligaban a peinarse. Ella se peina estupendamente, y se hace unos rodetes muy salados que le favorecen mucho. Está monísima. En cambio, José Enrique García de la Puente sigue tan larguirucho y tan pecoso. Y Rendueles, no digamos. Parece un boxeador. Tomamos chocolate con churros. Paquita no quiso tomar churros. Le sientan mal desde la campaña del pan y agua. Me los dejó todos a mí. Es muy simpática y tiene los ojos verdes. Abuela dice que no son verdes, que son agules; pero ella no entiende. He nombrado a Paquita directora de la nueva campaña contra la comba. Considero que es un artefacto ridículo que convierte a las niñas en saltamontes, y que estaba bien en la época de la esclavitud, cuando por tres metros de cuerda se solucionaban dos problemas: divertir a las pobres nenitas y atarlas si se ponían pesadas.

Paquita piensa igual que yo. Paquita siempre piensa igual que yo. Es inteligentísima, y con los rodetes está para comérsela. Es una niña tan distinta de las demás; tan delicada, tan femenina, tan no sé qué... Creo que a García de la Puente le dió un poco de rabia que me regalara los churros. ¡Ah! Y también me dió su azucarillo. ¡Qué cabeza tengo! Su azucarillo también. Eso fué lo que le molestó a García de la Puente. Lo quería él. Pero Paquita me lo dió a mí. Para que se fastidie ese larguirucho. Quería acompañarla a su casa, pero yo no le dejé. La disciplina es la disciplina.

El documento termina con la concesión a Paquita de la Gran Chapa de Gaseosa de Limón, y una serie de consideraciones sobre el peinado de rodetes, los ojos verdes y un proyecto de reglamento imponiendo a toda la rama femenina el peinado de rodetes y los ojos verdes.

El histórico documento es tan revelador que yo es preciso que yo insista en destacar la herida de muerte, el flechazo, que había recibido el Niñismo en su propio corazón.

A partir de aquel día el león abandonó su leonera y subió al piso de arriba, a mirarse en el espejo del cuarto de baño.

—Abuela, fíjate; me está saliendo el bigote—y el león ovidió su poderosa melena para fijarse en dos peilitos que como dos árboles solitarios se abrían paso entre la amelocotonada pelusa que alfombraba su labio superior.

La abuela, abandonó su calcetín bordado sobre la falda, se bajó las gafas y examinó el hallazgo a la luz de la ventana.

—Sí, hijo mío. Te está saliendo el bigote. Ya eres un mocito.



Mocito, la odiada palabra, sonó en los oídos del jefe como una música celestial. Ya era un mocito

—¿Y no te parece que tengo la voz más ronca, abuela?

—La estás cambiando, hijo mío.

—No, abuela. Ya la he cambiado. Ayer me salió un gallo y todo.

—Un gallo. ¿hijo mío? Ven que te dé un beso. Ya eres un hombrecito.

Jaimito se inclinó a besar a la anciana, teniendo buen cuidado de clavarle en la mejilla las dos agujas que eran su mayor orgullo.

—¡Ay, hijo, que me pinchas!—se quejó ella.

—¿De veras abuela? ¿Te he pinchado?—y Jaimito tembló de emoción—. Tengo que empezarme a afeitax.

—Mañana mismo te compraré una máquina, hijo mío—y la anciana se enfrascó en su calcetín para que el nieto no viera la risa que le había entrado de pronto.

El botones del hotel Cosmopol, enlace de la organización como todos los botones de entonces, trajo al día siguiente un montón de cromos repetidos con los asuntos que el jefe tenía que despachar.

Jaimito, recién afeitada la maleza del bigote, pero dejando, como era natural, los dos arbolitos para enseñárselos a Paquita, tomó el correo cifrado de manos de su subordinado y lo metió en un cajón.

El botones, cuadrado y sin despagar la mano del bonete, le advirtió que muchos de aquellos cromos esperaban contestación. En un pueblo de Salamanca, un niñista había borrado el «¡Viva Jaimito!» de la fachada de la escuela y lo había sustituido por un insolente y desconsidera «¡Viva Yo!». La Junta Provincial pedía al jefe autorización para «masculillar» al atrevido.

—Muy bien, muy bien—concedió Jaimito consultando su reloj de pulsera—. Que hagan lo que quieran.

—Necesitan la orden firmada, jefe.

—¡Niñerías!

El enlace se quedó como quien ve visiones. El jefe usaba una palabra desterrada del vocabulario por él mismo. Una palabra que tantas lágrimas y tantos sudores había costado. Una palabra que ningún mayor se atrevía ya a pronunciar por temor a una pavorosa acción de represalia. Y el jefe la había dicho con el mismo tonillo respectivo que tanto había afeado en sus discursos. No cabía duda. El jefe estaba muy raro aquel día.

—Los de la Liga Antitata—seguí informando el botones, impertérrito—quieren saber la consigna del día. Ya han conseguido que las tatas les dejen volver solos del colegio, pero dicen que todavía no renuncian a cogerles de la mano para cruzar la calle. Preguntan si deben seguir metiéndoles chicle en el pelo y rompiéndoles las cartas del novio hasta nueva orden.

—Niñerías, niñerías—y Jaimito volvió a mirar el reloj. Paquita le esperaba en el parque para enseñarle lo bien que le había quedado la Gran Chapa con un futbolista dentro y el cristal de los prismáticos de tía Clementina puesto por encima para que se viera más grande. Jaimito, a su vez, pensaba enseñarle aquel incipiente bosque que promete llenar de frondas el desierto limitado al norte por su nariz, y al sur por su labio superior—. Niñerías, niñerías.

—¿Entonces no hay contestación, jefe?

—Vuelve esta tarde.

—Hay un cromo urgente. De la presidenta de la rama femenina.

—¿De Paquita?

El jefe se abalanzó sobre el cajón y revolvió todo el correo hasta encontrar la Anémona Coronaria, llamada también Anémona de Jardín. Sus variedades son bellísimas y muy numerosas, diferenciándose entre ellas tan sólo por su colorido. Su cultivo no requiere excesivos cuidados y se da con gran facilidad en los climas templados y húmedos. Pero todo esto no le interesaba a Jaimito. Se lo sabía de memoria. En la única que se fijó fué en la frasecita boligrafiada de debajo del texto: «No me esperes. Salgo con García de la Puente, para asuntos del servicio».

—¡Maldición!—rugió el león sacudiendo su melena—. Quebrantando la disciplina, ¿eh? Pues ahora verán.

El jefe volvía a asumir el mando con un entusiasmo que levantó la moral de su enlace. Pero a nosotros ya no puede engañarnos. Jaimito utilizaba a sus huéspedes para negocios extrarrevolucionarios y de índole puramente personal. Jaimito obraba impulsado por la cólera y la envidia, y un sentimiento nuevo para él: eso que los niños llaman pelusa, pero que Jaimito ya no tenía, porque se la había afeitado aquella misma mañana. Los hombres, como él, sentían celos. Sí, celos, con todas sus letras.

—Ese mocoso... ese crío...—refunfuñó, estrujando la Anémona de Jardín y ajándola de un modo lamentable.

¿Mocoso? ¿Crío? ¿Y para eso habían hecho la revolución? ¿Para que el jefe se burlara de ellos como un mayor? En fin, el jefe siempre sería el jefe y no era cosa de que le enmendara la plana un simple botones de hotel, aunque el hotel fuese de primera categoría.

La convocatoria a una reunión inmediata de todos los mandos, resultaba un tanto insólita, no habiendo ningún tema trascendente de qué tratar. Pero la cita de Paquita con el traidor, que era el objetivo fundamental de la Asamblea, quedó desarticulada.

Delante de la Junta, Jaimito se justificó empleando los términos vagos de los mayores cuando quieren justificar lo injustificable. Habló de «nuevos tiempos», «nuevas medidas», «reorganizaciones»,

«reajustes», «circunstancias anómalas», «desasosiego», «vitalización de esencias», «futuro esperanzador»...

Sus oyentes se miraban haciendo muecas raras y encogiéndose de hombros. Perder un partido de campeonato o la clase de francés para oír aquello, no les cabía en la cabeza. García de la Puente, sentado en primera fila, junto a la presidenta de la rama femenina, ni miraba al escenario siquiera. Los dos parecían muy entusiasmados mirando la pajarita que el traidor había hecho y que era de las difíciles, de las que movían las alas cua do se le tiraba de la cola.

—¡Paquita Pedregal!—vociferó el jefe irritado, interrumpiendo su discurso—. ¡Y José Enrique García de la Puente también! ¡Los dos! ¡Subid aquí!

—¿Para qué?—preguntó el traidor, regalándole la pajarita a su cómplice, y levantándose desconcertado.

—¿Para informar al Pleno!—clamó Jaimito, exasperado.

Los informes al Pleno solían ser el preludio de un masculillo al informante, que siempre había incurrido en uno de los tres delitos más castigados por el Nifismo: el delito de acusica, el de miedo y el de llorica. A la rama femenina se le había eximido del «masculillo», por considerarlo demasiado duro y humillante, pero se le había impuesto la pena del «trasquilón». El «trasquilón», como su nombre lo indica, consistía en dejar a la penada hecha una pena, con todo el pelo rapado a tijeretazos a voleo, sin orden ni concierto, de manera que la cosa no tuviese arreglo.

Con estos antecedentes, la subida de José Enrique y de Paquita al estrado provocó un murmullo de expectación en la leonera.

—¿Qué tenemos que decir?—preguntó el inculgado.

Paquita, con sus ojos más verdes y sus rodetes mejor hechos que nunca, contemplaba fascinada al jefe. Jaimito miró la Gran Chapa que lucía en su arrebataadora blusita de batista encajonada y sintió que su justa cólera empezaba a ceder. Tuvo que reunir toda su energía y estricto sentido de la responsabilidad del cargo, para no mandarla a su sitio y dar por terminada la sesión.

—Tenéis que explicar—murmuró entre dientes—vuestra insubordinación de esta mañana.

—¿Insubordinación?—preguntaron José Enrique y Paquita a un tiempo.

Jaimito se limitó a leer en voz alta lo que decía la Anémona acusadora. «Salgo con García de la Puente para asuntos del servicio.»

—¿Pero no te acuerdas—exclamó el larguirucho, mirando a su jefe con estreñeza—. Teníamos que resolver ese asunto del servicio...

—De aquella tata que se pasaba la tarde colgada del teléfono—explicó Paquita—y para hablar con el novio, encerraba a los niños en el cuarto de la plancha y les decía que si eran malos y no la dejaban telefonar vendría el carbonero y se los llevaría en el saco de las astillas.

Jaimito recordó de pronto. Aquellas dos inocentes criaturas eran las encargadas de enviarle a la tata infiel el ultimátum. O rompía con el novio, o le rompían la foto que tenían de él, vestido de cabo de Artillería.

Un rumor de comentarios se levantó en la leonera. Jaimito se jugaba en aquel momento su prestigio y su fama de justiciero. Sabido es el sentido de la justicia que poseen los niños y que van perdiendo paulatinamente a medida que se convierten en mayores. Jaimito lo había perdido por completo desde el nacimiento de aquellos dos arbolitos debajo de la nariz.

—Parece mentira, jefe—insistió José Enrique, que creía haber ganado la partida sobre su rival—. Qué falta de memoria. ¿En qué estás pensando?

Jaimito no podía decir en qué estaba pensando, porque seguramente Paquita se habría puesto como un tomate. Por eso volvió a hablar de «nuevos tiempos», «nuevas medidas», «circunstancias anómalas» y «revigorización del sentido de la disciplina». Su verbo fácil, lleno de palabras difíciles, justificó lo injustificable. Y José Enrique recibió un «masculillo» de los que hacen época y Paquita, la encajonadora Paquita, se quedó sin sus rodetes de un doble y despiadado trasquilón.

Cuando en la leonera sólo quedó el propietario, paseando de un lado a otro como auténtico león enjaulado, en la mesa mitinesca del escenario, sobre una bandeja que antes había sostenido la jarrá y el vaso de los discursos, campeaban dos redondas y doradas ensaimadas.

Jaimito tomó la bandeja, y derramó abundantes lágrimas sobre aquellos trofeos del martirologio nifista. Llenó de besos ambas ensaimadas, y no se las comió porque el pelo no se come. Es demasiado indigesto.

* * *

A partir de aquella fecha memorable, la revolución entró en barrena. García de la Puente, el muy resentido, se declaró independiente y fundó un nuevo partido: el Infantil. Nifistas e infantilistas se repartían las vallas en vivas a Jaimito y a Joselín, nombre de batalla del nuevo líder. Hubo cambio de notas y de piedras entre ambos partidos, hasta que una nueva escisión, y otra, y otra, fueron desintegramiento la unidad nacional. Nadie quería ser cola del león nifista, y sólo se preocupaba en sacar su cabecita de Ratón Pérez en cualquier parte donde hubiera algún niño que pudiese decir «Muy bien. Así se habla».

Los mayores, con ese fino sentido de los tiranos para humear las debilidades de sus vasallos y aprovechar el momento de apretarles el cuello sin hacerse impopulares, fueron cercenando las libertades concedidas a sus pequeños súbditos con una campaña en el «Diplodocus» contra los niños malos que sacaban los pies del plato. Se cerró el cabaret infantil, pretextando que un payaso estaba corrompiendo a la infancia con sus parodias lesivas para la autoridad paterna.

El Tribunal para la represión de la Delincuencia Infantil hizo una redada y encarceló a los cabecillas más levantiscos en un reformatorio, donde se les redució el estómago con una dieta de leche con nata, sopita de fideos y flan de sobre que aplacó totalmente sus viejos instintos belicosos.

Las cafeterías infantiles se convirtieron en «boutiques», que era lo que estaban deseando las madres, para poder jugar a las tiendas. Y los parques de atracciones se transformaron en ferias-muestrarios, que era lo que estaban deseando los padres, para poder jugar a negocios.

A finales del año 1972 la rebelión infantil estaba prácticamente dominada. Hubo una última intención de «gripe maligna», pero fué abortada con aceite de ricino vengador que hacía tiempo que volvía a venderse a granel y no en aquellas chocolatinas tan apetitosas y tan ricas que había lanzado al mercado la Unión de Farmacias para Niños, creada por imposición del nifismo triunfante.

¿Qué pensaba de todo esto Jaimito, el Libertador? ¡Bah! Niñerías. Los dos arbolitos de su bigote se habían convertido en un árbol frondoso, y cuando hablaba, sus palabras broncas hacían subir y bajar un hueso, parecido a una nariz, que acababa de salirle en la garganta, encima precisamente del nudo de la corbata.

¡Bah! Niñerías. Los hombres miraban la vida de un modo muy diferente. El recuerdo de la dulce y trasquilada Paquita había sido sustituido por la escultural silueta de una estrella de cine, y la leonera del semisótano había dejado el sitio a un garaje para un «Pegaso» de carreras y dos «halgas» descapotables de repuesto.

Aquel abandono del jefe provocó una oleada de odio en torno suyo. Los nifistas defraudados pensaron seriamente en un atentado, a base de «masculillo», «trasquilón» y toda la pesca. García de la Puente acaudillaba aquel grupo de fanáticos impenitentes, pero planeando el vil y cobarde atentado fué pasando el tiempo y también ellos se sintieron de pronto con un bosque debajo de la nariz y un hueso encima de la corbata. También ellos se habían convertido en hombres, en mayores, y podían decir como su antiguo jefe: «¡Bah, niñerías, niñerías!»

En la Universidad nos encontramos casi todos y nos fuimos a cenar a la Cuesta de las Perdices. a beber cerveza, a fumar puros y a reírnos de nuestras diabluras de la infancia.

—Buena la armamos—reía Jaimito—. ¡Qué tiempos!

—No sé cómo nos aguantaban nuestros padres—coreaba García de la Puente.

—A mí me dice mi hijo que no quiere ir al colegio—exclamó Rendueles, que se acababa de casar—y vamos, del tortazo que le meto, no vuelve a poder ir aunque quiera.

El hijo de Rendueles aún no sabía decir ni «ajo» siquiera. Pero convenía tener tomadas bien todas las medidas, por si acaso.

—Los niños son tremendos. Yo no me casaré en la vida.

Esta era la firme decisión de García de la Puente que hacía unos meses había vuelto a ver a Paquita Pedregal, muy guapa, aunque un poco demasiado voluminosa, para no pensar que muy pronto el capitán de Infantería de Marina que la llevaba del brazo iba a tener que tomar también sus medidas, como Rendueles.

Con un brindis de exaltación a la memoria de Herodes terminó aquella cena en la Cuesta de las Perdices, mientras todos los niños de España, en sus camitas, soñaban con los angelitos, y con uno sobre todo que se había llamado Jaimito y que les había hecho muy felices, muy felices, hasta que creció, empezó a llamarse don Jaime y se convirtió en un verdadero demonio, de esos que cenan perdices, beben cerveza que pica y fuman puros así de largos, mientras los pobres niños cenan sopa de fideos, beben leche con nata y fuman ridículos y denigrantes cigarrillos de chocolate.

Perdóneme el amigo lector este último borrón en mis cuartillas. Una lágrima ha desparramado la tinta de los postreros garabatos de esta historia. Aún sigo siendo «el distraído» de mis años mozos, y lloro cuando ya no viene a cuento, cuando nadie se acuerda de una causa perdida: la Rebelión de los Niños.

¿Perdida? ¿Para siempre? No seamos pesimistas. Mi hijo mayor está leyendo a hurtadillas lo que voy pasando en limpio, y sus ojos brillan con un fuego tan extraño que acaso este año 2000 sea el de la rebelión definitiva. ¿Y saben ustedes por qué lo digo? Porque mi hijo también tiene los ojos negros y profundos. Y, además, se llama Jaimito.



EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

SESENTA DIAS QUE CONMOVIERON A OCCIDENTE

Por **Benoist MECHIN**

¡A tragedia que acabó con Francia en sesenta días en 1940 constituye un hecho verdaderamente extraordinario. En tan corto plazo de tiempo toda una potencia de primera categoría quedó reducida a una nación ocupada y su fuerza en las relaciones mundiales totalmente anulada. Su aparato y fulminante derrota militar era consecuencia, como es natural, de algo que va más allá que la simple superioridad de su adversario; en realidad, se trataba de la liquidación de una larga serie de errores donde los políticos no eran, precisamente, los más pequeños.

Benoist Mechin, prestigioso publicista francés, autor de obras tan importantes como «Historia del Ejército alemán», «Mustafá Kemal» e «Abn Saud», se ha propuesto la tarea de desentrañar las causas de este gran desastre militar en una gran obra histórica que constará de tres tomos. El primero de éstos, relativo a la batalla del Norte, es el que hoy resumimos en nuestra sección habitual, destacando una serie de aspectos del mismo, que creemos que dan una idea de su contenido, harto difícil de resumir, por el hecho de que estudia este período de tiempo, objeto de su trabajo, día tras día.

BENOIST-MECHIN. — «*Seixante jours qui ébranlèrent l'Occident* (10 mai-10 juillet 1940)». Tomo I: «*La bataille du Nord* (10 mai-4 juin 1940)». — Editions Albin Michel. Paris, 1956.

EL 1 de septiembre de 1939, a las 4.45 de la mañana, las tropas del Reich invaden Polonia. El 2, a ruegos del Quai d'Orsay, el Gobierno italiano propone convocar una conferencia cuatripartita para intentar encontrar una solución pacífica al litigio germanopolaco. Ahora bien, el Gobierno inglés plantea como condición previa que el Reich retire sus tropas de todos los territorios polacos que ya ocupa, y el proyecto de reunión fracasa. El 3 de septiembre Gran Bretaña se declara en estado de beligerancia con Alemania. No sin retirencias y sin consultar al Parlamento, el Gobierno francés hace otro tanto el mismo día. La segunda guerra mundial ha comenzado.

EN ESPERA DE LA GUERRA AUTÉNTICA

Dieciocho días más tarde el Ejército polaco, sorprendido en plena movilización, es aplastado y el país sometido en su totalidad: al Oeste por la Wehrmacht, y al Este por el Ejército soviético. Ambas fuerzas se encontrarán a lo largo de una línea de demarcación fijada por adelantado. En menos de tres semanas Polonia ha sido devorada. A partir de este momento el centro de gravedad de la guerra se desplaza hacia Occidente.

¿Qué va a pasar ahora? Todos esperan grandes acontecimientos; pero, en contra de lo que se aguar-

da, no pasa nada. El invierno transcurre en la inacción. Despistada por la inmovilidad del frente, que refleja día tras días la monotonía de los comunicados, la opinión francesa comienza a enervarse. Todo la desconcierta en esta guerra preventiva, desencadenada demasiado tarde y además aséptica de operaciones militares. Su temperamento impaciente se acomoda mal a la «guerra fría», y el recuerdo de sus victorias pasadas está todavía vivo en su corazón.

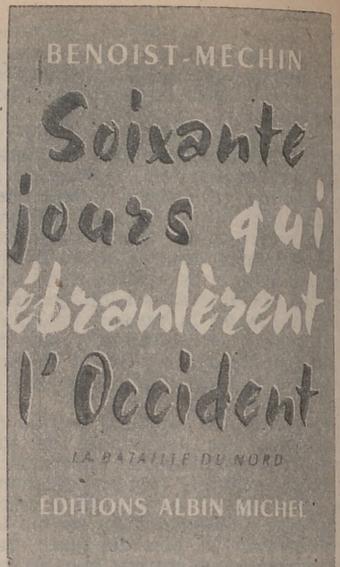
Para nada sirven unas palabras reconfortadoras de uno de sus jefes militares más prestigiosos, el general Weigand. Una vez que su eco se extingue un malestar indefinible se apodera de los espíritus. ¿Qué se esconde tras esta calma pérdida, tras estos cañones silenciosos, tras este cielo claro que no turba ni siquiera el surco de un avión amigo? La opinión reclama actos a falta de una solución. ¿Pero cuáles? ¿Firmar la paz? El canciller del Reich la ha ofrecido el 6 de octubre de 1939 en la tribuna del Reichstag, al día siguiente del término de la campaña de Polonia. El Rey de los belgas y la Reina de Holanda proponen su mediación; pero otras voces se elevan para decir que no se puede pensar en esto, pues ello equivaldría a ratificar la victoria de Alemania. Roosevelt ha enviado un emisario a Europa para investigar sobre la situación, que regresa a América antes de haber terminado su periplo.

El conflicto ruso-finlandés facilita una distracción a los espíritus (15 de enero de 1940). Los jóvenes se entusiasman por una campaña que unirá al gusto de las armas las diversiones de los deportes de invierno. Pero estos sueños maravillosos no se realizarán. El 12 de marzo, falta de aliento, Finlandia firma un armisticio con Moscú. Este hecho acaba de raíz con los proyectos quiméricos y vuelve los espíritus a la dura realidad. No es en Petsamo ni en las llanuras de Carelia; es sobre el Rhin y en los Vosgos donde será necesario batirse.

Entonces toda Francia se interroga: ¿Se dispone de todo lo necesario para afrontar el peligro? ¿El Alto Mando está presto a desermascarar cualquier sorpresa? Y el Gobierno, ¿qué hace el Gobierno? Este da la impresión de bogar a la deriva y de no ser capaz de imponer su voluntad. Los medios parlamentarios comparten esta inquietud. El 13 de marzo el Senado, reunido en sesión secreta, manifiesta por primera vez su desconfianza en relación con el Gobierno Daladier. El 21 de marzo M. Daladier dimite. El mismo día, a las cinco de la tarde, M. Lebrún encarga a M. Paul Reynaud de formar el nuevo Gobierno. A pesar de las prudentes dosis mezcladas en el Gobierno, la nueva combinación es acogida «sin calor y más bien con hostilidad por una parte del centro, de la derecha y de la izquierda». La declaración ministerial es breve. En ella se destaca la voluntad del nuevo presidente de «hacer la guerra» y de hacerla con el máximo de dinamismo y de eficacia.

LA FALTA DE PREPARACION INGLESA

Si Inglaterra se inquieta por la poca prisa que pone Francia en lanzarse a la guerra, ¿cuál no sería la preocupación de los franceses si conocieran el estado real de los armamentos británicos! Estos, hablando propiamente, son inexistentes. Es cierto



que Inglaterra posee una de las primeras Flotas del mundo y una buena Armada, dotada de aparatos modernos; pero son muy pocos numerosos. Ahora bien, en lo referente al Ejército terrestre no tiene estrictamente nada, aparte de un pequeño Ejército profesional, diseminado por su Imperio. Fiel a sus tradiciones, la Gran Bretaña no ha querido instaurar nunca el servicio militar obligatorio, hasta el punto de que se quisiera movilizar divisiones no dispondría ni de cuarteles para albergarlas, ni de material para armarlas, ni de cuadros suficientes para instruir las.

Desde la remilitarización de Renania por Alemania en 1936, el Alto Mando francés se ha esforzado por conocer cuál sería la contribución de Inglaterra a una guerra eventual, sir que nunca pudiese obtener una respuesta satisfactoria. Después de varias gestiones sin resultado alguno, el Gabinete de Londres acabó por hacer saber que no podría enviar al Continente, durante los seis primeros meses de una guerra, más que 150 aviones y dos divisiones no motorizadas. Si el Gobierno inglés daba estas cifras irrisorias es porque realmente no podía ofrecer otra cosa.

Pero entonces, ¿por qué se había lanzado a una política osada, que consistía en prodigar pactos y garantías de independencia a los países amenazados de Europa oriental, cuando sabía de una manera consciente que no disponía de fuerzas suficientes para mantener sus compromisos? Ello se debía a que contaba con Francia para cumplir esta tarea y estimaba que nuestra Infantería le serviría de brazo secular.

¿La declaración de guerra va, por lo menos, a despertar a Inglaterra e incitar al War Office a recuperar el tiempo perdido? Así podría creerse, pero no ocurre de este modo. ¿Por qué Inglaterra no se arma más rápidamente? Ello se debe principalmente a que es, ante todo, una potencia marítima y que siempre ha tenido una concepción particular de la guerra. La Inglaterra de Jorge VI no escapa a esta regla. Confiada en su «Home Fleet» y señora de los mares, se fía más en la eficacia de los bloqueos y en la masa enorme de materias primas que controla en el mundo que en el número de sus batallones. Convencida de disponer de tiempo se organiza tranquilamente al abrigo del escudo francés, sólo que este escudo resultará menos fuerte de lo que se esperaba. En la hora decisiva para Occidente los infantes y los aviones británicos estarán, si no ausentes, por lo menos no serán lo suficientemente numerosos para evitar la derrota. Y Francia, como lo había ya temido el general Spears, deberá cumplir sola la dura y sangrienta tarea de las batallas terrestres.

EL DRAMA DE LA FALTA DE PREPARACIÓN FRANCESA

¿Cómo va a abordar Francia esta dura y sangrienta tarea? ¿Dispondrá realmente, como lo cree el público, de un material de primer orden, de fortificaciones poderosas y de un Alto Mando consciente de sus responsabilidades?

He aquí que la realidad apenas si corresponde a este cuadro halagador. De un extremo a otro de nuestra Administración civil y militar reinan una confusión y una falta de realismo increíbles. Ordenes y contraórdenes, proyectos y contraproyectos, planes costosos iniciados un día para ser abandonados al siguiente; todo esto y otras muchas cosas más condenan la máquina de guerra francesa a girar en el vacío.

«La comparación de las fuerzas que van a enfrentarse—escribe el general Gauché—no es, ciertamente, como para inclinar el espíritu en el sentido de las empresas atrevidas. Tanto es así, que el Alto Mando francés pone todas sus esperanzas en la solidez de un frente que le permita a la vez esperar la indiscutible ayuda del exterior y la posibilidad de alcanzar una producción de guerra retrasada, que exige aún largos meses antes de alcanzar su pleno rendimiento.» Esta es la opinión del Estado Mayor francés un mes antes de la declaración de la guerra. Esta opción por la expectativa no está solamente dictada por el carácter estático y defensivo impreso al Ejército francés por las leyes de 1927 y 1928, sino que se desprende también de un horizonte estratégico herméticamente cerrado por una triple imposibilidad:

Imposibilidad reconocida de franquear el Rhin, imposibilidad, igualmente reconocida, de forzar la línea Siegfried e imposibilidad moral de violar la neutralidad belga.

El «plan de guerra» francés, si se puede dar este nombre a la alineación lenta y progresiva de nues-

tras fuerzas en un frente trazado por adelantado, no es, en suma, más «que un conjunto de reflejos defensivos, que vienen invariablemente a cristalizarse e inmovilizarse alrededor de la línea Maginot».

El 1 de septiembre de 1939, declaradas las hostilidades e invadida Polonia, el jefe del Estado Mayor del Ejército francés declara:

—Francia está presa en el engranaje político. Se encuentra ante un muro y no puede retroceder.

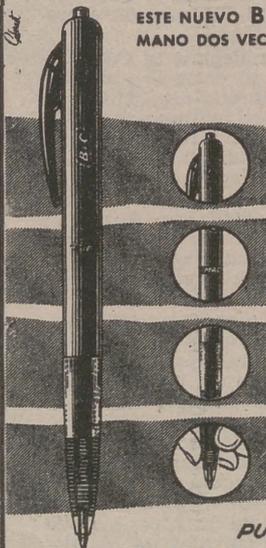
Manifiestamente, nuestro Estado Mayor no posee más que un plan estrictamente defensivo. Más aún: no puede tener otro en la situación en que se encuentra y con los medios de que dispone. Ya que no existe el Ejército polaco, ya que los Ejércitos americanos están más allá del horizonte, ya que Inglaterra no estará preparada hasta 1942, ya que nuestros carros blindados y nuestros aviones no saldrán en serie hasta mayo de 1940, ya que nuestra movilización industrial apenas si acaba de iniciarse, ya que nuestras fortificaciones septentrionales están todavía recién iniciadas, todo recomienda a nuestro Estado Mayor no apartarse de una prudente circunscripción.

Prudentemente, Daladier ha vacilado en comprometerse en las vías peligrosas que propugna una Memoria presentada por el general Gamelin, generalísimo del Ejército francés, en la que se encuentran condensadas las tesis nuevas del Estado Mayor. Allí se explica que el problema consiste en obligar a la Wehrmacht a batirse. Para esto es necesario incitarla a tomar la ofensiva en nuestro frente, al mismo tiempo que abren nuevos teatros de operaciones.

Cuando Daladier es derribado, Reynaud, que le sucede, va a lanzarse sin vacilar por este camino peligroso. ¿Por qué adopta esta línea de conducta cuando conoce mejor que nadie nuestra falta de preparación? Son muchos los factores que han podido representar un papel; pero la razón que incita a Reynaud a tomar una actitud «resueltamente ofensiva», tanto frente a la nación como en los Consejos de ministros, tiene raíces muy profundas. Proviene de su temperamento impaciente y también del hecho de que no es libre de sus actos. Se le ha presentado como un hombre enérgico y deci-

“Montado sobre amortiguadores”

ESTE NUEVO BIC HACE SU MANO DOS VECES MAS AGIL



HAGA VD. LA PRUEBA

Presione sobre la punta y notará que retrocede como el amortiguador de un automóvil.

Esta ventaja permite perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

- 1.º ¡Retráctil! Un sencillo mecanismo movido por palancas hace innecesario el capuchón.
- 2.º ¡Siempre limpio! La tinta IMAC empleada en este modelo no puede derramarse ya que se coagula al aire. No mancha, se seca instantáneamente. Es indeleble siendo admitida en Administraciones Públicas, Bancos y Escuelas.
- 3.º ¡De una sola pieza! Sin recambio. ¿Para qué recargarlo si por el mismo precio se puede comprar otro?
- 4.º ¡Más práctico! Nivel de tinta visible. Bien sujeto en la mano por su parte estrado.

PUNTA **BIC**

solo cuesta
8 pesetas

ATENCIÓN: ¡Todo lo que corre sobre bola no es BIC! Sólo la VERDADERA PUNTA BIC le garantiza una fabricación de alta precisión, un control irrefragable, un funcionamiento regular. Observe bien antes de comprar si tiene la marca de garantía BIC.

FÁBRICA LAFORREST S.L. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 66 - BARCELONA

dido, y he aquí que es víctima de su propia leyenda. Ha censurado demasiado el «attentismo» de Daldier para que no adopte la posición contraria a la actitud contemporizadora de éste. Es necesario acelerar el ritmo de los acontecimientos y pasar rápidamente de la «guerra fría» a la caliente, si quiere estar a la altura de su reputación: la de un hombre que no se espanta ante ninguna responsabilidad y que no se detiene ante ninguna dificultad. Y para mantenerse en el Poder, que una mayoría precaria ha puesto entre sus manos, no vacilará en jugar toda la vida de un país de una sola jugada de dados...

«La democracia—ha escrito el general Spears— es una concepción espléndida; pero ofrece la desventaja, en ciertos momentos, de levantar al Poder a hombres... que llevan a una gran nación a la derrota en el espacio de algunos días.

LOS PREPARATIVOS ALEMANES

Si se transporta uno al otro lado del Rhin, ¿qué es lo que se ve allí? Un pueblo de energías tensas, convoyes de tropas motorizadas que surcan las autopistas, una industria cuyas fábricas trabajan noche y día por forjar los más poderosos instrumentos de guerra que jamás conoció Alemania. Pero nada de esto se improvisó en unos pocos días. Este potencial enorme en hombres y en material es el fruto de una labor paciente y metódica, proseguida desde años.

Cuando Hitler llega al Poder, en enero de 1933, encuentra un Reichwehr en plena evolución. Este Ejército de 100.000 soldados profesionales, del que se dice que von Seeckt había hecho un Ejército de 100.000 capitanes, está a punto de hacer saltar los cuadros en que pretendía encerrarle el Tratado de Versalles. No pudiendo aumentar sus efectivos se rodea de una serie de organizaciones para militares que mantienen el espíritu combativo en la juventud alemana. Además se esfuerza por compensar la debilidad numérica por un profundo estudio de las nuevas técnicas. Durante el invierno de 1923-1924 el teniente coronel von Brauchitsch, el futuro comandante en jefe, organiza maniobras con vistas a estudiar las posibilidades ofrecidas por el empleo de tropas motorizadas, actuando combinadamente con la Aviación. Al término de estos ejercicios un joven oficial de Caballería, el capitán Heinz Guderian, cuya competencia en materia de motorización y madurez de espíritu, ha sorprendido a sus jefes, es nombrado profesor de táctica y de historia militar en el ministerio de la Reichwehr. A partir de este momento Guderian no deja de patrocinar la acción de los carros en una guerra futura. Sus afirmaciones reiteradas acabarán por atraer la atención de sus superiores. Tanto es así que, tres años más tarde, se le destina al «Truppenamt», el servicio que constituye el corazón secreto del gran Estado Mayor alemán.

El 13 de enero de 1933 Hitler llega a la Cancillería. Reichenau se convierte en su consejero militar, mientras que Blomberg es nombrado ministro de la Guerra. Estos facilitan a Guderian una entrevista con el nuevo dueño del Reich. Tiene lugar en Kammersdorf y no dura más que media hora, una media hora durante la cual Guderian expone al Führer el papel de las tropas motorizadas y hace evolucionar ante él algunas de estas fuerzas. Hitler es conquistado inmediatamente por los movimientos rápidos y precisos de las formaciones que se le presentan. Y desde entonces se decide la creación del Ejército blindado.

El 16 de marzo de 1935 Hitler anuncia que el Reich recupera su soberanía en materia de armamentos y restablece el servicio militar obligatorio. A partir de esta fecha el rearme alemán va a proseguirse a un ritmo acelerado. Seis meses después del 16 de marzo han sido ya creadas tres «panzerdivisions». Simultáneamente, un esfuerzo considerable es emprendido en la Aviación, bajo el impulso de Göring, Udet y Milch. El Reich se dota de un arma aérea que sus jefes consideran como la obra personal del régimen. Milch insiste en la necesidad de cooperar los carros con las escuadrillas de reconocimiento y con los bombarderos en picado. Es de la relación estrecha entre estas dos armas de la que saldrán las «panzerdivisions» de 1940.

De acuerdo con las instrucciones del general Lutz, Guderian hará aparecer durante el invierno 1936-1937 un libro titulado «Achtung! Panzer». Esta obra está destinada a fijar la doctrina de los carros y a propagar sus premisas entre el público. Es el equivalente alemán a la obra del coronel De Gaulle, «Vers l'Armée de métier», aparecido die-

ciocho meses antes. Si el tono es menos llamativo, los principios enunciados son los mismos.

Naturalmente, el rearme alemán tiene sus puntos débiles. Los generales tradicionalistas se muestran escépticos ante las posibilidades de las divisiones blindadas y lamentan las sumas enormes que cuesta su creación y su puesta en funcionamiento. Se preguntan si responderán a todas las promesas que ofrecen cuando tengan que actuar en el campo de batalla.

La campaña de Polonia somete a las unidades blindadas a la gran prueba. Revela que los blindados no son lo suficientemente fuertes y que las divisiones ligeras son un error. La lección no será desaprovechada. Las divisiones ligeras son suprimidas, y entre octubre de 1939 y abril de 1940, el Estado Mayor de las tropas rápidas modifica el material de las divisiones acorazadas y transforma su estructura. La experiencia viene a reforzar la doctrina.

En la víspera de la campaña de Francia, la Wehrmacht comprende, además de las 120 divisiones normales, 10 «panzerdivisions», que representan un total de 2.500 a 3.000 carros, agrupados en tres Cuerpos de Ejército autónomos, mientras que se forman dos «panzerdivisions» suplementarias en el interior del país.

EL PLAN DE ATAQUE ALEMÁN

Creado el ariete estratégico, ¿cómo va a servirle Alemania de él? Es frecuente entre los franceses atribuir una especie de presciencia sobrehumana a los generales alemanes. El examen de los hechos demuestra cuán equivocado es esto y cómo ellos están sometidos a las mismas vacilaciones y a las mismas indecisiones que los demás. Por extraño que esto pueda parecer, una vez terminada la campaña de Polonia, el gran Estado Mayor alemán no tenía ninguna idea precisa sobre la continuación de la guerra. La perspectiva de emprender operaciones en el Oeste no le atrae en modo alguno. Ellos ponen todas sus esperanzas en un compromiso político con Francia e Inglaterra. Pero las propuestas de paz no tienen ningún eco, y los dirigentes de la Wehrmacht se ven obligados a admitir la necesidad de la continuación de las hostilidades.

Como sus colegas de Vincennes, los estrategas de la Bendlerstrasse ven su horizonte tapado por una serie de imposibilidades: imposibilidad de forzar la línea Maginot por ataques frontales; imposibilidad de envolver las obras fortificadas francesas sin invadir los territorios de Bélgica y Suiza, cuya neutralidad ha sido reconocida por el Gobierno del Reich. Por todo ello prefieren acantonarse en una estrategia defensiva.

Sin embargo, rechazados sus ofrecimientos de paz, Hitler ordena a su Estado Mayor que prepare un plan de ofensiva, pasando por Holanda y Bélgica, y que deberá ejecutarse en breve plazo. Acosado a la acción, el Estado Mayor alemán esboza un plan que semeja al plan Schlieffen, el que aplicaron los ejércitos de Guillermo II en 1914.

Al conocer estos proyectos, un hombre da rienda suelta a su desilusión y su sorpresa. Es el general von Manstein, jefe del Estado Mayor del general von Rundstedt. Si Guderian es el creador del Ejército blindado y Rommel el que la servirá con más brío, Manstein es el cerebro estratégico más poderoso de la Wehrmacht. Dotado de una lucidez poco común, su espíritu lógico, apto para captar las situaciones de conjunto, somete el citado plan a una crítica implacable. A sus ojos, el proyecto representa uno de esos lamentables errores que estropean toda una campaña y cuyas consecuencias no pueden ser luego remediadas.

Manstein se pone en seguida a elaborar un contraproyecto, que opondrá a las directivas del gran Estado Mayor. Como puede suponerse, el «plan Manstein» levanta en las altas esferas una ola de reprobación. Una lucha de influencias, en la que no está excluido el amor propio, se empeña entre el Estado Mayor y el plan Manstein. Este, que persiste en defender su punto de vista, se atrae la hostilidad de sus superiores y acaba por ser destituido.

Manstein, que goza del apoyo incondicional de Guderian, logra, sin embargo, que su plan llegue al Führer. El 17 de febrero Manstein es llamado a Berlín. Allí expone su plan a Hitler y señala las ventajas que presenta y demuestra cuán insuficientes son los objetivos previstos por el proyecto del Estado Mayor. Hitler es seducido inmediatamente por la audacia y la amplitud del plan que le somete Manstein y da la orden de que sea estudiado rápidamente. El 6 de marzo hay una nueva conferencia, en la que el citado plan es adoptado «defi-

nitivamente. Más tarde, cuando se pregunte a Manstein si piensa que Hitler tiene capacidades estratégicas, responderá: «Seguro. Yo tenía la más alta opinión de su juicio en materia militar, pues adopté mis propias ideas.» No obstante, el Führer hará dos modificaciones importantes al citado plan.

Una vez tomadas todas las resoluciones, los mandos de los diversos ejércitos parten para sus cuarteles generales y el dispositivo alemán se prepara. Todas las piezas de este enorme mecanismo son rigurosamente comprobadas. La decisión última sólo depende del buen tiempo. En Alemania, todo está preparado para pasar a la acción. La moral de las tropas ha llegado a su cima. Arden por combatir. Sólo hay un punto oscuro: la línea Maginot, que, según se dice, es inexpugnable.

Y en Francia, ¿qué pasa? Ocho meses de inacción en las casamatas de la línea Maginot o en los acantonamientos de la retaguardia no han servido para desarrollar mucho el espíritu combativo de nuestros reservistas. El invierno ha parecido largo. Pero la primavera, con los permisos, hace presentar la vida menos triste y hasta se organizan competiciones deportivas en las propias fortificaciones. Nuestro Estado Mayor no parece estar más consciente de la gravedad de la hora ni vivir en una tensión constante de todas sus energías. ¡Y, sin embargo, no le dejan de faltar advertencias! Pero todos estos gritos de alarma permanecen sin efecto. En la tarde del 9 de mayo, uno de los jefes del 2.º Bureau sugiere al Estado Mayor que se llame urgentemente a todos los que disfrutan de permiso. No se hace el más mínimo caso. Nuestro Estado Mayor se pierde en especulaciones lejanas y piensa en abrir nuevos teatros de operaciones. Cuando se alce el telón, será demasiado tarde. Nadie podrá ya conjurar la catástrofe. Y en sesenta días fulgurantes, la Historia hará el balance de veinte años de errores.

HITLER, DEFENSOR DEL IMPERIO BRITANICO

El 24 de mayo, cuando ya la ofensiva ha derrumbado el frente aliado, Hitler convoca una urgente reunión de sus consejeros militares. En ella, el general von Brauchitsch propone un ataque de gran alcance de las fuerzas blindadas, con la intención de presionar violentamente sobre la bolsa de Dunquerque. «La mayor batalla de cerco de la Historia, declara Keitel, debe terminar con el aniquilamiento de todas las tropas inglesas, francesas y belgas que combaten aun en Flandes.»

Pero Hitler rechaza este proyecto, que representa, según él, una pérdida de tiempo inútil. Para él, la suerte de las fuerzas aliadas que combaten en Flandes está ya sellada. ¿Qué importa si algunos contingentes se escapan? Además, tendrán que dejar sus armas y material. Lo que importa es preparar el ataque contra la línea Maginot. No debe haber ninguna interrupción entre la batalla de Flandes y la de Francia. Y de acuerdo con él, el general Runstedt prescribe todo un plan de operaciones.

A la salida de la conferencia, Hitler, con gran sorpresa de los asistentes, se pone a hablar en términos admirativos del Imperio Británico, de la utilidad de su existencia y del valor de la civilización introducida por Gran Bretaña en el mundo. Compara al Imperio Británico con la Iglesia Católica, estimando a ambos como dos elementos indispensables de la estabilidad general. «Pedré solemnemente a la Gran Bretaña, prosigue, que reconozca la posición preeminente de Alemania en el continente. El retorno de nuestras colonias sería evidentemente deseable, pero no es esencial. Las colonias no constituyen mas que una cuestión de prestigio, ya que no se las puede guardar durante una guerra, y, además, pocos alemanes soportan el clima de los trópicos. Estaré dispuesto a ofrecer a Inglaterra, si se encuentra en dificultad, el apoyo de mis ejércitos.» Para terminar, afirma que desea una paz con Inglaterra «sobre unas bases que ésta aceptaría como compatibles con su honor».

La orden de detener el avance de los blindados es transmitida a los jefes de Cuerpos para su ejecución. Esta orden inesperada consterna a los generales. Todos se preguntan qué es lo que puede haber motivado esta decisión del Führer. Von Kleist interrogó a Hitler a este respecto algunos días más tarde, haciéndole observar que la Wehrmacht había perdido una ocasión única al no ocupar Dunquerque antes de que los ingleses se escapasen.

—Es posible —respondió Hitler—; pero no quería

RECETARIO DE COCINA

ANTRE-
POUR
SOPAS
VINOS
ARROZ
PURRITOS
TRUQUIS
CARNES
Y PESCADO
SALSAS
UNIVERS
POSTRES



Siga mi ejemplo, adquiera otros productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S. A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a **PUBLICIDAD RIEMAR**, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

que nuestros carros fuesen a perderse en los pantanos de Flandes.

Se ha discutido incansablemente sobre esta cuestión. ¿Cuáles han sido los motivos reales de Hitler? Ahora bien, después de haber confrontado el conjunto de testimonios publicados hasta hoy sobre este discutido tema, es imposible sacar una conclusión definitiva.

—El Führer —asegura el general von Runstedt— contaba con un término rápido de las operaciones en el Oeste. Y no ha querido crear lo irrepasable entre el Reich e Inglaterra, esperando la posibilidad de un acuerdo entre los dos países. Es por ello por lo que ha dejado escapar al grueso del Cuerpo expedicionario británico, con el fin de facilitar las negociaciones de paz.

—Esta tesis es absurda —rechaza el general Guerdian—. Capturando la totalidad de las fuerzas de lord Gort es como se hubiese podido obligar a los ingleses a un arreglo. Dejarles los elementos gracias a los cuales podrían levantar y encuadrar nuevos ejércitos era incitarlos, por el contrario, a proseguir la guerra y afirmarles más firmemente que nunca en su resolución.

—Goering se había comprometido a determinar la suerte de Dunquerque con la participación exclusiva de la aviación —declara el general von Kleist. El había suplicado a Hitler que no concediese este honor al Ejército de tierra, sino a la Luftwaffe, haciendo así la batalla de Dunquerque una victoria del régimen.

—Hipótesis absurda —rechaza el general Blumentritt, pues la Luftwaffe no disponía de material adecuado para esta tarea, y Hitler tenía que estar al corriente de este hecho. Por todo lo cual, nada tiene de extraño si la opinión que se extendió rápidamente en el Estado Mayor fue que la orden de Hitler no fue dictada sólo por razones militares, sino también por algún secreto designio político.

Un solo hecho es cierto: Hitler detuvo a los carros y encargó a la aviación que terminase la batalla. Al obrar así, Goering y él sobreestimaron grandemente el poder de la Luftwaffe.



HERVAS, TIERRA DEL AGUA

CIUDAD MODERNA Y PUEBLO MEDIEVAL

UN INJERTO POETICO EN TIERRAS EXTREMEÑAS

Al entrar en el valle de Hervas, verde y luminoso, de exuberancia y de paz, pierde uno la conciencia de sí mismo; se diluye en el ambiente, en el paisaje. Y al volver en sí no se dice sino que siente uno como en arrebatado el deseo imperioso de exclamar: «¡Aquí! Quiero aquí poner, como en un nuevo Tabor bucólico, mi tienda y permanecer». Y, descargándose nuevamente del lastre urbano de ansias, angustia y preocupaciones, sigue uno sumergido en el inmenso silencio, ese grato y casi rumoroso—valga la paradoja—silencio que la Naturaleza reclama para darse a conocer y amar.

Dos largas y altas líneas montañosas marcan ampliamente el camino, un camino perdido entre la fronda de huertos con cercas de limpia piedra, árboles frutales tapados por celosías de parras y rosales; esbeltos chopos y olmos cuyo verdor, a fuerza de intenso, casi cabrillea al sol... En fin, un camino perdido, asaltado por un denso remolino de hojas, cuyos huecos dejan entrever una tierra mantillosa y fecunda, a la que los habitantes deben su pan, su alegría, su carácter y su buena y noble condición de prodigalidad.

Gana, pues, el paisaje al viajero. Un paisaje que no es Extremadura, ni Castilla, ni León, ni el Norte. Y de todo hay. Conclu-

ye uno pensando: «Esta tierra ha hecho a estos hombres, y estos hombres no han malversado el aliento de esta tierra.» Tierra varía: dura y rocosa en las cimas de los montes, donde aguanta el embate de los vientos y heladas, y suave, dulce y casi enervante en la molición del valle. Y así su gente: cortés y generosa en su modo, pero... fuerte y extremeña en última instancia.

AGUA, AGUA, AGUA.
AGUAS MEDICINA.
LES Y DE RIEGO

Hay que recorrer un triángulo

para llegar. En un momento del viaje el coche y el pueblo están situados en los dos ángulos de la base, pero hay que alcanzar al vértice y volver. Cosas de las carreteras, que son así en ocasiones. Alienta el paisaje, que con todos los signos posibles denuncia su valioso secreto: agua. Agua, mucha agua en la hondonada del semicírculo que cierra en lo alto el horizonte.

Pero no olvidemos una cosa: cinco kilómetros atrás se quedó Montemayor, que ya tiene nom-



bre propio en las guías. Y surge la sospecha:

—¿Aquí no hay aguas medicinales?

Pregunto y caigo en la cuenta de que estoy hurgando en una llaga. En una llaga provocada precisamente por sed: sed de turistas y veraneantes. Y creo que, desde luego, tienen razón.

—¿Aguas medicinales?—me repiten precipitadamente.

Y casi contando con los dedos, añaden:

—Aguas termales sulfhídricas frías, bicarbonatadas, sódicas, nitrogenadas, para enfermedades del hígado y afecciones de la piel.

—Pero hace falta balneario.

—Lo hay. El Salugral.

—¿En explotación?

—Ha sido adquirido por la Caja de Ahorros de Plasencia para una colonia infantil veraniega benéficosocial.

Levanto la vista y veo que una elevada cumbre tiene echado su «echarse» de nubes. No puedo afirmar si estaba nevado. La nube parecía revolotear, girar, pero sin irse, sin despegarse del pico geográfico. Claro que en los trastornos climatológicos de este año de 1956 tampoco puedo afirmar que andemos ahora por una primavera rayana ya con el verano. Porque la verdad es que los hechos de temperatura y agua nos sitúan en los comienzos de un marzo cuando las nubes van y vienen jaleadas por los vientos, cuando las lluvias se presentan y desaparecen como enormes ráfagas acuosas de la atmósfera.

Y seguimos por el valle. Seguimos bordeando el triángulo. Y ponemos pie en tierra para ver, oír, oler... para sentir la Naturaleza que nos invita. Y nos acoge la Naturaleza con tibia temperatura; nos saluda, nos da la mano con un vaho de verdor y fragancia; nos ayuda a ver con su clara luminosidad.

—Estamos a setecientos metros sobre el nivel del mar.

—¿Y aquel pico?

Señalo una de las cumbres, a cuyas faldas se encuentra el pueblo. En realidad, son varias.

—Unos mil trescientos metros. Esos mil trescientos metros tiene el Valdeamor, y mil doscientos el Canchal de la Gallina, y unos mil cuatrocientos el Pinajarro. De éste nace el río Ambroz.

El Ambroz es uno de los ríos de Hervás. Hay dos más: el Santhervás, que ha dado nombre al pueblo y el Gallego. El Ambroz, después de corretear y jugar sin



Junto a las viejas casas medievales se alzan edificaciones de elegante arquitectura

muchas infulas entre grandes cantos y dar vida a huertas y prados, se entrega, al cabo de cincuenta kilómetros, al Alagón. Pero además serpentean por aquí infinidad de arroyuelos, o sacuden con estruendo el silencio algunas torrenteras o hacen gárgaras al salir de tierra un sinnúmero de fuentes naturales. Hasta seiscientos fuentes naturales han contado «los más viejos del lugar».

Así ocurre algo sorprendente: en el pueblo se abastece el agua a domicilio, a razón de ciento veinticinco litros por habitante y día, captada en cuatro manantiales, aparte de las quince fuentes públicas, algunas monumentales: dos del siglo XVII, en forma de copa. Y algo más sorprendente todavía: una red de colectores cuyas bocas son de hierro no corriente por su presentación.

Y Hervás sólo alberga cinco mil habitantes.

LA PENA DE LOS PECADOS CONTRA EL ARBOL

Quienquiera que pase por estas calles limpias, relimpiadas, asfaltadas o recubiertas con cemento, con jardines en sus plazas, con fuentes monumentales. En fin, perfectamente urbanizado. Quien contemple sus edificios de tres plantas en la mayoría de los casos. Quien esto vea y luego oiga

que sólo hay cinco mil habitantes, ha de quedar extrañado.

Pero más se extrañará aún. Hervás cuenta cinco mil habitantes desde el año 1886. Y los que pasan de esa cifra toman el camino en busca de otras tierras. Frente a unos ciento dieciséis nacimientos, suele haber unas cincuenta defunciones. Pero esto se arregla con la emigración. Unas setecientas cincuenta personas han salido en estos últimos cinco años, principalmente hacia Asturias y Cataluña.

Entonces ¿qué pasa aquí? ¿Es un pueblo rico o pobre? ¿Agrícola o industrial? Parece rico por su atuendo exterior y por su género de vida. A su teatro viene todos los años una compañía de Madrid, que permanece de ocho a quince días. Y entre su bosque de castaños se esconde una plaza de toros, hermosa y de sólida construcción, de unos cuatro mil espectadores. Y no creo que sea cabecera comercial de una comarca, sino todo lo contrario; le coge apartado de los más vivos caminos, aunque cuenta con carretera y tren. Aquí estamos un grupo de poetas, escritores y periodistas, venidos expresamente en autocar desde Madrid para tomar parte en el Día Poético, organizado por el Ayuntamiento con el inteligente asesoramiento del poeta y recitador Emilio González Hervás.

Pienso, tengo que pensar, en sus campos; seis mil dieciocho hectáreas de término, de las que las dos terceras partes se hallan sin cultivar. Dos terceras partes, de monte. Hay masas arbóreas de castaños, robles, chopo y aliso. Pero también hay cerca de tres mil quinientas hectáreas peladas, desnudas de árbol, batidas por el cierzo o el sol, tierras que gimen con el viento por sus muchos años de infructuosa presencia.

—¿Siempre estuvo así?

—Hubo robles.

Contesta un anciano que me hace competencia en juventud: don José Sánchez Matas. Anda y baja por el monte a mi paso, haciéndome olvidar que sobre él pesan ochenta y cinco años de edad.

Un típico rincón del pueblo extremeño

Anda y anda, charla con ingenio y humor, alienta y espera. No es cronista oficial, pero sí es cronista a lo vivo. Conoce pasado y presente del pueblo y habla de ello como si su lengua fuese un magnetófono de cuanto pueda decirse de Hervás. La villa va en él.

—¿Desaparecieron por el fuego esos robles?

—No; por otra cosa peor. Por falta de autoridad.

Y señala con su bastón mientras habla con un dejo de tristeza:

—Aquellos robles se perdieron a raíz de la revolución de 1868. Sin autoridad para imponer el bien, fueron descortezados a fin de utilizarlos en corticidión.

Lección tremenda. La pena de los pecados contra el árbol, contra las masas forestales, se paga por generaciones sucesivas. Es una tremenda lección que cuesta mucho trabajo aprender. Es lección que hay que imponer.

—Y ahora, ¿los vecinos qué esperan?

—Está acordada y proyectada la repoblación por el Servicio de Cáceres.

—Mucho dinero.

—Aportamos el diez por ciento del importe de las cortas de todos los años en los montes municipales.

Y meditabundos seguimos el camino. Alza el bastón, sin levantar la vista del suelo, para decir con ardor juvenil algo que él no presenciara:

—Ahí, en esas sierras, está el futuro económico de Hervás.

LOS MEJORES CASTAÑOS DE ESPAÑA. UN MILLON DE PESETAS DE RENTA

Ocurre que vamos así hablando por una carretera entre un verdadero bosque de castaños. Castaños altos y corpulentos, entre cuyo espeso ramaje revolotean y cantan los pájaros. Un castañar que recuerda las masas arbóreas del norte de España, pero con más alegría y luz. A la izquierda hay un gran declive, relleno de árboles, que se llama la Barrera del Rayo.

—Dicen los ingenieros que ésta es la mejor vegetación de castaños de España.

—Esto significa mucha riqueza.

—Del Ayuntamiento.

Hay, en efecto, un rico patrimonio municipal: una zona, en la Sierra y este castañar, donado al Municipio por la Reina doña Violante en 1278. Comúnmente se dice que en agradecimiento por haber encontrado una buena ama de cría para el infante; no falta quien diga—y en esto se hace fuerte don José Matas—que en recompensa por la ayuda económica que en un momento angustioso prestaron los ricos judíos de Hervás, muy abundantes, como hoy testimonia el barrio de que hablaremos después. Lo cierto es que este castañar, en su mayoría maderable, cuenta con noventa mil árboles, que rentan al Municipio de ochocientos mil al millón de pesetas anuales. Resulta, pues, que el presupuesto municipal supera el millón de pesetas.

Al pie del castañar, en las cercanías del pueblo, me impresiona un cúmulo grandioso de árboles corpulentos.

—¿Qué es eso?

—El Parque Municipal.

Un parque hermoso, bonito, muy cuidado, con estanque y fuente en el centro. Mido con la vista los altísimos árboles, que me recuerdan los de Aranjuez.

—Fueron plantados en 1943. De entonces data este Parque.

Seguimos. Y pasamos por una especie de prado, de blando y rico suelo, también propiedad del Municipio.

—Estos solares serán donados a quienes construyan chalets o casas de veraneo, siempre que se avengan sus constructores al tiempo y tipo de edificio que determine el Ayuntamiento.

Me detengo rápidamente, respiro y recorro con la mirada todo el contorno inmediato, el paisaje, el inmediato castañar, el parque contiguo, la cercana Sierra, el agua que corre por todas partes, y al final me digo: «¿Para qué miro?» Y dolorosamente seguimos. Un grupo escolar. Un hermoso grupo escolar; seis secciones de niños y seis de niñas. Pero no es todo; hay también un colegio religioso de Hermanas Josefinas Trinitarias; cuatro o cinco escuelas particulares de párvulos; una Escuela de Trabajo y una escuela dominical en que Acción Católica instruye a las sirvientas domésticas.



Conjunto panorámico de un barrio de Hervás

—Y, sin embargo, no faltarán los analfabetos.

—Más en los hombres que en las mujeres.

UN LABERINTO CALLEJERO

De nuevo en el centro del pueblo, se encuentra uno con la conclusión a cuestas: Hervás es un pueblo de perfecto dualismo: campo desnudo y campiña fértil; ciudad moderna y pueblo medieval, bien conservado. Afirmando así «in mente» viendo por una estrecha calle un sector, todavía no recorrido: el barrio judío.

Aquí está, en este barrio, una reliquia del pasado. Pasar por sus calles es andar por siglos yaidos. Se ausenta uno del presente. Calles estrechas, estrechísimas; de tres, de dos y de menos metros de anchura. Suelo no urbanizado a la moderna, sino «enrollado», es decir, de cantos rodados. Casas de dos plantas con habitaciones salientes, con aleros de más de un metro, que a veces se continúan de un edificio a otro para servir de piso a un balcón contiguo. Ventanas, ventanitas y ventanucos casi obstruidos por macetas de claveles y geranios. Cuestas y recodos... hasta hacer que en cada dos o tres metros haya una novedad. Porque las calles, en trazado laberíntico, van en zig-zag, cuando no vuelven después de constituir un cuadrado, al mismo punto de partida, sin que haya otra solución. En fin, un conjunto desigual y diverso: ningún edificio es igual al siguiente ni en altura, ni en forma, ni en salientes y huecos de sus paramentos. Una especie de dibujo moderno en donde juega el blanco con el gris. Así se presenta a la vista mirando desde la parte nueva del pueblo, porque la judería, que viene a ser una cuarta parte del caso urbano, se extiende sobre la margen izquierda del río Ambroz.

Vamos bajando por el paseo de la Cuesta, nombre exacto. Este paseo se abre camino a media ladera de un elevado monte. A la izquierda, un valle, cuadrado por cercas de huertos, composamente verdes y moteados por árboles frutales. A la derecha, sobre la cumbre, el antiguo castillo hoy parroquia de Santa María. Supe después: una iglesia de alrededor del siglo XV, construida sobre el castillo del Ambroz, del IX. Portada de piedra labrada en arco de medio punto, entre cuatro columnas de orden toscano. Una sola nave, de cuatro tramos, sostenida por arcos de medio punto. En ella se han recogido los restos e imágenes de la antigua ermita de San Gervasio y Protasio, que estaba en Sancti-Hervás, construida en el siglo V, pero que debió ser derruida en la guerra de la Reconquista y en las que se originaron en los siglos XIV y XV por el Trono de Castilla y León con los portugueses. La torre actual de la parroquia consta de un primer piso, con ventanas góticas, resto del antiguo castillo, y un segundo piso, con arcos de medio punto, añadido para colocar las campanas. Unos trece metros es la altura total de esta torre.

—Y desde la iglesia, ¿cuántos



Asistentes al «Día Poético», celebrado en Hervás recientemente

metros hay hasta el río que cife al monte?

Un hervasense, muy contento con todas estas reliquias, hace sus cálculcs.

—Unos cien metros, poco más o menos; quizá menos.

Y salvados con las debidas precauciones los cien metros de bien empinado terreno pone uno los pies a orillas del cauteloso río. Un río de modesto cauce, cuyas aguas van dando trompazos de piedra, en piedra, de canto en canto unos cantos enormes y bien lavados, que por la forzada mansedumbre de la corriente no llegan a provocar espuma. Pero, sin embargo, este lecho visible y granulado, junto con las masas verdes de las orillas, algún que otro caserío y el puente romano, forman un agradable conjunto un buen cuadro al natural, que invita a sentarse para contemplar, gozar y descansar. Al lado, en la misma orilla, hay, para que no se olvide que estamos en Hervás, una fuente: la Fuente Chiquita. La fuente y el río. Descansemos

UN BARRIO JUDIO COMO EN LA EDAD MEDIA

«¡Qué descansada vida!» en esta umbría gozosa. Pero no es posible gozar; hay que seguir hablando. Quisiera sólo ver y palpar pasivamente el ambiente, pero no. Sólo dispongo de cinco o seis horas de permanencia, que hay que aprovechar.

Desde el caño del Robledo Hasta la Fuente Chiquita No he encontrado en el camino Más que mujeres bonitas

Recita a medio tono mi acompañante, mientras extiende la mirada en derredor.

—¿Qué es esa especie de busto?

—¿El «Machón»?

Nos acercamos. Es una piedra vertical, tallada, que se alza en el mismo pretil de tosca piedra del puente romano. En dos grandes oquedades se insinúan los ojos. También parece tener relie-

ve una espada, lo que determina su condición de guerrero. Su hieratismo frente a la corriente del río le da un aire de esfinge. Una esfinge que no tiene secreto, pero sí leyenda, una leyenda de amor judiocristiano.

—Dien que un joven cristiano sorprendió a una doncella judía muy hermosa cuando intentaba penetrar en la zona cristiana, como en servicio de información. Cara a cara los dos jóvenes, prendió en ellos ese amor que nunca falta en esa edad. La muchacha era hija del rabino local. Y el lugar de cita fué junto al puente. No faltó quien llevase al rabino la noticia de este amor entre dos jóvenes de distinta religión, delito que el rabino mandó sancionar con cuchillo. Y por golpes de cuchillo amanecieron los dos jóvenes muertos; ella, la hija del rabino. Y acudió la gente. Y se presentó el sacerdote cristiano, que habló a todos los presentes. Y casi todos se convirtieron al catolicismo.

—Ya.

Y, envueltos en la leyenda, nos adentramos por el barrio de la judería creyéndonos vagar por la Edad Media. Procuero no separarme de mi acompañante, porque me pierdo por el laberinto. ¿Que habrá detrás de aquella esquina?, me pregunto cada diez o veinte pasos. ¿Una placita? ¿Una encrucijada? Y lo increíble es eso: que no hay ni plaza ni encrucijada, a pesar de las callecitas cortas que se entrecortan, que se arranciman. Los salerizos de la primera planta, como grandes viseras, muestran por debajo la formidabile madera de su textura, que ha resistido el embate de los años. Tiene la madera color gris negruzco, pero no cede al tiempo. Como tampoco cede la de los aleros, y la de los balcones corri-

dos. Un alarde de madera, de madera, de los bosques de roble y castaño de estos montes que ahora nos cobijan.

—¡Curioso! Nunca había visto un enlucido de fachada como ése.

—Son tejas.

He aquí lo curioso: el paramento de las fachadas cubierto con tejas árabes, que muestran al exterior la parte cóncava. No recuerdo haber visto cosa igual. No son todas, pero sí muchas, las casas que así cubren sus paredes. Original e impresionante, si no algo de impresionismo. Una de ellas, situada en un recodo, que no plaza, se presenta así a mis ojos: salerizo de madera de cerca de un metro; ventanas y balcón corrido, de madera, cubierto de macetas de flores; una ventanita que da sensación de hueco oscuro bajo el ancho alero, pero de ella sale un palo por cuyo extremo se cruza otro palo a modo de balanza, del que penden macetas y macetas de claveles; y la fachada, con tejas. Quieto estoy, contemplando, un buen rato. Doy unos pasos a la derecha para descubrir nuevo aspecto. Y luego, otros pasos atrás. La gente me mira sonriente, pero sigo yendo para allá y para acá, como el que anda a la caza de una mariposa.

Pronto la pierdo de vista, porque las calles, estas angostas calles que parecen cerradas en lo alto por los aleros, dejan poca perspectiva por delante. Aun así vuelvo la cara. Y sigo. Sigo oyendo mis propios pasos. A veces por encima de los tapiales de algún huerto alargan sus ramas, como enormes brazos que salen al paso para saludar, ls bien corpulentas higueras, o se enroscan por los caballetes los atrevidos rosales. Calle de la Sinagoga, del Rabilero... Todo evoca el judaísmo, un judaísmo que debió ser económicamente poderoso. Juntos vivían en este barrio bajo tanto los poderosos como los humildes, porque para ellos no había más

límites que los cristianos, los del barrio alto. ¿Cuántos eran? Muchos, muchísimos. ¿Quedan rastros? Andando voy y no dejo de fijarme en los rasgos fisonómicos. Y llego a la conclusión: no han desaparecido las huellas raciales.

—¿Y adónde fueron?

—En su mayoría, a la provincia de Murcia.

Nombres quedan dispersos por la geografía de España de estos judíos de Hervás: los hermanos Cohen Salvadiel, Moze Zarco, Jacob Cohen, Camala de Luengo, Haben Haxiz, Rabí Samuel, Lombroso, Bellida la Rica, Don Santo Texedor, Simón Calderón, Orabuena... Gente que ejercía la industria y auxiliaban a los señores, y aun a los reyes, en sus apuros para las levás y compromisos de guerra.

—Y dato curioso—dice don José con cierto orgullo—, casi todos los judíos desterrados de esta su tierra nativa, cambiaron sus apellidos por el nombre de Hervás.

—Poco ha variado esto—le dije refiriéndome a la parte material del barrio.

—Poco. Poquísimo. Casi igual.

—Una verdadera reliquia.

—Ahí—me dice señalando una casa oscura y algo destaralada—estuvo la sinagoga. Por eso esta calle se llama así.

Poco dice hoy este caserón, que no es más que un cuadrángulo oscuro, cubierto el suelo por grandes piedras, dividido el espacio en compartimentos de madera, como si se tratase de pequeñas cuadradas.

—Este bebedero — por lo visto beben las vacas—no es corriente.

—Es la pila de las abluciones — me contesta lastimero.

Ojeo el techo y lo encuentro ahumado.

—No siga buscando; nada encontrará.

—Vaya.

—Un anticuario barcelonés se llevó hace poco una hermosa tabla con un sol tallado.

—Pero...

Restregando las puntas de los

dedos, le indico movimiento peculiar.

—Doscientas pesetas.

Todos, sin ponernos de acuerdo, apretamos los labios y movimos la cabeza. Y nos entendemos.

A pocos pasos me impresiono de pronto. Y salgo de la impresión para entrar en la sorpresa. En un rincón callejero, en un recodo, descubro una gran brecha. Miro temeroso hacia arriba. Me tranquilizo al ver a través de la brecha gente que pasa.

—Esto es una calle.

—¿Una calle?

—Una calle.

—¿Se llama?

—No tiene nombre.

Quiero datos concretos. Y mido con el pie. Y, a pesar de que calzo un cuarenta, no caben tres pies. No sé si habrá otra igual en España.

Y seguimos. Pero no sigo contando, porque por cada metro hay algo que decir. Y es cosa difícil de contar. Sólo de ver

LUCHA POR LA TIERRA CULTIVABLE

—La verdad es, señor Alcalde, que tiene usted un pueblo sorprendente. Lo antiguo, por su fidelidad y permanencia en lo antiguo. Y lo moderno, por lo muy moderno, sólido y espléndido.

El Alcalde es don Francisco Cid Gómez-Rodulfo, hombre enjuto, pequeño, de gesto decidido, emprendedor y que tiene como empresa, como empresa extremeña, la resurrección de Hervás. Parece hombre de pocas palabras

—¿Mucho turismo?

—Poco.

—Me preocupa el saber las causas de la emigración

—Decadencia industrial

Por lo que oigo en el grupito que me rodea, deduzco la siguiente: después de nuestra guerra se han cerrado tres fábricas de paño y dos de muebles. Hervás, lo mismo que Béjar, distante unos quince kilómetros, ha tenido buenos ingresos con su industria textil. Hoy, Hervás está en decadencia en este aspecto. Pero hay que concretar bien: las desavenencias familiares en los momentos de la herencia han sido causas decisivas. En cuanto a las de muebles, explotadoras de los magníficos castaños de estos montes, hay, además, otros factores. Hoy quedan dos fábricas textiles, telares antiguos, muchos talleres de ebanistería y de cestos, fábrica de electricidad, de aderezo de acetuna, de vino y alcoholes, almacén de madera y talleres de tonelería.

—¿Y la agricultura?

Observo que hablar de la agricultura es mucho hablar, por lo multiplicada que anda la propiedad del poco terreno cultivable. Hay nada menos que cuatro mil parcelas. La propiedad del arbolado y del suelo es conjunta. No hay colonos y son poquísimos los aparceros.

—¿Cuántas hectáreas de regadío?

—Quinientas.

Un regadío que data de tiempo inmemorial. El agua, procedente de los tres ríos citados, es administrada y distribuida por unos guardas, nombrados por la Hermandad Sindical, a propuesta de

los propietarios interesados de cada pago. Un labrador medio viene a tener unas cincuenta áreas de tierra regable.

—¿Entonces cuánto vale aquí una hectárea de regadío?

—De ochenta a noventa mil pesetas, según la situación de la parcela.

—¿Cuánto hay de secano?

—Unas mil quinientas hectáreas, todos los años. La producción media es siete cincuenta quintales métricos de trigo... siete cincuenta de cebada... ocho de algarrobas...

—¿Grandes propietarios?

—El labrador medio no pasa de las ciento veinticinco áreas.

—Entonces los preclos...

—De treinta mil a cuarenta mil pesetas la hectárea, según el cultivo y la situación de la parcela.

Hay, además, doscientas cuarenta hectáreas de cultivo único de vifia y ciento veinte de asociado, treinta hectáreas de olivar en cultivo único y ciento cincuenta en asociado, muchos árboles frutales: cerezos, melocotoneros, manzanos...; y trescientas hectáreas de prado, cuya hectárea se cotiza entre ochenta mil y noventa mil pesetas.

Conclusión: Hervás es un pueblo de Ayuntamiento bastante rico y de vecinos que no son ricos. Esto lo explica todo.

EL «DÍA POÉTICO»

En fin, hemos venido para asistir al Día Poético, una idea feliz por lo que tiene de poesía y de dar a conocer el pueblo, que el Alcalde realiza con la eficaz colaboración del poeta y recitador, nativo de aquí, Emilio González Hervás, que le falta tiempo para corresponder a saludos. Mucho antes de comenzar el acto literario la gente se agolpa en la calle en inquieto deseo de lograr plaza en el teatro; piza gratis. Y no hay para todos; pero los de fuera no quedan divorciados del escenario; un escenario adornado con guirnaldas, etc. Los de fuera siguen los recitales y declamaciones por altavoces. Creo que sólo estuvieron ausentes los enfermos e impedidos. ¿Nota sobresaliente? El silencio ejemplar del auditorio, un auditorio no acostumbrado a estas lides de palabras, gestos y entonaciones. Quede registrado el hecho.

Antes de regresar visitamos la parroquia de San Juan, que fue convento de padres trinitarios, fundado en 1664, y de arquitecto desconocido. Construcción de piedra labrada, y ladrillo, estilo clásico del XVII. En su interior, una nave con dos capillas laterales. Tres retablos barrocos con imágenes de talla policromada. En una de las capillas se venera la imagen del Cristo del Perdón, obra de Francisco de Cutanda, que, según la tradición, sudó sangre durante tres días en el año 1716. Su actitud es original: arrodillado sobre una bola que representa el mundo.

Regresamos. Llegamos a las dos de la tarde. Cogemos de nuevo el autocar a las nueve treinta. Llegaremos...

Hemos llegado a Madrid a las cinco de la mañana. Contentos.

JIMENEZ SUTIL

(Foto Mora.)



Plasticidad y belleza en los puentes y en los jardines



A DOS PASOS DEL "NADAL"

VICENTE TORRENTE Y SU NOVELA "EN EL CIELO NOS VEREMOS"

PERIODISTA, DIPLOMÁTICO
ESCRITOR DE VOCACION
Y CONSTRUCTOR DE
BARCOS, A RATOS

El autor de la novela que en el último premio Nadal llegó a clasificarse en tercer lugar se llama José Vicente Torrente. La novela se titula «En el cielo nos veremos».

José Vicente Torrente es un novelista joven, alto, muy alto, que hoy, al entrar yo en su casa, tendiéndome la mano, me ha dicho:

—Yo también he sido periodista, y del periodismo he vivido durante más de diez años. En un periódico, allá por el año treinta y seis, cuando yo tenía dieciséis años, apareció mi primer artículo, y en un periódico, en un semanario, publiqué también mi primera novela. Fué en EL ESPAÑOL de la primera época. Era una novela que se publicó por entregas y que me dió a ganar lo que yo nunca esperaba: ¡Cinco mil pesetas!

El escritor viste hoy con un impecable traje azul marino, camisa blanca y corbata negra; habla con una asombrosa rapidez, que a veces le hace al lápiz seguir difícilmente el ritmo de su conversación, y, al hablar, acompaña a sus palabras con el movimiento vertiginoso de sus largos brazos. Vicente Torrente, un escritor sin experiencia de las reuniones y tertulias literarias de los cafés, sabe poner en su charla el ingenio de la suave amenidad y la anécdota que salta pronta de su vida de hombre andante por muchos caminos. Por los caminos de casi todas las ciudades de Europa y las tierras de América.

—Cuando llegué a Madrid, pensé que había que elegir uno de los dos caminos: o encerrarme en casa a trabajar o meterme en las largas veladas de los cafés madrileños para hablar de todo, discutir de todo y encontrarme al final con las manos vacías. Preferí lo primero. Hoy, en medio de mis



Tres fotografías de Vicente Torrente. En una de ella puede verse el instrumental para la construcción del pequeños barcos, a lo que es gran aficionado



Torrente, novelista, examina el plano de uno de los futuros navios que él mismo construye

**160.000
ALUMNOS
CCC**

GARANTIZAN
LA PERFECCION DE LOS METODOS
DE ENSEÑANZA DEL FAMOSO
CENTRO DE CULTURA
POR CORRESPONDENCIA

Nombre _____

señas _____

población _____

solicita información GRATIS
sobre los cursos señalados X

- | | |
|---|---------------------------------------|
| <input type="checkbox"/> INGLÉS | <input type="checkbox"/> CONTABILIDAD |
| <input type="checkbox"/> FRANCÉS | <input type="checkbox"/> TRIBUTACION |
| <input type="checkbox"/> ALEMAN | <input type="checkbox"/> CALCULO |
| <input type="checkbox"/> INGLÉS SUPERIOR | <input type="checkbox"/> REDACCION |
| <input type="checkbox"/> FRANCÉS SUPERIOR | <input type="checkbox"/> ORTOGRAFIA |
| <input type="checkbox"/> SOLFEO | <input type="checkbox"/> CULTURA |
| <input type="checkbox"/> CON DISCOS | <input type="checkbox"/> TAQUIGRAFIA |
| <input type="checkbox"/> SIN DISCOS | <input type="checkbox"/> MECANOGRAFIA |
| | <input type="checkbox"/> RADIO-CINE |
| | <input type="checkbox"/> TELEVISION |
| | <input type="checkbox"/> DIBUJO |
| | <input type="checkbox"/> CORTE |
| | <input type="checkbox"/> CONFECION |

CCC - H-156 - SAN SEBASTIAN
corte o copie este cupon

trabajos y ocupaciones profesionales, todos los días dedico unas horas a la pluma y a las cuartillas; es la única forma de no perder el contacto con las cosas. Para mí, escribir fué siempre un placer, una diversión; aunque no frecuento las tertulias literarias, tengo en ese mundo muchos y muy buenos amigos que recuerdo de mi vida periodística. A mí me ha pasado como al madrileño que se marcha a provincia y, al regresar, lo encuentra todo cambiado. Mis largas estancias en el extranjero me hacen ver a Madrid siempre en un constante cambio.

La novela última de José Vicente Torrente está situada casi toda ella fuera de España, en una tierra y en un lugar que él conoce tan bien como sus tierras de Huesca o las calles de Madrid. La acción se desenvuelve en el Caribe, en tierras de Panamá, y aunque el protagonista es español y españoles son muchos de sus personajes, el otro centenar de hombres y mujeres que «En el cielo nos veremos» arrastran sus pasiones, sus odios, su afán desmedido y brutal por la avaricia de un puñado de plata, sus traiciones, sus crímenes, sus vidas cargadas de remordimientos y nostalgias, se reparte entre italianos, chinos, hindúes y todo aquel mundo raro y distinto de colores y razas que, atraídos por el oro, llegaron un día de 1904 para empuñar el pico y la pala en la construcción del Canal de Panamá. Aquella vida de unos hombres que cambiaban sus pesadas jornadas de sol a sol por una copa de ron, y después de muchos años volvieron a sus patrias o vagabundearon por tierras extrañas sin un céntimo en el bolsillo, y la vida de aquellos que parecieron tener la extraña virtud de convertir en oro y en plata las piedras del Canal; ese es el ambiente trepidante que el autor ha escogido para su novela. Una novela que, cuando cae en las manos, es difícil soltar. El protagonista es un joven español que, perdida su fe, su conciencia, su preparación religiosa de algunos años en un Seminario, dejando tras sí el recuerdo de su primer pecado y el robo de unos miles de pesetas y unas onzas de oro, después de recorrer los caminos de Francia, haciendo la vida

de un auténtico pícaro, llega un día a la zona del Canal de Panamá, teniendo por delante el extraño mundo de esos hombres que, cegados por la avaricia, sólo les quedaban los ojos para ver las sendas del engaño, de la perfidia, de la traición, de pasiones y crímenes sin nombre. La última parte de «En el cielo nos veremos», en los dos últimos capítulos, sin que la perfecta técnica de la novela decaiga, sin bruscos saltos, más bien como la consecuencia lógica de esa misma y perfecta técnica que el autor ha sabido llevar en las trescientas páginas del libro, el protagonista, el pícaro, ya de vuelta a su patria, siente de nuevo la voz angustiada de su conciencia, y, desprendido de una fabulosa herencia que deja en favor de sus víctimas, termina sus días al amparo de la ley de Dios, oyendo las palabras de un pobre cura de aldea que, al fin, ha sabido ganar al criminal y al avaro su última partida.

—La novela—dice el autor mientras ríe—no es ni tiene nada de autobiográfico. Es la vida de un perfecto sinvergüenza en quien se cumple aquello de un bel morire onora tuta una vita. Sin embargo, yo he oído personalmente por aquellas tierras relatos y episodios de hombres que merecen todo crédito acerca de este tema, y he vivido en aquellos lugares. Ahora no he hecho más que ordenar aquellos datos, darles forma y vida y poner nombres a mis personajes.

DESTINO: PUERTO PRINCIPLE

José Vicente Torrente tiene ahora treinta y seis años. Nace el día veintiséis de octubre de 1900 en Huesca, y allí pasa sus primeros años. Después de sus primeros estudios y terminado el bachillerato, cuando piensa iniciar su carrera universitaria, es exactamente en 1936: la hora de cambiar el fusil por el libro. Como voluntario ingresa en una compañía de la Falange de Huesca y recorre los frentes de Santander, Zuera, Aragón, Tortosa, el Mediterráneo, Sarrión, Candiel, Castellón, Borjas Blancas, Barcelona, Gerona, Alicante. Recién licenciado, llega a Madrid para empesar en la Universidad Central. Allí estudia su primer artículo en un periódico. Se publica en «Nueva España», cuando él tiene diecisiete años, y es Lorenzo Muro el director del diario.

—Recuerdo que aquel primer artículo fué casi «fusilado», fue un fenómeno en lo que tenía de información. El artículo era sobre el socialismo, y yo entonces del socialismo lo único que sabía es que era una cosa mala contra la que estábamos pegando tiros en el frente.

Los tres primeros años de Derecho, José Vicente Torrente hace en una sola convocatoria. Alterna el Derecho con sus artículos sobre Economía en varios periódicos madrileños y en algunas revistas técnicas, como «Economía Mundial», a cuya Redacción pertenece desde su fundación. Después, redactor financiero de «Pueblo», «Diario de Barcelona», «Faro de Vigo» y otros pe-

riódicos de provincia. Al terminar el tercer año de Universidad, ya José Vicente tiene casi decidida su vocación: será diplomático. Para perfeccionar idiomas hace su primera salida al extranjero con destino a Berlín. Es el año 1940.

—Yo tenía unas pocas perras que me dió mi abuela materna, y con esto y las que gané escribiendo desde allí para los periódicos tuve para mal mantenerme. Escribía sobre todo lo que se puede escribir. Dos años más tarde volví a Alemania para hacer unos reportajes de Economía, y ya esta vez las cosas cambiaron. Antes me hospedé en una triste pensión y ahora, como iba enviado por un periódico, me alojé en el hotel Adlon, en la Puerta de Brandeburgo, donde estaba la famosa cuadriga de caballos.

Más tarde, Inglaterra, Irlanda, Bélgica, Italia, Francia. En 1948 José Vicente se presenta a las oposiciones de diplomático, presentando su tesis sobre «La doble imposición internacional sobre economía», y su primer puesto como diplomático es un destino en la Dirección General de Política Económica en el Ministerio de Asuntos Exteriores y secretario adjunto de la Comisión de Expropiación de Bienes Extranjeros. La vida de nómada que todo diplomático lleva consigo empieza pronto: primer envío, a Puerto Príncipe, como secretario de Embajada, en 1950. De Puerto Príncipe al Consulado de España en Nueva York, y al firmarse los acuerdos del 26 de septiembre de 1953 entre España y Norteamérica, José Vicente Torrente vuelve de nuevo a España, a la Dirección General de Cooperación Económica. —Mi horario es rahrr nómica.

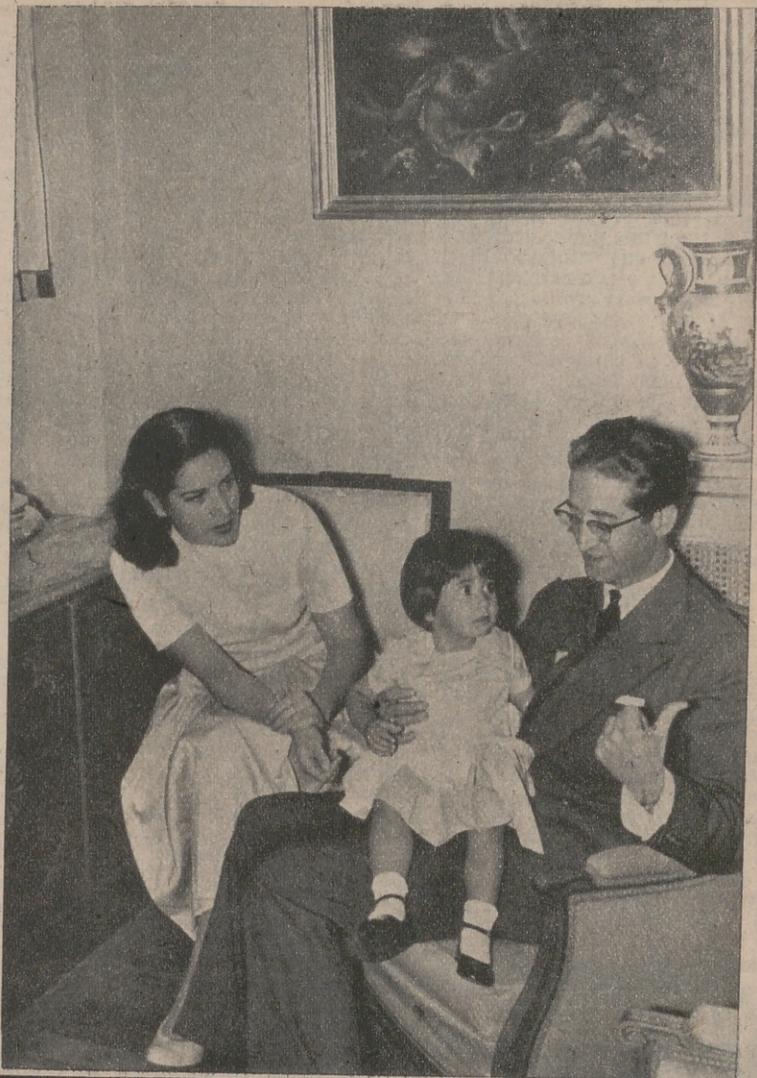
—Mi horario es un poco apretado. Hay mucho trabajo, y para escribir mis cosas suelo emplear algunas horas de la noche.

EN CUALQUIER PLAZA MAYOR

La primera novela de José Vicente Torrente tuvo por título «IV Grupo del 75/27».

—Es una novela de guerra, escrita ingenuamente, como sin oficio, porque cada día me convenzo más que esto de escribir es un oficio, además de otras cosas. Allí sostenía yo una tesis que luego con el tiempo se ha repetido, y era que nuestra generación, la generación que hizo la guerra, era una generación puente que tenía por fin unir dos formas muy distintas de vida: luchar contra todo aquello que había ido delante de nosotros, que había existido antes que nosotros, que había existido antes que nosotros, para después verse incomprendido por quienes nos seguían. Era como renegar un foso. Eramos como una generación que había de consumirse en aquella tarea. Esa misma tesis la expuso Giménez-Arnán en su novela «El puente», que se publicó un mes antes que la mía y que yo no había leído ni sabía que existía. De esta coincidencia hemos hablado muchas veces Giménez-Arnán y yo. El plas-

En un rincón de la biblioteca, que cuenta con centenares de volúmenes



El novelista con su esposa y su hija Maria de la Hiedra

mó su tesis en una novela que, a mi juicio, es la mejor de las suyas, y yo lo hice sin tener oficio, a mis veintitrés años, teniendo en la cabeza muchas ideas y en la pluma poca o ninguna veteranía. En mi novela se movía un grupo de gentes que, al hacer la guerra, pensaba que después para ellos todo el monte iba a ser orégano, pero después se imponía la realidad de que cada uno volvía a la paz, encontrando cada cual su camino con sus propios medios. Estando yo en Puerto Príncipe se publicó en una revista española

un artículo en el que se afirmaba que aquella novela mía estaba entre las cuatro mejores novelas sobre nuestra guerra.

Estas últimas palabras, José Vicente las dice con una alegría indecible, que no trata de disimular.

—Aquella novela no se ha vuelto a publicar. Yo la tengo aquí en unos recortes, pero le aseguro que ni siquiera la he vuelto a leer.

El siguiente título a «IV grupo del 75/27» no fue una novela. Era un libro sobre las «Relaciones económicas de España con Hispanoamérica», escrito en cola-



boración con Gabriel Mafueco para un concurso en el Instituto de Cultura Hispánica. El premio se ganó y se repartió con otros concursantes del Seminario del catedrático Torres. Era un estudio concienzudo de todas las relaciones económicas entre España y las Repúblicas hispánicas, precedido de una parte histórica de estas relaciones desde la independencia de aquellos países hasta nuestros días.

—La siguiente publicación será otra novela, que titularé «Plaza Mayor». Ya la tengo casi terminada. Es una novela bronca, sin caer en lo tremendista, pero que a algunos parecerá casi desagradable. Es el relato de cosas que ocurren todos los días. Todo lo que digo en ella ha pasado en varios pueblos de mi provincia de Huesca, y yo lo que hago es sacar a esos personajes de sus pueblos y meterlos en la plaza mayor de una aldea cualquiera de España, donde los hombres hablan y se mueven atraídos por el imán de toda clase de intereses.

OCHO MIL ESPAÑOLES EN LA CONSTRUCCION DEL CANAL

En un libro publicado hace ya muchos años por Alfredo B. Hall, profesor de Historia, y el explorador Clarence L. Chester, titulado «Panamá y el Canal», se lee: «De todos los «hombres de plata», los españoles fueron los mejores, trabajaban dos veces más que los negros y recibían, naturalmente, dos veces más su sueldo. A veces, los españoles en el Canal llegaron a ser del número de los ocho mil. Los españoles fueron quizá los

menos dotados para aquel clima, pero, sin embargo, llevaron a cabo mucha más tarea, que los otros. Eran pequeños de tamaño, pero musculados, deseosos de aprender y ansiosos de ser promovidos a mejores puestos, como subcapataz o capataz. Eran fuertes e inteligentes, y donde se precisaba de inteligencia allí se les ponía. El monzón ni el cielo abierto en cataratas les impedía trabajar. El canal tuvo dos etapas: la de los franceses, en el año 1883, presidido por Lesseps, que fracasaron por una rotunda quiebra en el negocio, dejando allí todas las maquinarias, y la de los americanos, que se dieron cuenta de la importancia del Canal e hicieron a la Sociedad francesa en bancarrota una propuesta de compra. Los franceses querían 90 millones de dólares y terminaron por aceptar cuarenta. A estos 40 millones de dólares se añadieron los 10 que a Norteamérica exigió la República de Panamá por la cesión del terreno. En 1904 Teodoro Roosevelt tomó posesión de la zona del Canal, empezando la construcción en este año para terminar en 1914. Hubo momentos en que se reunieron más de 40.000 hombres entre alemanes, franceses, italianos, españoles, negros de dialecto inglés o francés, griegos, romanos, indostanos, mulatos de todas castas y colores, en espera de un dólar diario por jornal. El dólar era un maravilloso anzuelo donde, al picar, muchos caían enfermos y muertos por la fiebre amarilla, la tisis, el tifus y mil enfermedades más que se retorcían al dólar como serpiente venenosa para morder con su veneno al hombre de pico y pala. En este ambiente y hacia 1907 llegó a la zona del Canal Benito Paul Sánchez: «Llegué a Panamá como emigrante; sudé con el pico y la pala; después ascendí a litero, y ahora, a capataz! ¡El sueño dorado de miles y miles de gentes a fanadas en la construcción del Canal! ¡Dejar de pertenecer a los «silver men» para comenzar a cobrar en oro, para ser «gold men!» «Silver men» era el hombre de plata, el jornalero que en plata cobraba su larga jornada de sol a sol en las tierras del sol y del monzón.

la vida de este nuevo pícaro del siglo XX, para quien sólo en los comienzos de su niñez y en los últimos años de su azarosa, turbulenta y atormentada vida existió la llamada o la vez de una conciencia dormida por la avaricia del oro, la pasión de la lujuria, por los fajos de billetes en los Bancos americanos, las perlas compradas a bajo precio en las costas de Venezuela, la compra y venta de hombres traídos por el engaño al Canal en las cubiertas de un barco tripulado por tres asesinos al mando de Benito Paul Sánchez.

Dos cosas muy esenciales hay que alabar en esta novela del diplomático y escritor: su lenguaje sencillo, sin amaneramientos, y la técnica magistral de una acción desbordante, por la que van pasando todos los bajos fondos de una picaresca cruel, de una sociedad corrompida, maltrecha, desfigurada por una única pasión: ¡el oro!

NOVELISTA Y «CONSTRUCTOR DE BARCOS»

—Yo escribo como me sale de dentro, tal y como lo siento. A veces tengo que usar el diccionario para ver si esta o aquella palabra es de Huesca o de Castilla. En aquellas tierras donde transcurre «En el cielo nos veremos» he vivido yo desde noviembre del año 1950 hasta noviembre del 52. Toda la zona del Caribe puedo decirle que la he recorrido paso a paso.

De las paredes de esta sala donde hablamos cuelgan preciosos cuadros de pintura que dan al salón un aspecto de museo. Una tabla de la Adoración del siglo XVI, un alquimista de Teniers, otra tabla del siglo XVII que representa la Cena. Incrustadas en marfil hay unas ramas retorcidas de ciervos que hacen juego con unos originales cuadros de caza. En una alacena empotrada en la pared, monedas raras que simbolizan el largo itinerario del di-

de barcos.

—Yo soy también constructor de barco.

El escritor, muy serio, señala con su brazo tendido un diminuto barco construido a escala que representa a una de las goletas que en cierta ocasión pusieron sitio a Gibraltar. Junto a ellas, dos cajas con maderas finísimas, una sierra diminuta, garlopas en miniatura, y sobre el papel, el proyecto de un nuevo buque.

—Mis escasos ratos de ocio se me van entre la pluma y el «arsenal». Después los barcos suelen tener siempre el mismo fin: un regalo para mis amigos.

En el salón hace su aparición un nuevo personaje. Pequeñita, con unos ojos muy grandes y haciendo equilibrio sobre sus pies, aparece una niña de unos veinte meses, con un vestidito rosa. Es María de la Hiedra, la única hija del escritor.

Una última pregunta al diplomático y una respuesta rápida:

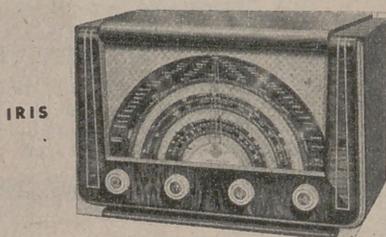
—La carrera diplomática tiene su haz y su envés, su brillo y su amargura. El brillo es lo que resplandece, lo que se ve; la amargura es lo que se siente cuando se está lejos de España, siempre notada por tierras extrañas, a las que uno tiene la obligación de aclimatarse.

E. LINDELL

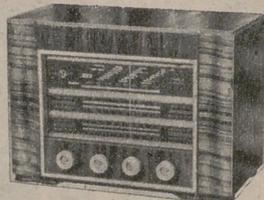
Tungsram

SIGUE TRIUNFANDO
CON SU
SERIE

Multi Band
CRYSTAL SOUND - SYSTEM (MANDO PANORAMICO)



IRIS



LUCERO

BARCELONA
CALLE CASPE, 12
Teléfono 210318



MADRID
AV. JOSE ANTONIO, 27
Teléfono 213734



En la conferencia en Praga, aparece Molotov entre los mariscales Zúkov y Koniev. El primero de la izquierda, en la segunda fila, es Chepilov

EL KREMLIN, CAMBIA SU "HOMBRE ROBOT"

CHEPILOV, PIEZA CLAVE DE KRUSCHEV

UN REGALO PARA TITO: LA DIMISION DE MOLOTOV

DE CARA A LOS
«BALLETS»

El viernes 1 de junio, mientras la agencia Tass anunciaba la dimisión de Molotov como ministro de Asuntos Exteriores, entraba éste silenciosamente en el palco rojo y oro del teatro Bolshoi. Un minuto después aparecían en el escenario los «ballets» armenios.

Al día siguiente, los periódicos de Moscú despertaban la unánime curiosidad de todo el mundo. Muchas fotografías de José Broz Tito y su esposa. En realidad, casi íntegramente, los periódicos venían dedicados a Yugoslavia. Sólo en última página perdida en la inmediata proximidad de los anuncios de los espectáculos, aparecía la noticia de la dimisión del ministro.

Para esas horas, en la estación moscovita de Kiev, se había celebrado, entre tapices y banderas, la llegada del mariscal yugoslavo. Entre los personajes estaba un hombre alto, de talla enorme, recias espaldas, pelo corto y de un extraño color arenoso. Ese



Dimitri Chepilov, hasta ahora director de «Pravda», sustituto de Molotov en el ministerio de Asuntos Exteriores de la U. R. S. S.

hombre era Dimitri T. Chepilov, nuevo comisario del pueblo en los Asuntos Exteriores.

En los puestos principales, con el pelo blanco al aire, se encontraba Molotov. Como los demás, estrechó la mano de Tito, que inmediatamente, con el sol haciendo brillar su uniforme, se dirigió al micrófono. Después de hablar calurosamente de la amistad entre los dos pueblos, se detuvo un instante: «Nosotros hemos sufrido una pena inmensa cuando las relaciones entre nuestros dos países se rompieron por causas que fueron independientes a nuestra voluntad...»

Molotov, con el mismo aire impassible de siempre, semicerrados los ojos miopes, escuchaba unas palabras que le eran personalmente dirigidas.

MOLOTOV, EL HOMBRE
DE STALIN

La historia de Molotov es suficientemente conocida. En estas mismas páginas de EL ESPAÑOL hemos dado anteriormente amplio resumen biográfico de él. Sin em-

bargo, bueno será recordar que la primera vez que conoció a Stalin fué en el año 1912. La revolución iba, poco a poco, clasificando a los hombres por grupos. En el de Stalin formó, desde entonces y por encima de toda la tormenta futura, el nombre de Molotov.

Trotsky, cuyo carácter explosivo y violento no perdía ocasión de zaherir a los stalinianos, mostró especial acritud contra Molotov. En una ocasión, mientras se celebraba una conferencia del partido, le atacó duramente: «Usted no es otra cosa—le dijo—que la encarnación de la mediocridad».

Hubo un momento de pausa. Después, fríamente, se escuchaba esta contestación: «Todos no podemos ser genios. Yo me conformo con tener voluntad y valor...» ¿Eran éstas las características esenciales de Molotov?

Viacheslav Molotov era hijo de una familia de la clase media. Su padre, cuyo apellido verdadero era Skriabine, fué un modesto funcionario estatal. Nadie podía suponer el futuro. El joven Viacheslav destacaba en la escuela, a los ojos de los profesores, por dos razones: una prodigiosa memoria y una enorme capacidad de trabajo.

Cuando Molotov pasa a la revolución, una de sus primeras medidas es cambiar de nombre. El apellido Skriabine sonaba demasiado aristocráticamente. Stalin—acero—también había adoptado un nombre de guerra definitivo. El futuro ministro de Asuntos Exteriores soviético escogió un derivado de «Molot»—martillo—, y de ahí nació el Molotov. Así, por curiosa afinidad de espíritu, el «martillo» y el «acero» iban a formar durante casi cuarenta años una «entente» política.

LA POLITICA DEL «HOMBRE-ROBOT»

Molotov, uno de los personajes más extraños producidos por el mundo soviético contemporáneo, interesó siempre a los diplomáticos internacionales. Durante horas y horas superando la incertidumbre y el cansancio de los debates con sus interminables «niet» (no) fué el representante más calificado de la «guerra fría». Los norteamericanos, aburridos de su implacable solidez, le llamaban «el hombre de los pantalones de piedra». Winston Churchill, que tuvo que tratar en numerosas ocasiones con Molotov, le puso un sobrenombre de éxito: «el hombre-robot del Kremlin».

Funcionario abstracto, fiel a las ideas de Stalin, durante los diecisiete años de su permanencia en Asuntos Exteriores convirtió la política internacional en un «ground» de largos asaltos.

Fué nombrado para el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en el laborista y sindicalista británico salido del seno de una fami-



1939. Stalin e Hitler tenían preparado ya el pacto de no agresión, y Litvinov, judío, no era el hombre señalado para firmar un tratado con Alemania. Ese fué el motivo de mayor importancia seguramente para su destitución. Unos meses después, el 22 de agosto, se daba al mundo la asombrosa noticia del acuerdo entre Alemania y Rusia. Era la misión más importante de sus comienzos. Tenía entonces cuarenta y cinco años. Con el sombrero en la mano, el pelo grisáceo y el negro abrigo abotonado hasta el cuello, Molotov saludaba cordialmente a un hombre uniformado y seco: Ribbentrop. Esta fué, en fin, la imagen que durante muchos años se hizo popular en el mundo.

Después del acuerdo, en noviembre de 1940, Molotov viajaba a Berlín para entrevistarse con Hitler. En la estación pasaba revista a la famosa compañía de los impecables desfiles. El paso de la oca estrenaba la mirada enigmática del comisario del pueblo. El mismo paso de oca curiosamente, que los rusos han reservado ahora para sus grandes desfiles.

MOLOTOV Y EL ANECDOTARIO

Durante toda su carrera, Molotov ha conservado su aire impasi-

ble, dos ojos helados detrás de los lentos un poco prehistóricos. Cuando Bevin estuvo en Moscú, lia de trabajadores, se empeñaba en romper su mutismo.

—¿Qué sabe usted de los trabajadores?—le preguntaba.

—¿Y usted?

Orgullosamente, Bevin le enseñaba sus manos fuertes, duras, callosas.

Sobre la mesa, las manos de Molotov, delgadas y finas, parecían, por contraste, las de una mujer. Molotov, sin embargo, sin darle importancia se sonreía un poco. Sus hábitos aristocráticos y fríos le hacían blanco de numerosas anécdotas. Cuentan en Moscú que su pequeña hija Svetlana había dicho en una ocasión: «Mi madre trabaja; pero mi padre tiene bastante con pasearse por el Kremlin con Stalin». La historia es burda, maliciosa, pero demuestra por dónde apuntaba la gente, a pesar de que la verdad era al revés, la enorme capacidad de trabajo del ministro.

Los que le conocían no sabían bien qué pensar de él. Un hombre tan sagaz en algunas cosas como el embajador americano en Moscú, Walter Bedell Smith ha hecho de Molotov este corto y con-



La conferencia de Belgrado, para reanudar las relaciones con Tito, fueron Krustchev, Bulganin y Mikoyan. Detrás de los dos primeros, aparece Chepilov, que asistía a esta conferencia en sustitución de Molotov

creto retrato: «Se trata de un hombre gris y cortés, pero terriblemente ausente de calor. Se divierte con rigidez, pero la misma rigidez le caracteriza cuando tiene que mostrarse firme...»

LA GUERRA CONTRA TITO TIENE DOS FIRMAS: STALIN Y MOLOTOV

Es curioso advertir que iba a ser el propio Molotov, firmante

con Ribbentrop del tratado de 1939, quien anunciaría por radio el 22 de junio de 1941 la invasión alemana. La política rusa está revestida, en ocasiones, de ese crudo realismo que habilita a los hombres para las más extrañas y contradictorias misiones. El caso de Molotov no lo ha sido hasta el fin. La contradicción ha encontrado un callejón sin salida: Yugoslavia.

En 1948, en los momentos de mayor aislamiento de Rusia, cuando toda la política soviética giraba en torno a la idea de un bloque monolítico de naciones comunistas, el «titismo» que se plantea en aquellos momentos traicionando la política general del Kremlin ante el Kominform da paso a dos cartas terribles de Stalin y Molotov denunciando el «desviacionismo» de Yugoslavia y condenándola a una cuarentena de soledad. Los documentos tenían además un carácter represivo, y en junio de 1948 se llegaba al final: exclusión de los comunistas yugoslavos del Kominform. José Broz Tito no se libraba personalmente de las acusaciones, sino que se le acusaba de principal instigador al «desviacionismo».

Como curiosidad valga decir que el propio Kominform fué sacrificado el 17 de abril último, un día antes de la llegada de Bulganin y Krustchev a Inglaterra. Ahora, un día antes de que el tren especial de Tito entrara en la engalanada estación de Kiev era Molotov el regalo de amistad.

LA LLEGADA DEL RELEVO: CHEPILOV, PIEZA CLAVE DE KRUSTCHEV

Chepilov, Dimitri Trophimovitch Chepilov, es el hombre nuevo. Su ascenso, por lo vertiginoso y directo, recuerda exactamente el de Krustchev mismo. Forma parte de lo que en Rusia se viene



Una vista de la reunión entre los rusos y el mariscal Tito en Belgrado. Sentado, empezando por la izquierda, el segundo es Chepilov

SUSCRIBASE A

“POESIA ESPAÑOLA”

llamando la «generación de los cincuenta años».

Frente a los viejos «comisarios políticos», cargo que ostentaron la mayor parte de los hombres de la corte staliniana y leninista durante las guerras de la revolución y los años posteriores, Chepilov es más «técnicamente soldado». De tez pálida, ojos graves, dicen que enfermo de úlcera de estómago, Chepilov ha hecho la carrera del partido. Ingresando en el Ejército como soldado de segunda clase, Chepilov, que trabajaba ya en la sección de propaganda de la Secretaría General del partido comunista ruso, asciende inmediatamente, llegando al grado de general de Infantería. A pesar de ese salto, Chepilov no es nadie. El momento decisivo para él comienza en 1953, con la muerte de Stalin.

En aquellos instantes, cuando la lucha por el Poder une a todos los grupos contra Beria y provoca después la caída de Malenkov y la sucesiva proclamación de Bulganin y Krustchev, la actividad de Chepilov adquiere toda la importancia del doctrinario. Es evidente que Krustchev elige al escritor como jefe de su equipo de propaganda. Como primer secretario del partido, le nombra redactor jefe de «Pravda», es decir, le coloca en el puesto clave de la propaganda política. «Pravda» tiene un carácter de periódico inapelable. Colocar en él un hombre de confianza es conseguir, dentro del partido, un golpe de Estado.

Buena prueba de ello se produ-

cirá inmediatamente. Cuando Malenkov, en la intranquilidad de los primeros momentos, cree necesario hacer una apelación a las masas laborales anunciándoles una creciente importancia de los bienes de consumo frente a la industria pesada, Chepilov, hábil dialéctico, toma la defensa de la industria y, por tanto, proporciona a Krustchev la primera victoria.

EL VENDEDOR DE ARMAS EN EL MEDITERRANEO

La puesta en marcha de Chepilov se realiza tácitamente con arreglo a un plan de entrenamiento progresivo. En 1954 forma parte de la expedición a Moscú, y un año más tarde, de la Misión diplomática y política que acompaña a Bulganin y a Krustchev a Belgrado. Mientras tanto, es nombrado secretario del Comité Central del partido (Krustchev es el primer secretario. Desde Stalin ha dejado de existir el título de secretario general), y durante el Congreso de febrero fué elegido entre los seis candidatos para el Presidium entre el mariscal Giorgi Zukov y Ekaterina A. Furtseva, la primera mujer que llega a un cargo de tanta importancia.

En la campaña contra Molotov, Chepilov preside igualmente todas las maniobras periodísticas. Como redactor jefe de «Pravda» se encuentra en una situación privilegiada para situar los problemas en el terreno doctrinario.

En junio del año pasado se acusaba en «Pravda», sin ninguna clase de preámbulos, a Molotov. Era un artículo hábil que, evidentemente, para que se autorizase su publicación en el periódico, tenía que ser inspirado por Krustchev. Así, de esta forma, en una pequeña guerra de nervios, se intenta «deshelar» al ministro de Asuntos Exteriores.

Y el deshielo llega de una forma impresionante. Molotov escribe una carta al director de la revista «Kommunist», el órgano teóricamente más alto del partido desde el punto de vista filosófico, haciendo su primera autocrítica. En ella explica que cometió un grave error al decir, en un discurso pronunciado muchos meses antes, que en Rusia «se habían alcanzado algunos aspectos de la realización socialista, y no, como debería haber dicho, que se habían al-

canzado todos los objetivos de una sociedad socialista».

Mientras tanto, en julio último, Chepilov parte para El Cairo con el pretexto de asistir a la fiesta de las nacionalidades. En realidad, el resultado de su visita es el de transformar, prácticamente, el «statu quo» del Mediterráneo. El primer paso es el de vender armas a Egipto. El segundo, convertir a Rusia en nación interventora en los negocios y problemas del mar latino.

CARACTERÍSTICAS ACTUALES DE LA REDACCION DE «PRAVDA»

Entre Molotov y Chepilov hay una gran diferencia de maneras. Pero no se puede olvidar que el redactor jefe de «Pravda» se encuentra a la cabeza de un grupo de periodistas y teóricos cuya influencia es muy grande en el partido.

Chepilov ha sido una de las primeras voces en iniciar el leninismo, pero a su vez se considerará, con su equipo (en el de Krustchev), como guardianes ortodoxos de la doctrina, fulminando contra los «desviacionistas» el largo rayo de su autoridad.

Su teoría de las relaciones internacionales está sumamente completa en el discurso que pronunció durante el XX Congreso del partido. En principio, Chepilov cierra toda posibilidad de polémica (es un gran dialéctico), encerrándose en el gran fortín de las citas clásicas de Lenin y Marx. Al mismo tiempo que proclama la «progresiva muerte del capitalismo», señala que no hay necesidad alguna de llegar a cualquier clase de compromiso entre el mundo socialista y capitalista. *La paz ideológica—dijo—no debe ser firmada, aun cuando la coexistencia política y económica sea necesaria actualmente.*

Chepilov ha desarrollado igualmente la teoría de la unidad de acción en los Frentes Populares. Es decir, el mundo occidental se encuentra ahora quizá ante más difíciles riesgos que antes. Un crudo realismo político preside la actuación de Chepilov, pero siempre y cuando sirve al fin último del comunismo.

Las crisis internas de las democracias populares, y aun de la misma Rusia, provocan la aparición de una nueva política en las relaciones con los países tras el «telón de acero». Frente a la teoría estática de subordinación manejada por Stalin y Molotov, Chepilov deja ver en sus artículos y discursos la conveniencia de instaurar la de la «colaboración en torno a una jefatura reconocida». La táctica tendrá su primera cristalización en las conversaciones con Tito. Pero no hay que olvidar que empiezan a aparecer grandes signos de discordia interna en los países satélites. Los conflictos estudiantiles de Praga han tenido una importancia desastrosamente.

Tampoco hay que olvidar que dentro de este cuadro general de problemas extremos, Chepilov está determinado, igualmente, por una pugna interna. Su nombramiento es un paso más de Krus-

ESTE ESPLENDIDO BUSTO

podréis poseerlo también vosotras

Gracias a los tratamientos externos a doble acción PLASTO SEIN de fama mundial, fruto del trabajo de los más eminentes especialistas de estética, han salvado miles de casos desesperados. No sufrirás más esta tortura íntima que martiriza a tantas mujeres.

Existen tres fórmulas diferentes:
DESARROLLAR - fórmula n. 1
FORTALECER - fórmula n. 2
REDUCIR - fórmula n. 3

Mucho mejor que una muestra podréis probar durante 10 días, a nuestras expensas, un tratamiento completo adaptado a vuestro caso. Para recibirlo es suficiente elegir la fórmula que os conviene, indicarla en el vale adjunto y enviárnoslo sin adjuntar dinero. No enviéis importe alguno, solamente sellos de correo para la respuesta.

VALE DE PRUEBA 60

LABORATORIO SVELTOR
 Osto, 27 - BARCELONA

Le ruego me envíe la información completa sobre la fórmula n. ... y la oferta para probar el tratamiento completo a sus expensas. Le adjunto sellos de correo para la respuesta.

Nombre _____
 Calle _____
 Población _____

Enviad hoy mismo el vale adjunto a su copia para una prueba gratis

Plasto-Sein
 a. l. o. s. j. o. s.

PARIS BRUSELAS
MILAN DUSELDORF
CARACAS AMSTERDAM

chev, que aparece, día tras día, al menos en las salidas al exterior, como el verdadero «maestro» de la situación. Control de la situación hasta no se sabe bien qué profundidad.

LAS NUEVAS CLASES, LOS NUEVOS INTERESES DE LA SOCIEDAD SOVIETICA

La crisis interna de la sociedad soviética, a pesar del sorprendente dinamismo exterior, es evidente. Ello, en todo caso, forma parte de la realidad histórica.

El tanteo de las fuerzas en tensión se produce lentamente. Los primeros síntomas de fuerza han aparecido con la ejecución de diversos hombres de Beria en Azerbaidjan. Esta depuración legal de los nuevos «asesinos» no se ha hecho sino después de la insurrección de Mingrelie (patria de Beria), y cuyas totales circunstancias íntimas nos son desconocidas, pero cuya exposición fué recogida el 4 de marzo de 1956 por diversas canalizaciones.

La «desestalinización» ha sido la aceptación de un estado de opinión. Ella revela la capacidad de recursos de los hombres del Kremlin, acostumbrados a gobernar fría y duramente, aceptando las cosas como son. Pero el hecho fundamental es que la «desestalinización», que es una fórmula maestra de colocar en las espaldas de un muerto los pecados de una sociedad política, no termina ahí, a menos de un fortalecimiento grande del Poder. Porque, no se olvide, Rusia puede estar pasando por el mejor momento de éxitos internacionales en el mismo momento que sus problemas internos adquieren mayor gravedad. Al fin y al cabo, la Rusia aislada y monolítica de Molotov y Stalin era una Rusia feroz, pero interiormente consistente, porque ese aislamiento producía elementos de resistencia natural contra el mundo. Ahora, sin embargo, se producirá, inevitablemente, el caso contrario.

Es cierto, desde luego, que el Ejército ha cobrado una importancia decisiva, tanta que los discursos más importantes del Congreso último estaban dedicados a salvar el honor de las armas y hacer responsable, naturalmente, de los fracasos al propio Stalin. Sin embargo, los economistas ocupan un puesto no desdeñable. La época terrorista de Stalin ha puesto las bases a una sociedad industrial que, al relajarse la situación interna por la ausencia de un poder tan decisivo como el de Stalin, se siente fuerte. La reorganización del Gosplan decidida por decreto del 25 de mayo de 1955 revela la resistencia a los términos que, hasta ahora, habían determinado las planificaciones. A su vez, la economía privada pretende la creación de leyes y garantías que les protejan definitivamente contra la deportación y la cárcel arbitraria. El sentido y defensa de los privilegios adquiridos aparece, tácitamente, en la mayor parte de estos preámbulos. La autoridad de la Policía M. V. D., que creó Beria, aparece en crisis formal. Por otra parte, la actividad meramente «laboral» que poseía la Policía al



El hombre que más veces ha dicho en la vida «no», Molotov, el estratega de la guerra fría, ya anticipaba su salida en la última reunión de Ginebra, cuando dijo: «Estas cosas ya no son para nosotros, sino para hombres más jóvenes.» En la fotografía, llega, bien guardado por su escolta personal, a la conferencia de San Francisco

controlar el trabajo de los millones de prisioneros queda anulada al pasar al Ministerio de Justicia atribuciones que antes tenía. En el campo del trabajo la resistencia de los obreros, con seguro instinto de las cosas, se ha levantado contra la tiranía administrativa que les ligaba a la industria, la mina o la fábrica.

En estas circunstancias, no habiéndose resuelto perfectamente la crisis de autoridad abierta en 1953, por las luchas internas entabladas entre las facciones, el partido comunista ha aprovechado, realísimamente, la nueva dialéctica interna para ofrecer la cara de la colaboración. Es un ensayo de orientar las cosas, admitiendo las reivindicaciones, pero sin abandonar en modo alguno la posición comunista. En ese terreno se encuentran.

MOLOTOV SIGUE SIENDO, POR AHORA, PRIMER VICEPRESIDENTE DEL CONSEJO

El caso Malenkov demostró en qué medida no se pueden hacer,

no por falta de gusto, las ejecuciones stalinianas. Malenkov guardó la vida y ha servido, en cierto modo, de «prenda» de que las cosas eran otras. Los rumores que corren en Moscú y se filtran, a veces, hasta las propias Embajadas occidentales son múltiples. Por lo pronto, su dimisión de Asuntos Exteriores no ha significado su cese de primer vicepresidente en el Consejo de Ministros. Molotov es la «prenda» histórica en esta ocasión. Al fin y al cabo es casi el último hombre de la revolución...

La noticia más sensacional que corre por Moscú es que existe la posibilidad de que Molotov pase a ser Presidente de Rusia en lugar de Vorochilov. Es un puesto decorativo, pero manifiestamente «grande». Lo indudable es que Rusia vive una serie de compromisos políticos entre las facciones cuyo fin, explosión o definitivo aplacamiento es difícil de predecir. La ejecución de los hombres de Beria tiene también su significado.

EL ESPAÑOL

EMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

EL KREMLIN CAMBIA SU "HOMBRE ROBOT"



Chepilov, el nuevo ministro ruso de Asuntos Exteriores, situado estratégicamente detrás de Molotov en la conferencia de Ginebra



En Teherán, Churchill regala a Stalin una espada, que éste besa simbólicamente ante la presencia de Molotov

CHEPILOV PIEZA CLAVE DE KRUSCHEV

UN REGALO PARA TITO:
LA DIMISION DE MOLOTOV